



El marqués de Estella, jefe del Gobierno español

CUBA Y ESPAÑA

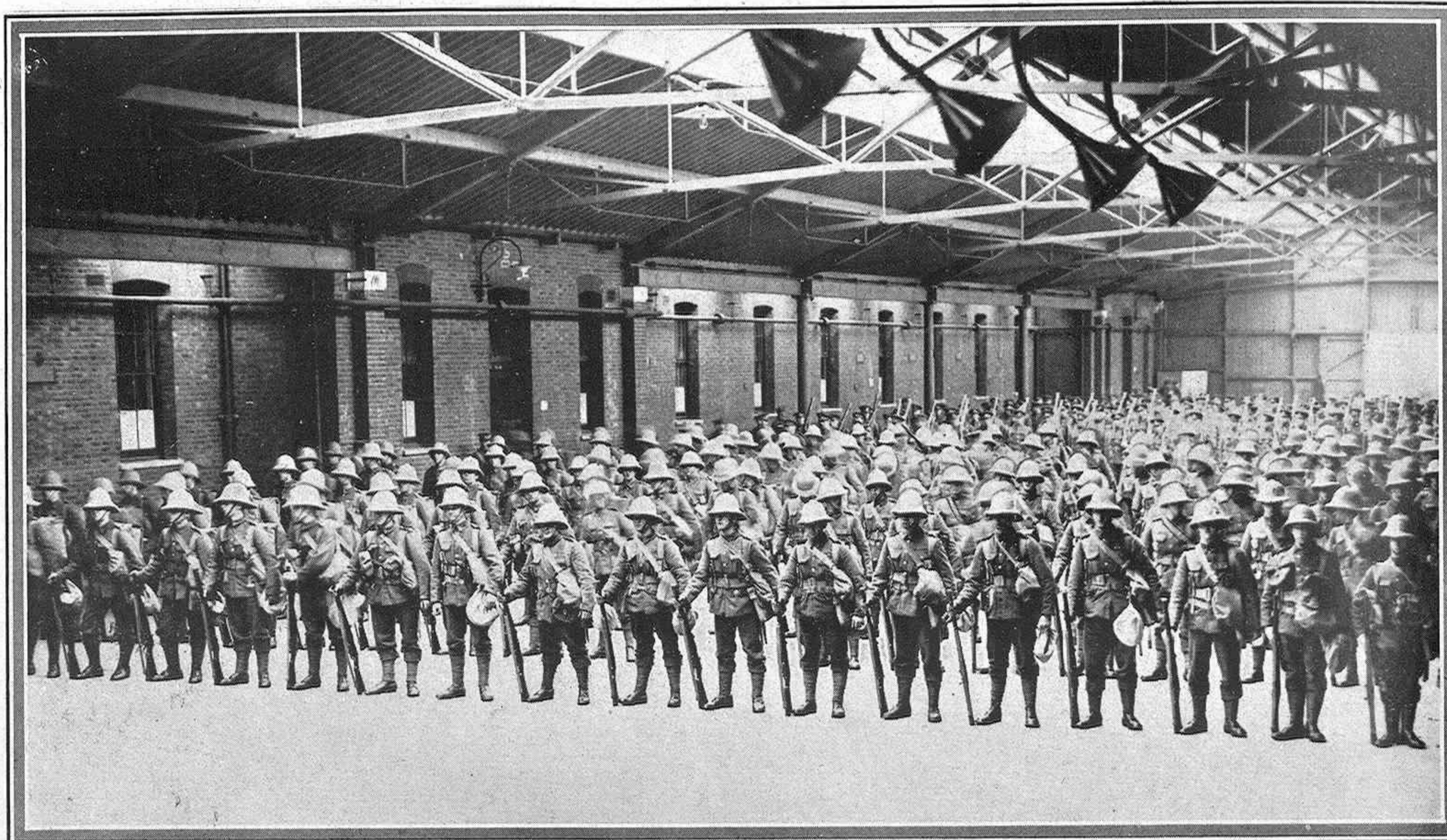
En la Embajada de Cuba en Madrid.—Solemne acto durante el cual el embajador, Sr. García Kohly, impuso las preciadas condecoraciones de la Orden de Honor y del Mérito Militar de Cuba á varias ilustres personalidades españolas, entre las que figuraban el marqués de Estella, el comandante Franco, el capitán Ruiz de Alda, el duque de Teatúan y el mecánico del «Plus Ultra», Pablo Rada

El señor García Kohly, embajador de Cuba en España



El despertar
de China

Inglaterra se dispone á combatir en Shanghai



Revista de las tropas británicas enviadas á Shanghai, en el momento de embarcar en Portsmouth.- Las unidades expedicionarias presentándose, equipadas, en los cobertizos de Eastney



Abajo:
Un grupo de huelguistas en los muelles de Shanghai, la gran ciudad china, que, en plena efervescencia aguarda la llegada del ejército sudista

(Fots. Marín)



María Palou, la gran actriz que al frente de la Compañía Palou-Sassone acaba de inaugurar su temporada madrileña en el Teatro de la Latina
(Fot. Masana)

LA VIDA DEL TEATRO

«LOS NUEVOS SEÑORES» Y LOS TEATROS NUEVOS

Es evidente que José Juan Cadenas es hombre de buen gusto, enamorado de su oficio y más conocedor, por haberle vivido más íntimamente, del teatro contemporáneo que la mayoría de los traductores habituales de dramas y comedias; y esto no obstante, sigue la misma senda que trillan los demás, y únicamente ofrece al público de

Madrid obras de un género determinado, que Cadenas limita más aún, porque no es traductor de los que están «á la que salta», sino que, dentro del género, prefiere siempre una modalidad determinada: la de las obras en que hay matices de la psicología femenina en el momento culminante de la vida de la mujer, en que surge en ella el amor, que si no es en cada caso el verdadero amor, lo parece por lo intenso ó por su novedad.



Carmen Sanz, la ilustre y hermosa actriz de la Compañía Alba-Bonafé, que en el personaje de Susana Lavin, de «Los nuevos señores», hace una verdadera y admirable creación

A mi juicio, ese fenómeno sólo puede obedecer á dos causas fundamentales: á que Cadenas no tiene el propósito de introducir en España un teatro nuevo, porque no tiene el deseo de aleccionar á público y autores señalándoles orientaciones inusitadas, ó porque el distinguido comediógrafo piensa que, en el teatro como en todo, *primus vivere, deinde filosofare*, y para *vivere* y hacer vivir á las Empresas y á las Compañías busca su repertorio, más que en las obras trascendentales, profunda y realmente trascendentales, en las obras «para pasar el rato», que á veces, como ocurre con la estrenada ahora en Alkazar con el título de *Los nuevos señores*, tienen también su trascendencia, aunque sólo sea aparente, y también «para pasar el rato».

Después de todo, «pasar el rato» fué erigido ya hace tiempo, por algunos desencantados del mundo, y probablemente de vuelta de más altas pretensiones docentes, en dogma filosófico definitivo, y Cadenas tiene tanto derecho á creer en esa escuela como en un pesimismo puro y constante que, convirtiéndole en un Schopenhauer de bastidores, nos hubiese privado de una porción de obras amenas y divertidas que no nos habrán resuelto ningún problema trascendental, al modo de los que era uso y costumbre que nos plantearan los dramaturgos hace treinta años; pero que nos dieron más de un rato de alegría, que siempre es de agradecer en este valle de lágrimas, al que, según algunos,

«hemos venido á sufrir», aunque, según un clérigo amigo mío, «lo menos posible».

Podemos pensar, sin embargo, en una tercera explicación: la de que guste á Cadenas el teatro de Flers y sus colaboradores y los congéneres en algún aspecto, aunque en otros difieran de él, como el de Sacha Guitry, por ejemplo, por lo que esas obras tienen de piezas ejemplares de arquitectura teatral, arte en que los franceses han llegado á estar muy duchos, porque desde aquellos memorables artilugios de Scribe, de que han vivido dos ó tres generaciones de autores franceses, y otros dos ó tres de rapsodas españoles, han ido perfeccionándole á través de Angier, Dumas, Sardou y los autores actuales, maestros en él, dejando al margen todas las tentativas de arte y de teatro nuevo, que quizá han llegado alguna vez desde el Odeón, cruzando el Sena y las Tullerías, hasta la Comedia Francesa; pero que, fatigados sin duda por la excursión ó habiendo perdido demasiado el contacto con el público latino del lado de allá de los puentes, no se han aventurado á seguir por la avenida de la Opera para llegar á los teatros amables, y más cosmopolitas, de los grandes bulevares.

En aquel trozo de París que, según Aurchain Sholl —¿lo dijo Sholl?—, es únicamente París, que va de la Magdalena al *faubourg* Montmartre, ó poco más lejos, no suele hacerse, en efecto, otro teatro, y como en los tiempos actuales, que han traído verdades actuales también, aquel París es el más abi-

garrado y cosmopolita de todos, hay que pensar en que ese teatro es el que actualmente gusta más en el mundo. Si fuese necesaria otra prueba, bastaría para tenerla preguntar á los autores franceses qué género de obras son los más frecuentemente traducidos.

Y no digo—¡libreme Dios!—que ese género ni ese «arte de construir comedias» pueda ni deba ser todo el teatro, porque eso equivaldría á confundir lamentablemente el medio con el fin; pero me parece lógico que un «hombre del oficio» guste de ese teatro y le crea muy estimable y digno de salvar las fronteras, y creo además que sin ese arte no harán nunca comedias trascendentales los que, confundiendo el teatro con los tratados de Metafísica, creen que en él todo ha de ser trascendencia.

El fracaso de todos los pensadores que, percatándose de la fuerza expansiva de la escena, han tratado de hacer propaganda de sus ideas por el teatro, ha estado precisamente en que se han puesto en el caso absolutamente contrario al de los que pretenden hacer un guisado de liebre sin liebre: nos han servido la liebre cruda, y ése no es manjar para paladares humanos; lo son mucho más



Mademoiselle Parisys, la gentilísima «divette» parisiense, favorita del público cosmopolita del «Boulevard» (Fot. G. L. Manuel Frères)

las salsas bien condimentadas, aunque no guarnezcan ni encierren contenido.

Para mí, el autor ideal será el que acierte á decir en la escena las cosas más hondas sin ademanes de cavador de conciencias, con la dulce amenidad de los comediógrafos franceses, que practican, por lo menos, el *suaviter in modo*, aunque no suelen acertar con el

fortiter in re; pero ese ideal, ni aquende ni allende las fronteras le vislumbro por ahora.

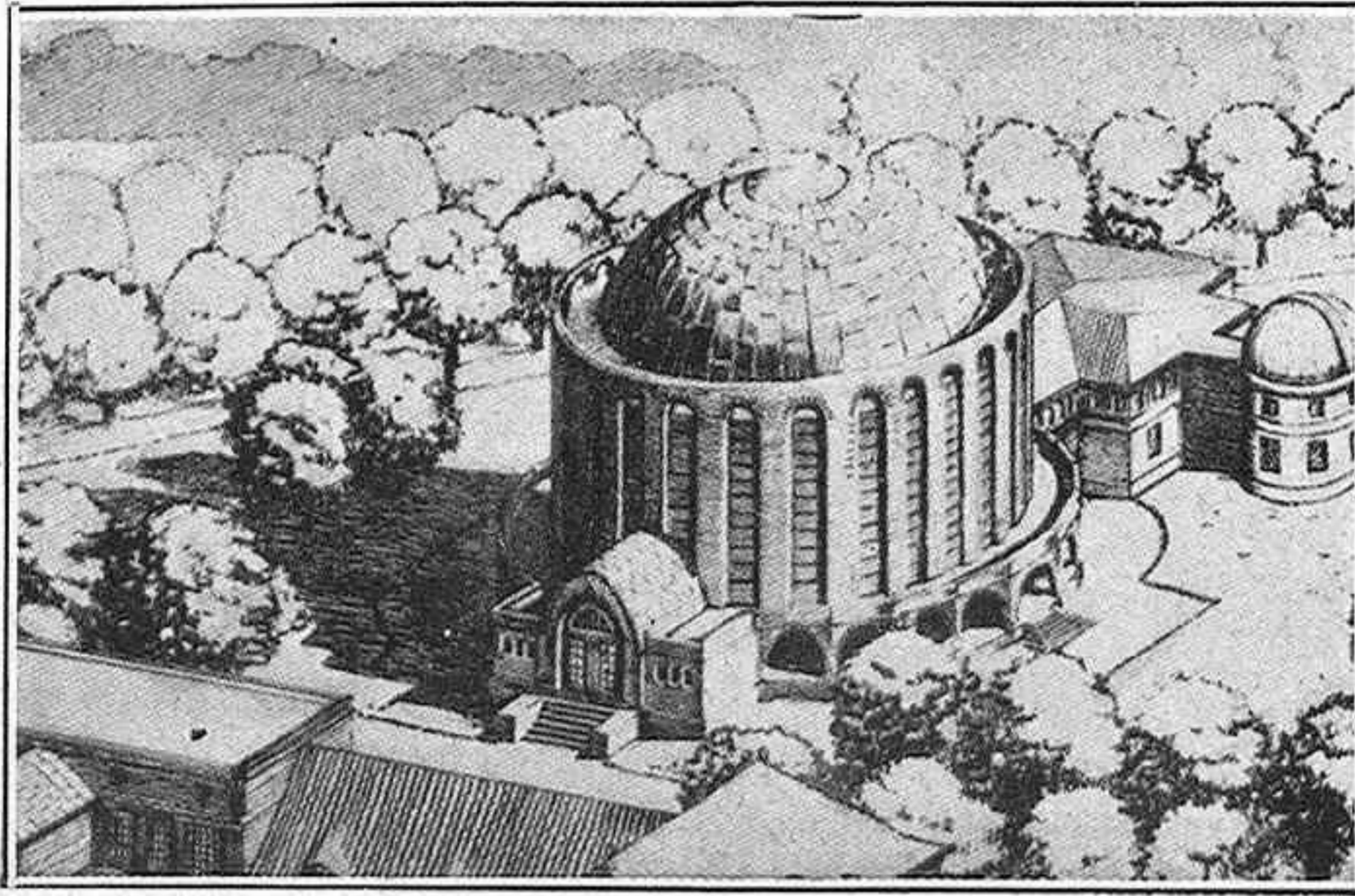
Por lo demás, Flers y Croisset, en la comedia que han traducido ahora Cadenas y Abati, pretenden enseñarnos que la democracia no es tan buena como puede parecer, porque los obreros llegados al poder son corruptibles. Por mi parte creo, y he dicho

en otro lugar, que demuestran simultáneamente que el poder es corruptor; pero esto quizá sea según el color del cristal, y, en todo caso, con una ú otra conclusión, ó con las dos á la vez. ¡Cualquiera quita á *Los nuevos señores* su amable trascendencia!

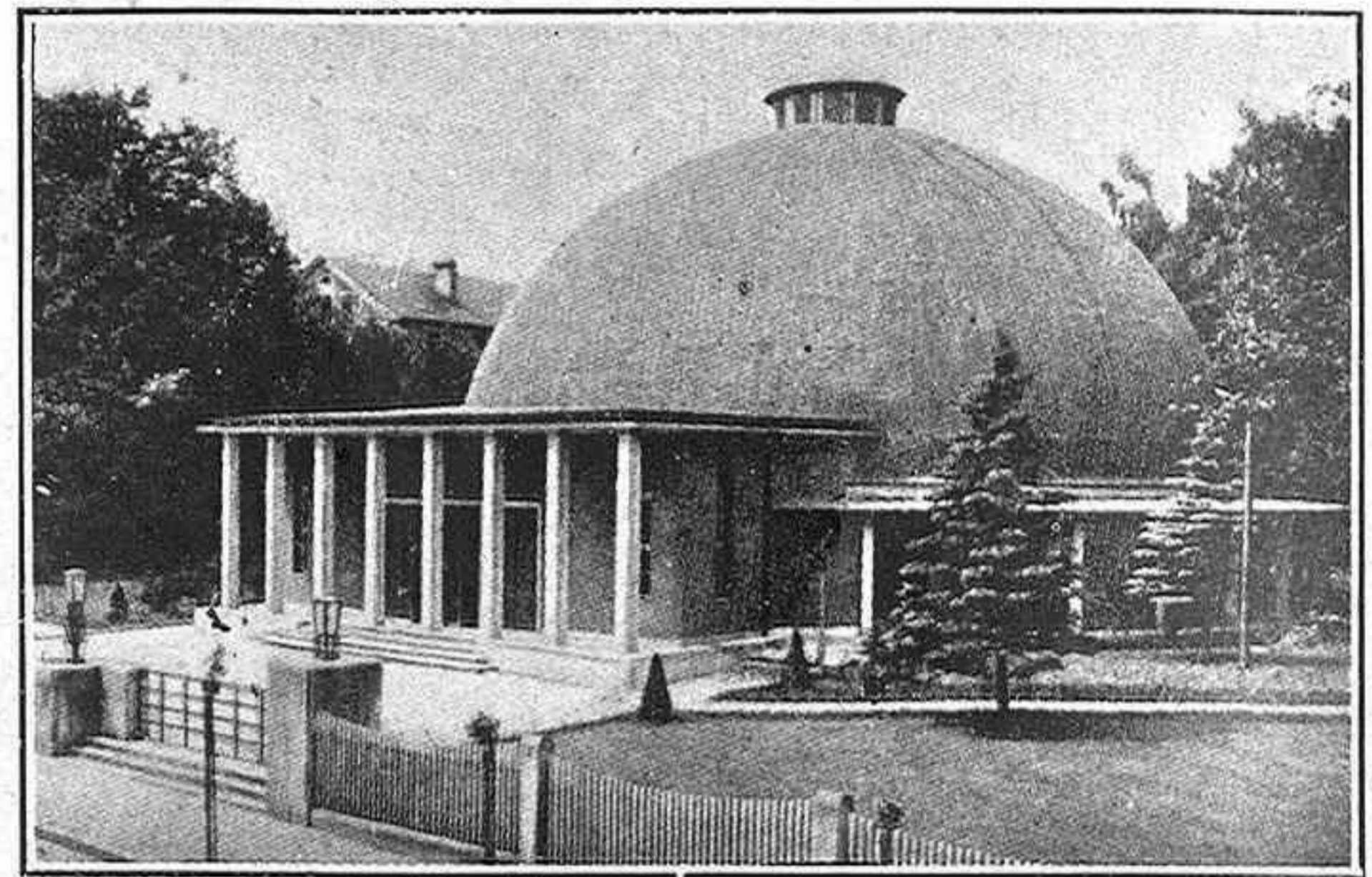
ALEJANDRO MIQUIS

LOS PROGRESOS DE LA CIENCIA

EL ADMIRABLE «PLANETARIUM» DE JENA



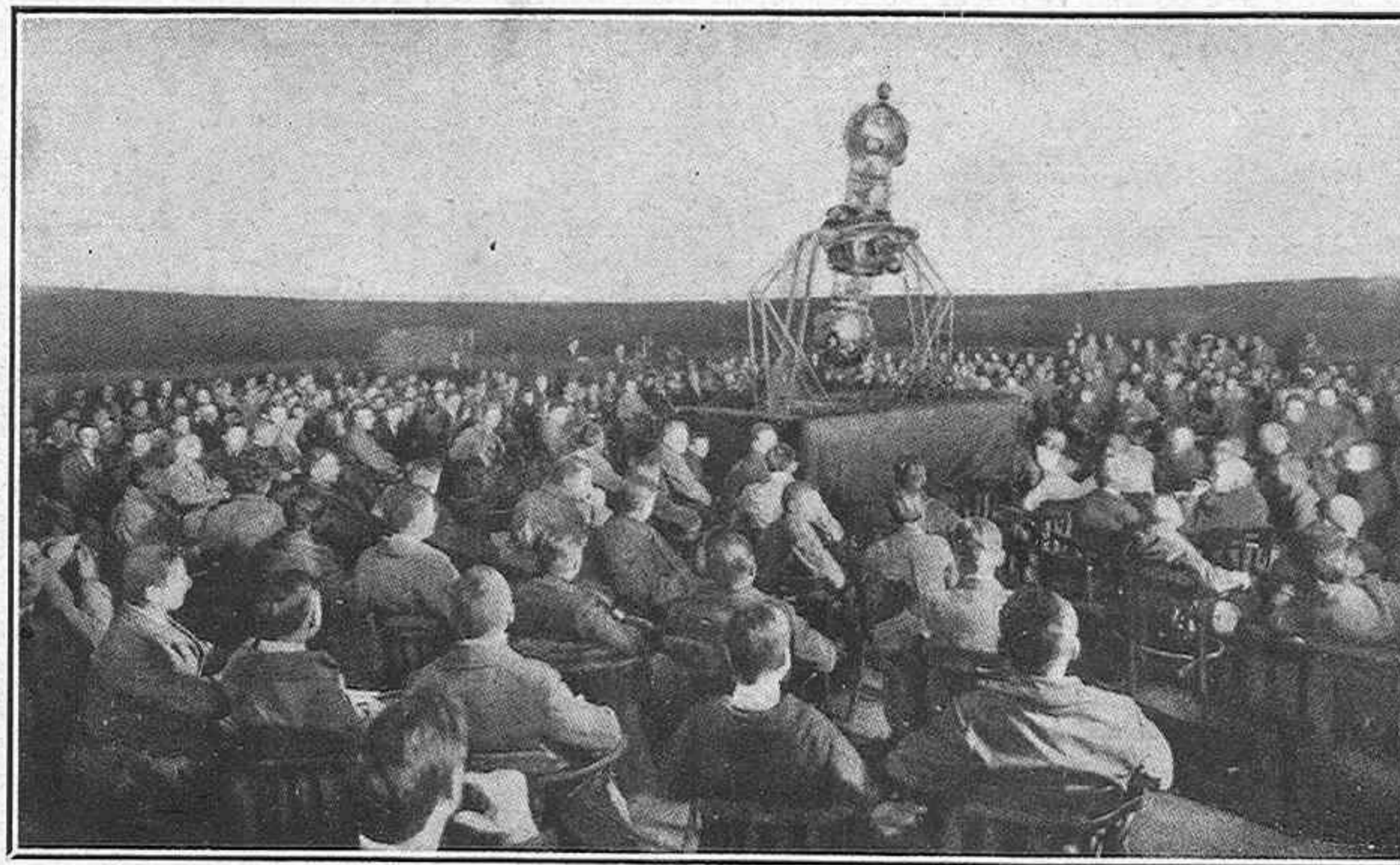
El Planetario de Hamburgo



El Planetario modelo de Jena

Pocos estudios hay más apasionantes, más atractivos y bellos que el de la Astronomía, la ciencia de mayor antigüedad, y que, como es sabido, tiene por objeto el conocimiento de los astros, comprendiendo en él sus posiciones, sus movimientos reales y aparentes, las causas que los originan y las propiedades físicas de los mismos. Como ha dicho H. Poincaré en su libro *La valeur de la Science*, á la Astronomía se deben tan importantes adelantos que puede, desde luego, asegurarse que su estudio ha sido uno de los más grandes factores del progreso universal. Por ella ha sabido la Humanidad que hay leyes en la Naturaleza; ha conocido la armonía de los movimientos celestes y por analogía la ha buscado en los cuerpos á su alcance.

Explicase, pues, que en aquellos países que con mayor celo se atiende al aumento de la cultura, no sólo se favorezca con elevadas sumas de su presupuesto los trabajos y especulaciones de las instituciones consagradas á los estudios superiores de Astronomía,



Una conferencia astronómica en un Planetario alemán

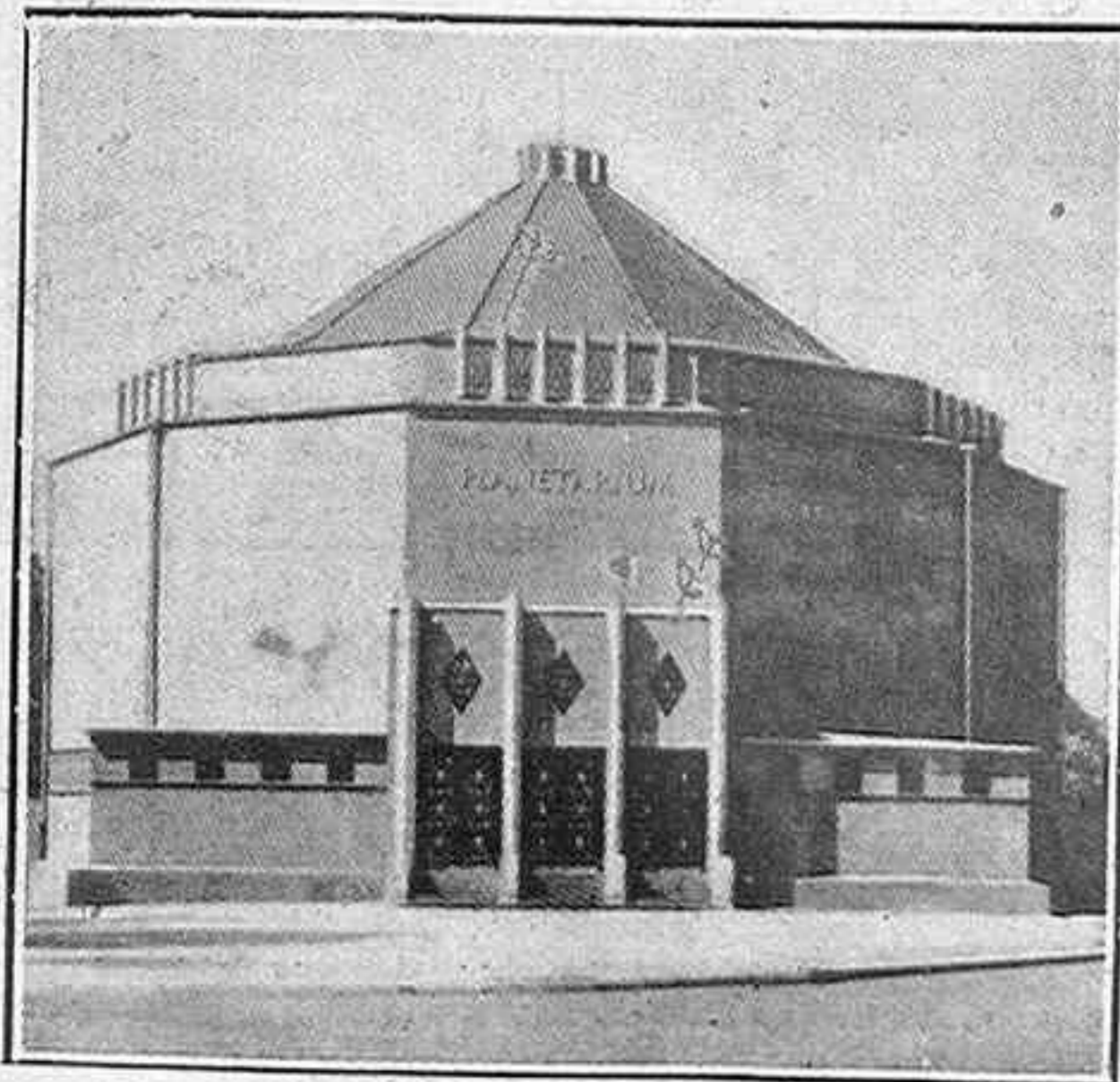
sino que se procure al mismo tiempo la mayor difusión posible de los conocimientos astronómicos entre la masa general ciudadana.

A esa última finalidad obedece la reciente creación de los *Planetarios*. Desde fecha lejana, los inventores científicos han ideado variados procedimientos para mostrar experimentalmente á los ojos de los profanos en Astronomía los movimientos de los cuerpos celestes. El más generalizado es el aparato donde por medio de esferas sujetas á un vástago de metal se hace girar aquellas bien á mano ó bien por mecanismos de relojería en torno de una esfera central que representa el sol. Esto no es, sin embargo, sino una elemental manera de enseñar los movimientos planetarios, aparte de que los vástagos metálicos que sirven de soporte á las esferas destruyen toda ilusión. El más complicado y completo de estos artefactos científicos hallábase montado bastante tiempo ha en el *Deutsches Museum*, de Munich. Sin constituir el *desideratum*, la referida instalación realizaba con bastante eficacia su propósito educativo. El espectador, sentado bajo una vasta cúpula giratoria, seguía el movimiento de los astros que constituyen nuestro sistema, y que se hallaban figurados por focos luminosos en la misma. Tomando por base este aparato, el inventor Zeiss, de Jena (Alemania), inició una serie de experiencias encaminadas á mostrar los movimientos astra-

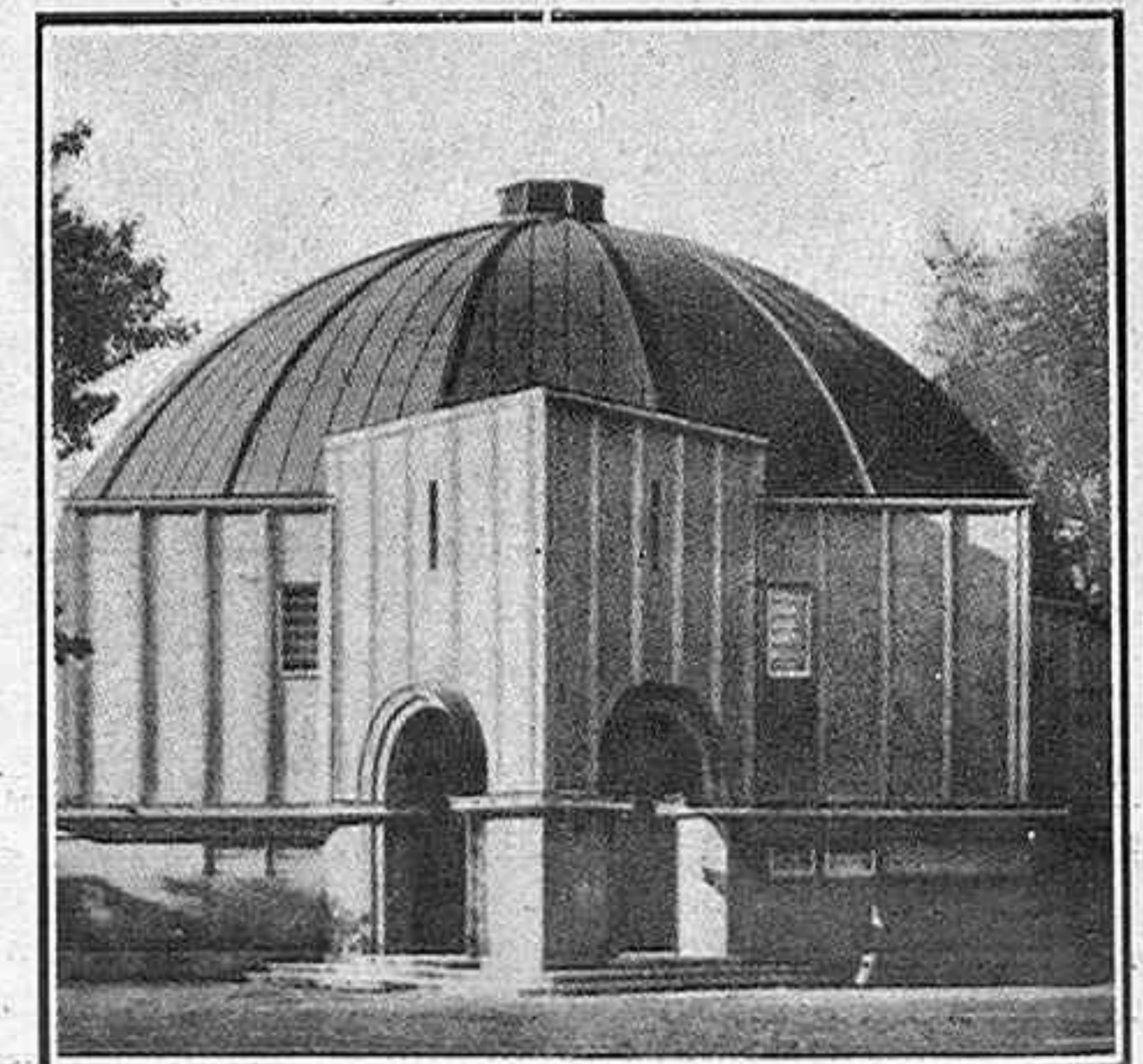
les por un nuevo sistema, y ello dió como feliz resultado la aparición del *Planetario óptico*, que satisface de una manera completa todas las exigencias educativas, constituyendo por sí, además, uno de los espectáculos más sugestivos que puedan ofrecerse al público. Este *Planetarium Zeiss* empezó á funcionar hace brevísimo tiempo en Jena, y tal ha sido su éxito, que en la actualidad poseen ya instituciones análogas, costeadas por los respectivos municipios, Leipzig, Dresde, Hamburgo y otras capitales alemanas importantes.

Considerado en su presente forma, el invento de Zeiss es un aparato de proyección en el que por medio de luces internas y de lentes se hacen aparecer y moverse con perfecta fidelidad, sobre una bóveda celeste figurada en una gran cúpula pintada de negro, los astros principales. Completa el admirable aparato de proyección, cuyo dibujo acompaña á las presentes líneas, un dispositivo especial eléctrico con cuyo auxilio puede hacer actuar el conferenciante las diversas lentes y mecanismos auxiliares del proyector.

fecta fidelidad, sobre una bóveda celeste figurada en una gran cúpula pintada de negro, los astros principales. Completa el admirable aparato de proyección, cuyo dibujo acompaña á las presentes líneas, un dispositivo especial eléctrico con cuyo auxilio puede hacer actuar el conferenciante las diversas lentes y mecanismos auxiliares del proyector.

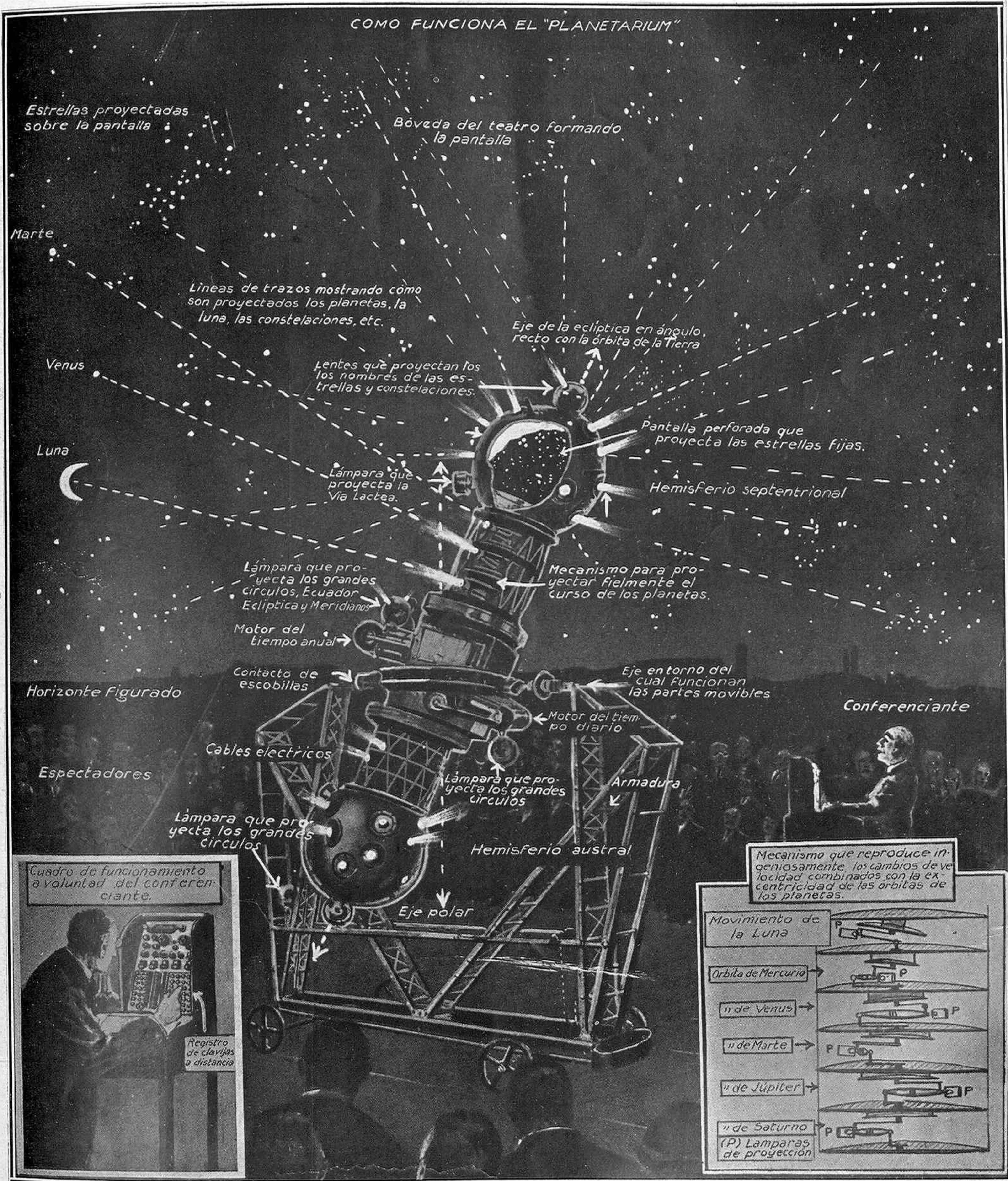


Planetario de Leipzig



Planetario de Dresde

COMO FUNCIONA EL "PLANETARIUM"



Una conferencia astronómica en un «Planetario» alemán construido con arreglo al modelo ideado por C. Zeiss, de Jena, y en el que funciona el admirable aparato óptico de su invención. El adjunto dibujo muestra gráficamente la forma en que son proyectadas sobre un cielo artificial las luces representativas de las estrellas y planetas

siguiendo así dócilmente la demostración práctica á las explicaciones teóricas. Como podrá suponerse, el coste de esta nueva maravilla científica es bastante elevado, pues sin incluir en el mismo el gasto de construcción del edificio destinado al

emplazamiento del proyector, asciende á unas 400.000 pesetas. Ello no ha sido, empero, obstáculo á que se vayan generalizando en Alemania los Planetarios, pues dada su extraordinaria utilidad educativa, dicha cifra apenas tiene importancia, tanta menos

cuanto que haciendo tributar al espectador un módico precio de entrada, como se realiza en dicho país, puede amortizarse pronto el capital empleado en la instalación.

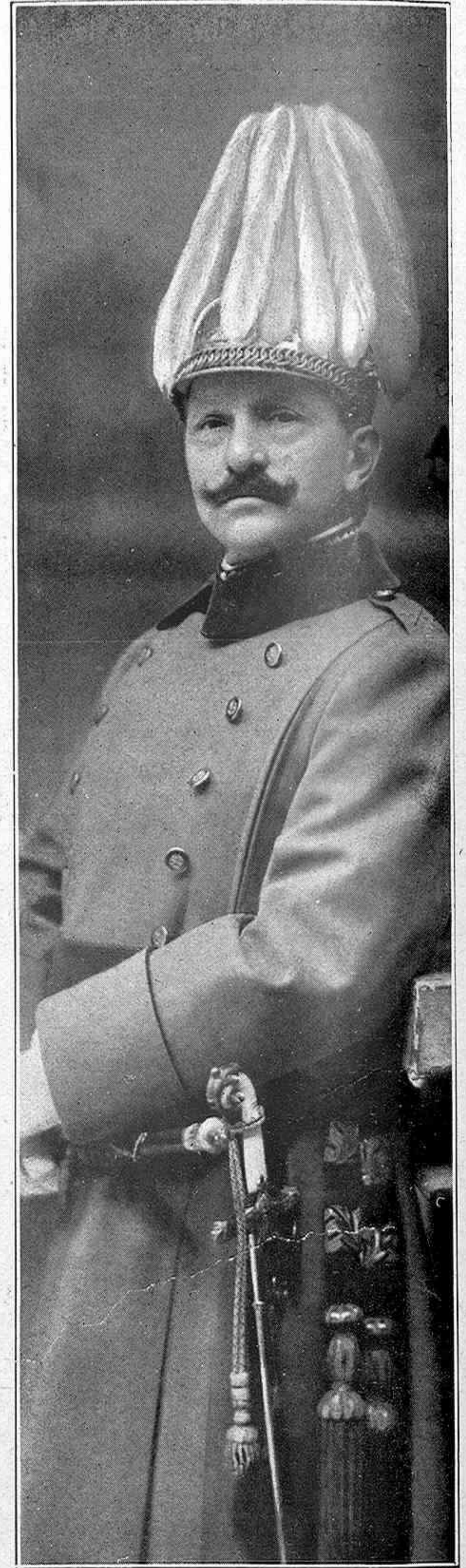
D. R.



Boda de la señorita Amalia Gobartt y Luque, nieta del ex ministro de la Guerra, con el secretario de Embajada D. Francisco Castillo Campos, hijo del vicealmirante Castillo. Al acto asistieron el Presidente del Consejo, el ministro de la Gobernación, los generales Luque, Saro y Berenguer y otras distinguidas personalidades (Fot. Cortés)



Tora Tje, la gran actriz escandinava, cuyo talento excepcional se ha revelado en la interpretación del drama «Struense», estrenado recientemente en el Teatro Dramático de Estocolmo (Fot. Ortiz)



El Excmo. Sr. D. Francisco de Borbón y de Castellví, teniente general, á quien S. M. el Rey ha concedido el Toisón de Oro

La actualidad

✧ ✧ *gráfica* ✧ ✧



LA EXPEDICION DEL TENIENTE BURKETT SOBRE LAS MONTAÑAS DE ALASKA

Patrocinada por el departamento de la Marina de los Estados Unidos, la expedición que el teniente Burkett ha emprendido, en hidropiano, con objeto de explorar las regiones, aún desconocidas, del inmenso territorio de Alaska, tiene un interés científico extraordinario. En la fotografía superior se ve, en vuelo sobre la bahía de Borrough, el avión de Burkett, fotografiado desde otro de los hidros que forman parte de la expedición. En la fotografía inferior, tomada desde el propio avión de Burkett, aparece en primer término un inmenso bosque, y al fondo una ensenada cubierta de hielos flotantes

(Fots. Vidal)



DON Justo Ponce de León era la estampa del perfecto juez, tal como lo imagina el vulgo: una especie de Minos ó Radamanto, un personaje de imponente severidad, recia vitola, cara de pocos amigos, formidable talla y campanuda voz; un sacerdote de la Ley, solemne, rígido, incorruptible, y tan amigo de la equidad, que todas sus sentencias parecían dictadas por el propio Salomón.

Desde su primera juventud anduvo en calidad de juez por todos los ámbitos de España, famoso dondequiera por su austeridad y riguroso talante, pesadilla y terror de los enemigos de la Ley, hasta que, ya en los umbrales de la senectud, cada vez más adusto y enfático, monda y lironda la cabeza, y autorizado el rostro por unas hermosas barbas de nieve, fué á caer en la Audiencia provincial de una apacible población del Norte, en que

CUENTO INÉDITO

POR

RICARDO LEÓN

ESCRITO ESPECIALMENTE

PARA

«LA ESFERA»

esperaba dar fin á su azarosa carrera judicial.

Vivía el grave magistrado con su esposa, una dama no menos rígida y solemne, ya en plena vejez, pues era algunos años mayor que su marido, y una cuñada, todavía más vieja y adusta, necias y aburridas las dos, ambas desapacibles, intransigentes y gazoñas.

Ocioso es decir lo que sería aquel hogar, sin fortuna, sin juventud y sin hijos, con aquel par de estantiguas (á las cuales llamaban por remoquete *las juezas*) bajo la autoridad de un inflexible varón, que ni aun para dormir se despojaba, moralmente, de la toga.

Las pocas gentes que habían logrado penetrar allí, pues no eran las dos señoras aficionadas á visitas ni amistades, se hacían lenguas de la frialdad, esquividad y silencio de aquella morada, que parecía, con sus tristes



habitaciones, todas cerradas y taciturnas, como celdas, más que la casa de un juez, cárcel ó monasterio, lugar de penitencia ó reclusión.

Y para colmo, la señora del magistrado, que tal vez por fea y estéril había sido muy celosa, y lo seguía siendo, no obstante la vejez y austeridad de su marido, le amargaba

la existencia con vanas y ridículas pesadumbres, y más le hiciera sufrir si el buen don Justo no acertase á imponer su autoridad por la conducta inmaculada y el formidable exterior de su persona, capaz de confundir, con sólo un mirar de ojos, al más terrible basilisco.

Por añeja costumbre, y acaso por huir de

su mujer y de su casa, don Justo paraba en ella lo menos que podía, repartiendo sus horas entre la Audiencia y el casino de la ciudad, en cuya sala de lectura, y á fuer de sedentario y estudioso, pasaba las tardes entre montones de libros y gacetas.

Y llegando la noche, luego de cenar sobriamente con su mujer y su cuñada, sin des-

plegar los labios apenas, encerrábase en su despacho, todo lleno también de libros y periódicos, de mamotretos judiciales, y allí solía permanecer hasta que, muy á deshora, le rendía el sueño.

La suave luz de su lámpara, filtrándose con tenue claridad por los visillos del balcón y las rendijas de la puerta, venía á ser todas las noches para sus familiares y vecinos puntual y seguro testimonio de las vigiliadas del buen juez, lumbre apacible, resplandor de faro que señalaba en la sombra el claro y firme asiento de la justicia, la presencia tranquilizadora y augusta de la Ley.

Nadie, ni aun la indiscreta señora de la casa, se atrevía entonces á distraer la soledad del magistrado, ni á romper á tales horas el noble silencio de aquella secreta habitación.

Deudos y amigos de don Justo le imaginaban allí desvelado entre códigos y colecciones legislativas, sumido en arduos problemas de Derecho, absorto en la sagrada misión de discernir el bien y el mal, la inocencia y el crimen, la virtud y el error, clavados los ojos y la conciencia en el fiel de la invisible balanza, en su eterno ideal de rectitud.

Mas sucedió que la mujer de Ponce, curiosa y celosa y, como tal, amiga de oler por puertas y rendijas, advirtió que su marido, después de cavilar sobre libretos y papeles, concluía por escribir una carta, y, luego de ponerla en un sobre y de cerrarlo cuidadosamente, lo escondía con mucho tiento en las páginas de un libro. No poco intrigada la señora, redobló con astucia su espionaje, hasta saber que aquella carta que escribía don Justo con tanto secreto y asiduidad todas las noches, la llevaba él mismo, según iba á la Audiencia, todas las mañanas, para meterla en el buzón.

¿Qué carta era aquélla, tan importante, misteriosa y puntual, escrita con tanto sigilo y á deshora, echada al correo con tales prevenciones, en propia mano, sin confiarla á nadie?

Cavilando así, al olor de la cotidiana y sospechosa cartita, ya no le cupo duda á la jueza de que allí había gato encerrado. Su señor

marido, ello saltaba á los ojos, le guardaba un secreto á su mujer.

¿Un secreto de amores? Harto comprendía la dama, con ser tan necia y tan celosa, que las severas costumbres de aquel jurídico varón, su carácter adusto y rutinario, sus blancas barbas de apóstol, no parecían compatibles con aventuras ni solaces. Pero los celos de la estéril dueña eran retrospectivos: se referían á los verdes años en que á don Justo, por su cargo de juez y por su arrogancia viril, le había pretendido cohechar más de una apetitosa hembra interesada en achaques ó entuertos de justicia. ¿Y quién sabe si el rígido funcionario, á pesar de sus humos de incorruptible y feroce, no se había dejado corromper en alguna ocasión por los arrumacos y las lágrimas de aquéllas pérfidas hermosuras?

A fuerza de cavilar, de darle vueltas á su imaginación y su malicia en torno de la epístola famosa, vino á concluir con toda certidumbre que aquel negocio era de faldas.

Y puesta ya la infeliz á olfatear el poco seguro rastro, barruntó en su magín las huellas de un pretérito amor, de una mujer y hasta de un hijo más ó menos natural; causas eficientes de la actitud de don Justo, de su desvío del hogar doméstico, de sus vigilias y encerronas.

Llena de indignación y pesadumbre, comunicó tan vehementes sospechas á su hermana, y las dos estantiguas resolvieron, al cabo de largas y maduras deliberaciones, allanar el despacho de don Justo luego que él se fuese á dormir, buscar el sobre misterioso y violar aquella pérfida carta, donde, sin duda alguna, se contenía la clave del secreto.

Y aconteció una noche que, apenas el supuesto infiel se hubo acostado y dió señales de su profundo sueño (roncaba el buen señor como un bendito), salieron de sus celdas las dos arpías y no sin medrosa inquietud y sobresalto, pues hartos sabían como «juezas» el torpe delito que iban á cometer y con las agravantes de nocturnidad, allanamiento y abuso de confianza, llegaron á la espaciosa habitación, y revolviendo libros, papeles y

periódicos, dieron al fin con el enigma, con el terrible y misterioso documento...

No hay que decir el ímpetu, la curiosidad y furibunda impaciencia con que, temblando y desfalleciendo, tomó la jueza la carta. Ya iba á rasgar el sobrescrito, sin mirarle, cuando su hermana y cómplice, más advertida y serena, se lo arrancó de las manos para leerlo y abrirlo de tal suerte que se volviera á cerrar sin vestigio de fractura.

Mas ¡oh, decepción! El sobre, donde ambas creían hallar un nombre de mujer, iba dirigido paladinamente á Don Fulano de Tal, redactor de *Luz y Sombra*, periódico vespertino de la localidad.

—¿Luz y sombra?—balbució la jueza—. Abre, abre la carta... El sobre es para despistar... Ese Fulano—añadió inexorable—es, sin duda, un cómplice, un pariente de *ella*..., su propio hijo... ¡Sábelo Dios!

Bajo la lámpara delator del recatado aposento—faro de luz de la Justicia en las tinieblas de la Noche—quedó al fin abierto y desplegado el misterioso papel... Y lo primero que allí se vió fué una serie de renglones cortos, medidos como versos, unas palabras indecifrabiles para las dos mujeres.

—¡Ah, malandrín!—clamó la jueza en actitud melodramática—. ¡Vaya un lujo de precauciones! Patente es su mala fe; *la* escribe y con lenguaje cifrado... ¡Traidor! ¿Y qué *la* dirá? Dos..., prima..., tres... ¡Lenguaje convenido!... Cuarta... *mi todo*... ¿Lo ves? ¡La llama *su todo*! ¡Pobre de mí! A ver; á ver si damos con la clave...

De súbito, la otra jueza que, con más sosiego, leía el enigmático papel, se echó á reír á carcajadas. Bramó la ofendida esposa con el asombro y la cólera de aquel reír inoportuno que le sonaba á escarnio; pero á fuerza de leer y de releer aquellos signos diabólicos, halló al fin, con menos risa que indignación, la clave del secreto:

¡El campanudo juez, el rígido y solemne magistrado, terror y pesadilla de los enemigos de la Ley, todas las noches (y es rigurosamente histórico) se entretenía en componer y descifrar charadas!

RICARDO LEON

(Dibujos de Bartolozzi)



Nuestro ilustre colaborador Ricardo León, autor de «El secreto del magistrado»



Cabras de Marruecos, talladas directamente

SI, como era lógico y oportuno, hubiese venido Mateo Hernández acompañando á sus obras expuestas ahora en las salas de los Amigos del Arte, habría podido desechar para siempre, por *visión directa*—él, que ama, sobre todas las cosas, ir directamente al obstáculo para obtener la belleza—su melancólico prejuicio contra lo que supone indiferencia española.

El duque de Alba, primero—con esa entusiasta y activa energía que pone en la defensa y exaltación de los asuntos artísticos—y la benemérita Sociedad que acaba de realizar el gigantesco esfuerzo de la Exposición del Madrid antiguo, después, han traído de París la más completa exhibición de obras de Mateo Hernández.

Costoso el empeño; pero al artista no le ha supuesto el menor gasto, ni sus esculturas, aseguradas en un millón de pesetas, habrán de sufrir el más leve riesgo. Además, la Sociedad de Amigos del Arte, cuya esplendidez y parejo buen gusto son ya proverbiales, ha instalado la Exposición de un modo que también fija para la obra de Hernández un ejemplo sin precedentes ni posible superación futura. Nunca ha podido ver Mateo Hernández en las sucesivas exhibiciones, aisladas ó de conjunto, que ha hecho en los diversos Salones parisienses un tal fervor y un tal respeto unidos á tanta suntuosa escenografía para sus esculturas.

Ciertamente lo merece el artista. Y por merecerlo y por constarme cómo Hernández ama á España y temía su indiferencia, habría

sido—sin aducir otras razones que no se escapan á su clara inteligencia—conveniente hallar entre los granitos, pórfidos y dioritas admirables la figura fuerte, maciza, del escultor con su testa calva, sus patillas, su rictus



MATEO HERNANDEZ

sarcástico y dolorido en la boca y su garrote entre las manos llenas de cicatrices y quemaduras de la áspera tarea cotidiana.

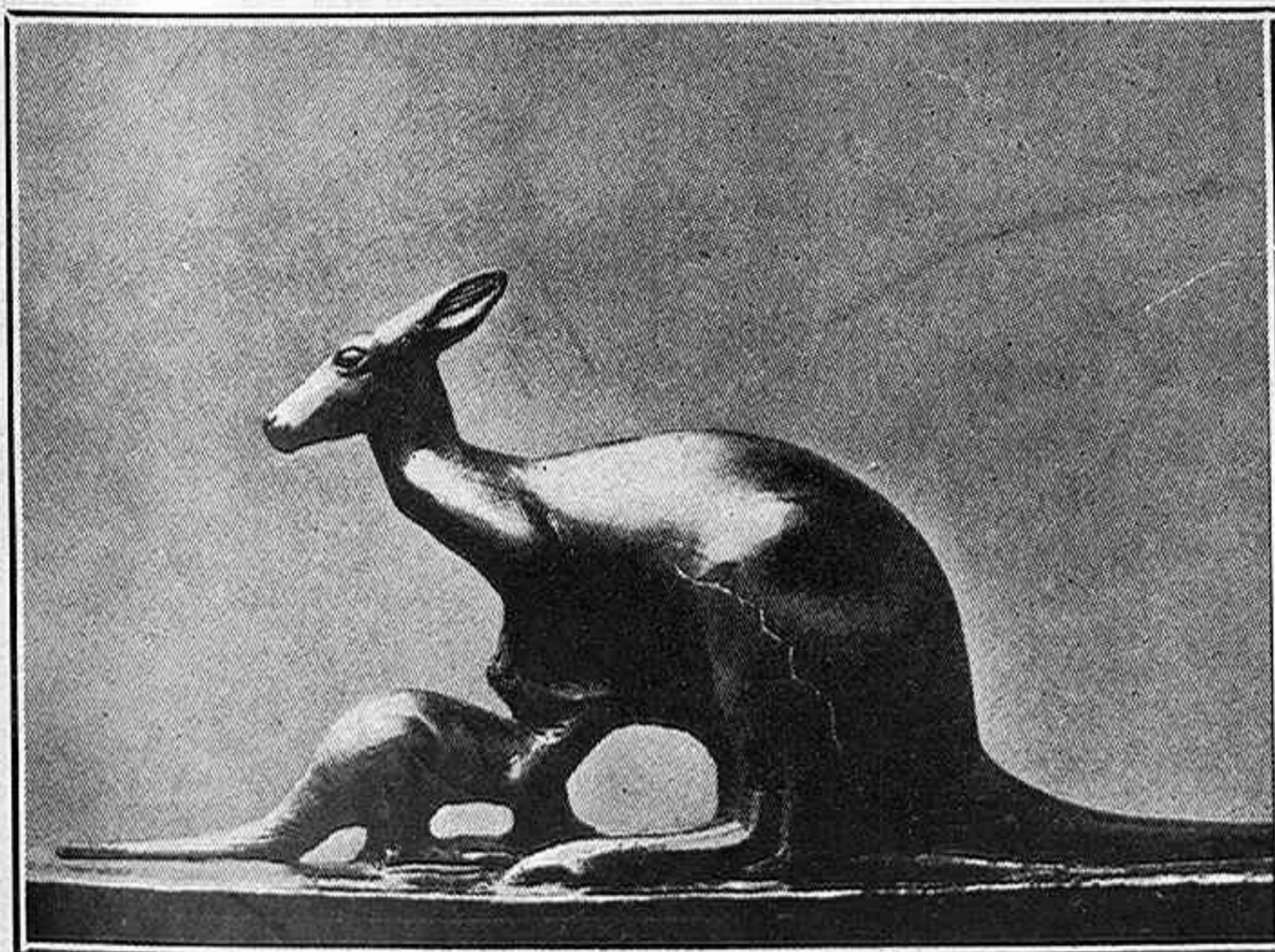
Mateo Hernández ha preferido no venir. Como en el caso no muy lejano de descubrir

en Béjar—su pueblo natal—la lápida que daba su nombre á la calle donde naciera y costeada por los paisanos del artista residentes en Buenos Aires, la buena noticia habrá llegado al simpático, al humilde estudio de la Rue Falguiere donde el martillo del artista despunta cinceles y arranca centelleos á la piedra en largas, inacabables, jornadas, en obstinados y repetidos golpes sobre una misma obra infatigablemente trabajada. Y le habrá colmado de nostalgia.

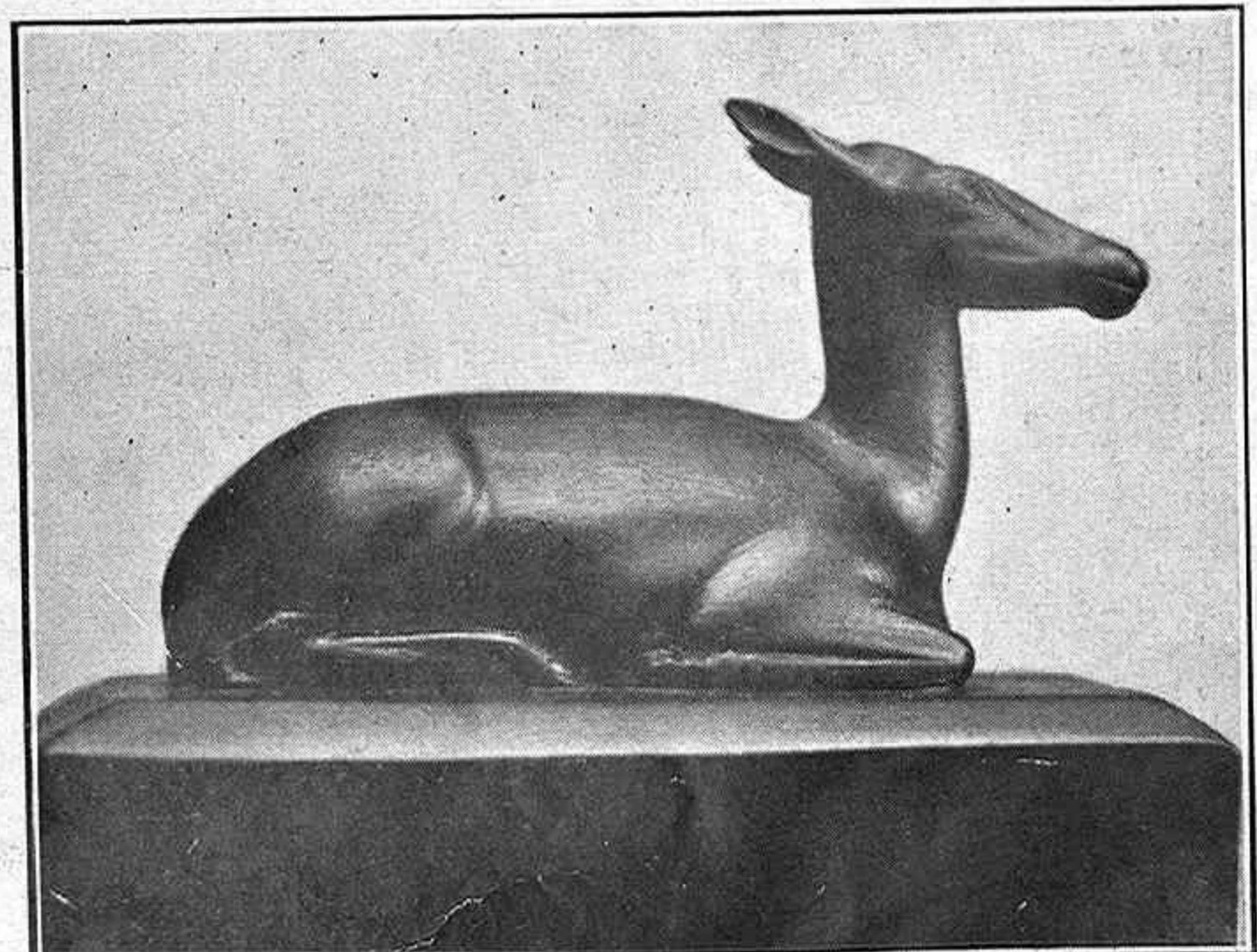
Porque Mateo Hernández tiene la obsesión del silencio y de la indiferencia españoles. (O lo que él supone, algo injustamente, silencio é indiferencia.) Aguza el oído hacia los ecos de su patria, mientras se le colma el taller de rumores aprobatorios universales. Arranca á la negra diorita las insospechadas—y sin embargo ¡tan naturales, tan expresivas!—formas de bestias ó de mujeres que sólo él podría despertar. Y mientras talla la dura materia, quisiera fuesen más sonoros los mazazos y el canto inflamado del cincel para atraer la que él imagina hostil gloria de España.

Un día y otro no se sacia, no se desalienta de las dificultades propuestas á sí mismo. Se encoleriza, se entristece; pero no las abandona ni las remedia después de vencerlas: materia, fortuna, renombre.

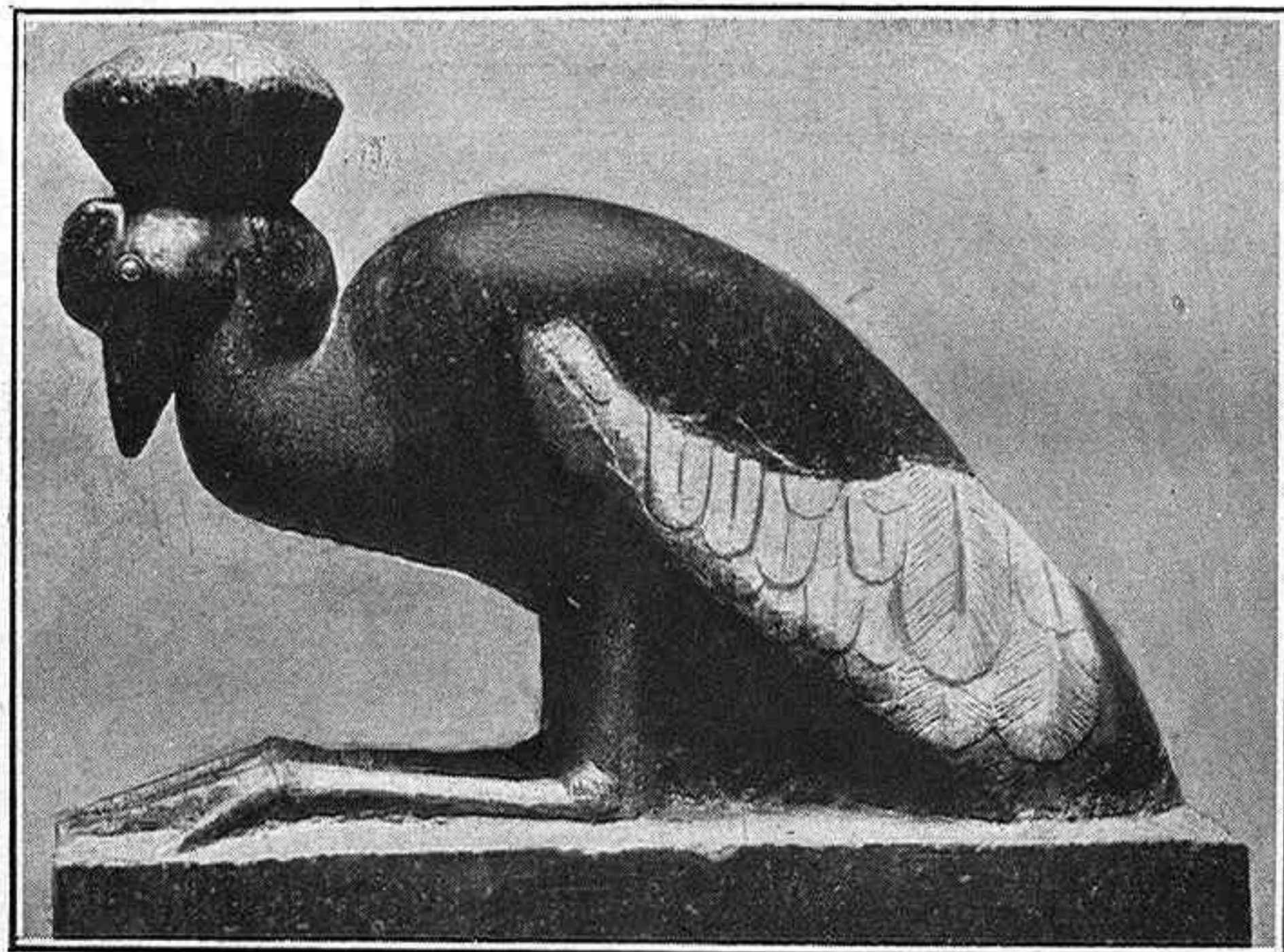
París le conoce y le placea bien. Francia otorgó siempre la acogida reflexible á nuestros artistas, inadaptados por la impaciencia ó por desencanto. La opacidad y penumbra nacionales se cambiaban en eco y claridad



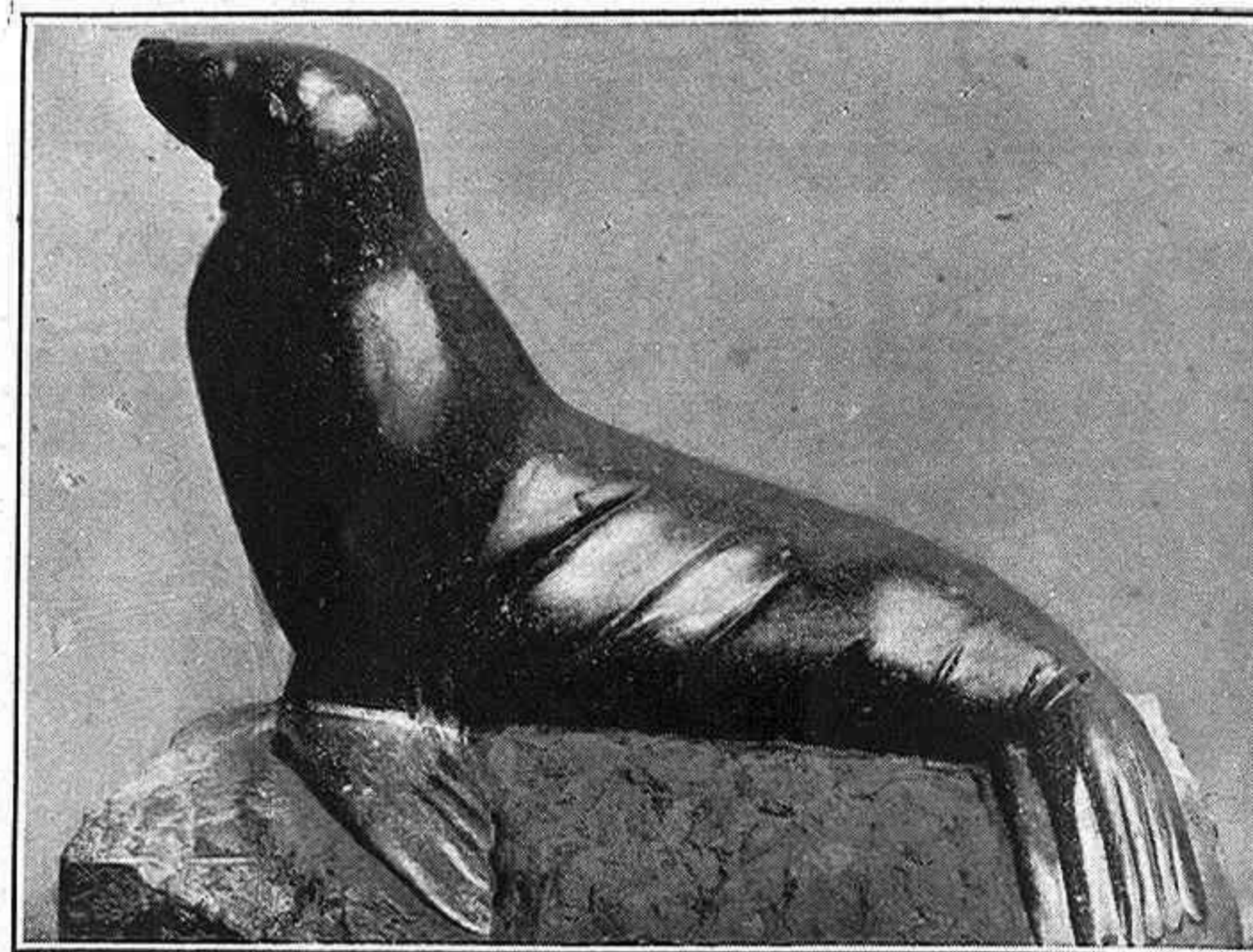
Grupo de canguros, tallado en blanco



Cierva tallada en madera



Grulla coronada, en granito negro



Oteria tallada en granito negro

franceses para estos desarraigados. . transitorios.

Transitorios, porque más tarde ó más pronto buscan sus raíces en la tierra materna inagotable. El orgullo del éxito les cicatriza totalmente su herida, siempre abierta, del exilio voluntario ó forzado. Francia no olvida nunca que el nacido fuera de ella y en ella cobijado es un *meteco*. Le agrada crear prestigios, dotarles de universalidad con acento galo; pero á la hora romántica de la afectividad sentimental ó á la hora práctica de la efectividad materialista, se yergue y sonrío altiva, desdeñosa como la Atenas consagrada de otros siglos. Incluso—tal el caso de Mateo Hernández—altera el orden cronológico y encasilla al artista francés continuador del Extranjero, antes y como maestro ó iniciador de éste. El *meteco* inevitablemente—con gozo ó con melancolía, voluntario ó no voluntario—siente la saudade del retorno...

Fué el primero que escribió en España al compás de la música brava y viril que hacía el martillo de Hernández sobre la piedra al

otro lado del horizonte. Repasando pretéritos números de LA ESFERA se hallarán artículos y alusiones al ilustre escultor. Grato me fué y es encontrarlas luego coincidentes ó deducidas en otros escritos ajenos.

Cada una de estas piezas que ahora y por fin contempla Madrid me son conocidas á lo largo de sus fases sucesivas. Las vi en el taller del artista, en los distintos Salones, en torno del Pabellón Español de la Exposición Internacional de Artes Decorativas donde habían de obtener el Gran Premio, la más elevada recompensa. En una serie de fotografías también. Autografiadas en el dorso por el autor, que fué escribiendo así la historia de cada una en las distintas fases y épocas.

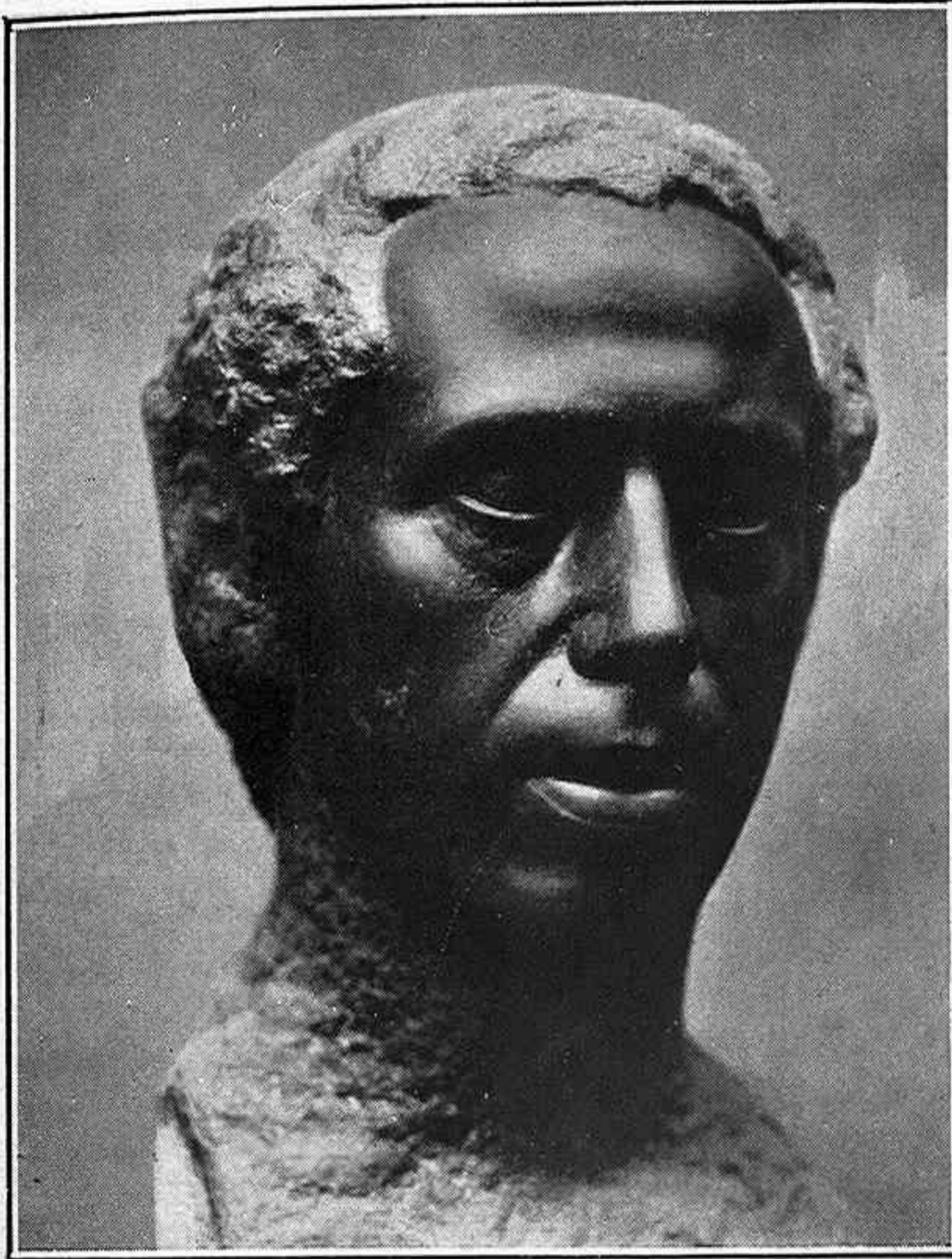
Y al leer hace poco tiempo en la importantísima, en la verdaderamente admirable revista *Arquitectura* el artículo de Mateo Hernández *Sobre la decadencia de la escultura*, reoí su voz opaca y febril como en una suave paseata de un Junio remoto, bajo el cielo constelado y en la magia nocturna del Montparnasse parisién.

Eran, ciertamente, la mismas palabras las que Mateo Hernández, sudoroso y verborrérico, con ademanes trágicos, quitándose y poniendo el sombrero, agitando su garrote, decía y que después escribió para *Arquitectura*.

—«Desde hace algún tiempo es corriente entre los escultores más célebres hacer en barro una figurita de veinte centímetros de altura, que después dan á la fábrica de ampliación y modelado. Esta devuelve al escultor más tarde una estatua ampliada por una máquina que sólo necesita un obrero para hacerla mover. Finalmente, la obra pasa á la fundición, que la transforma en bronce, y, cincelados los deterioros, se patina después. El artista ha concluido su obra. Si desea la misma estatua reproducida en mármol, la entrega al sacador de puntos, que la esculpirá y hará el pulido, reservándose el autor el trabajo de firmar la obra. ¡Ah! ¡Cómo admiro á estos humildes ganavidas de los sacadores de puntos! ¡Cuántas veces tuvieron que reproducir modelos de escayola—apenas las formas indicadas—que eran verdaderos horrores! Una vez la obra en mármol, ya tiene apariencia



Pantera de Java, en granito negro



Retrato del Sr. Oliverio Gironde

de obra maestra. ¿Qué hubiese sido de tantas celebridades sin los modestos artesanos que hicieron toda esa labor? Hoy no puede asegurarse que más del noventa por ciento de los escultores que modelan saben esculpir.»

—¿Entonces — pregunté — usted considera que el escultor ha de crear directamente sobre la materia definitiva su obra?

Y palabras iguales á las que he vuelto á encontrar en el artículo de *Arquitectura* me fueron contestadas por la voz opaca y febril, entre los ademanes violentos y bajo la mirada triste

—«Desde luego. Hay que ir hacia la prohibición artística de la talla directa por varias causas, entre ellas algunas de orden moral. Fácil es comprender la tensión y el esfuerzo de espíritu que necesita la ejecución de una verdadera escultura. El genial y modestísimo artesano que esculpíó en granito rosa la Gran Esfinge se reíría al ver que los escultores modernos pretenden sentar que el modelado es lo más difícil y lo más meritorio. Yo, si fuera tan mezquino, diría que modelar es un pasatiempo para niñas después de sus labores. Es una profanación creer que el barro es un elemento escultórico. Las materias propias de la escultura son las piedras, las maderas, el marfil, los metales cincelados y repujados...»

Sonreí. Le recordaba momentos antes, en su estudio, esforzándose por demostrarme, martillando el cincel contra un bloque de granito, cómo la piedra echa chispas resistiéndose á ser embellecida por la idea y la sensibilidad humana. Pensé también en la opinión contraria de otro insigne escultor, del maestro José Clará: «Se ha hecho bastante ruido para llamar la atención respecto á la manera de cincelar la piedra dura, si ha de ser directa ó indirectamente, si en granito, mármol, etcétera. ¡Como si la dificultad del escultor no consistiera más que en lo duro de la materia y el procedimiento para cincelarla! Escultores hay que con piedra dura hacen obras flojas y fofas. Otros que con un material más blando imprimen la fuerza, la sensibilidad, la plenitud y la vibración de su espíritu en sus obras. El artista que sabe y siente lo que quiere, lo mismo modela su idea sobre una materia que la esculpe sobre otra...»

Esta es también mi opinión. Harto pobre

sería el mérito de Mateo Hernández si radicara solamente en la dureza de la materia empleada. Lo que importa es la profunda emoción, la noble veracidad que contienen sus obras dentro de la armonía formal que las distinguen en la moderna estatuaria y la aleccionan con las grandes directrices estéticas de la antigüedad.

•••••

Nada tan justo como fácil descubrir á Mateo Hernández las influencias inevitables en todo artista moderno é inteligente. Pero también nada tan lejanos de él como los tópicos del clasicismo helénico ó del primitivismo salvajista, la torpe afasia plástica de los simulares del arte negro de penúltima hora. Mateo Hernández sugiere en seguida la sensación de algo concreto y entrañable, libre de adulaciones, para obtener la consagración inmediata, apegado amorosa-

mente á sus obras hasta el punto de sacrificarle muy legítimas satisfacciones de orden económico y social, viviendo sólo para su arte con una feroz independencia que le autoriza á decir sin eufemismo el credo practicado sin claudicaciones.

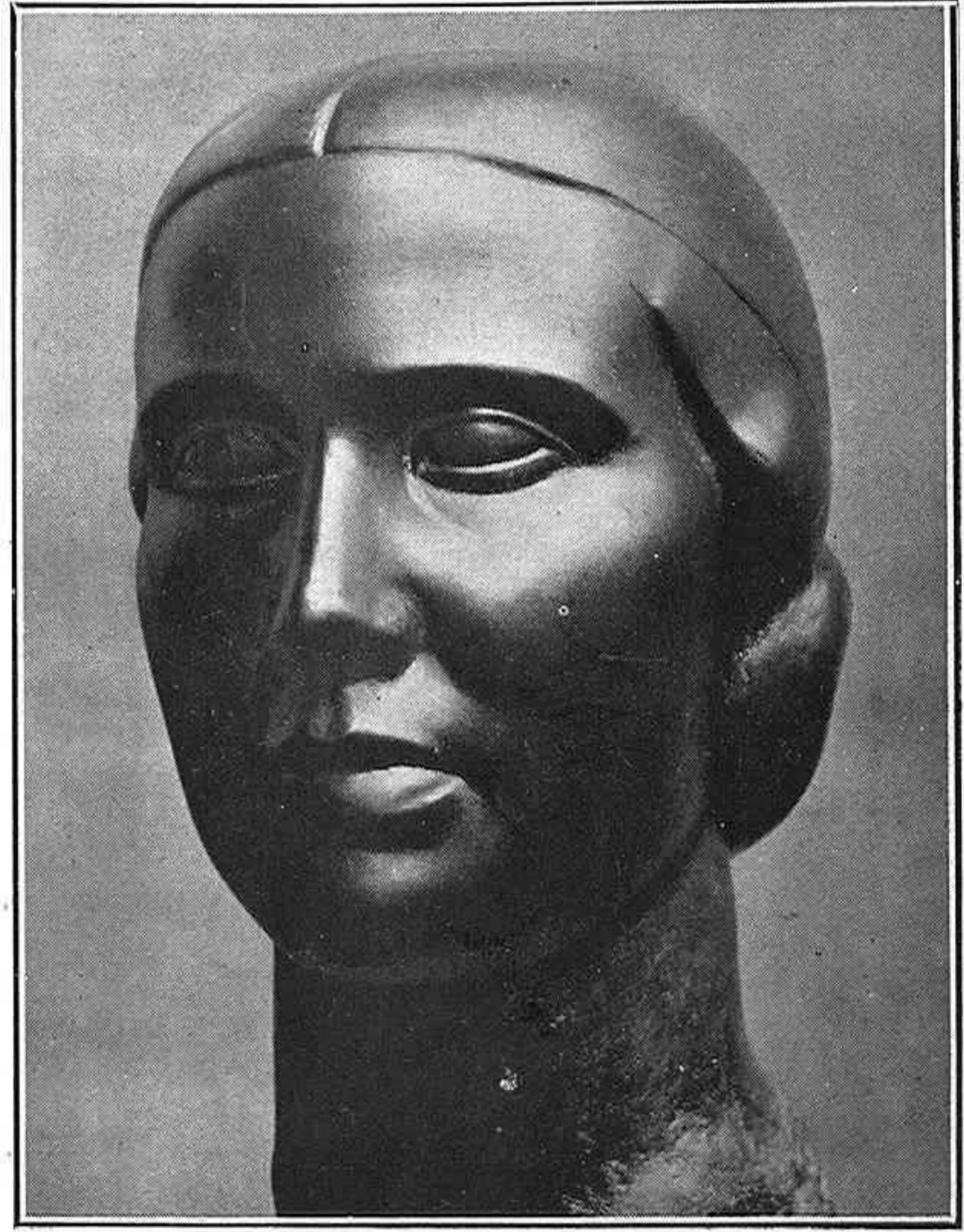
Ello ratifica su eclecticismo de expositor. No aparece afiliado á una agrupación determinada. Sus esculturas figuran indistintamente en la *National*, en el Salón de Otoño, en el Independiente, en las Galerías de las Tullerías ó en los barracones de la Porte Maillot. Y siempre, aparte de su potencialidad característica, que las destaca naturalmente, conservan esa seguridad tranquila, reposada, de lo que está en su lugar, de lo que no desentona por rancio ni estridula por audaz. Pero que atrae por sí mismo.

Porque precisamente la condición primigenia de Mateo Hernández es ese desligamiento de los afichamientos tendenciosos. Ni más ni menos que un contemplador activo de los seres humanos y de los animales situándose frente á los modelos vivos y no quietos, sin pensar en las academias de ayer ni en los cenáculos de hoy.

Se ha dicho que en Mateo Hernández el animalista supera al humanista. Sin embargo, no es una razón de supremacía, sino de preferencia temática, la que puede hacer que parezca exacta esa afirmación. Mateo Hernández prefiere esculpir animales, á retratos de personas; llevar á la piedra de la estatua ó del altorrelieve los cuerpos elásticos ó pesados, las actitudes hieráticas ó graciosas de la fauna.

Los aficionados á la fácil condición de los antecedentes; los, á sabiendas ó por error, equivocados, pueden citar, á propósito de Mateo Hernández, nombres de ayer ó de hoy—entre ellos, el del reciente animalista francés ya aludido y advenido al género después de Mateo Hernández—; los de otros escultores que sienten como él la misma tenacidad absorbente de reproducir en la plástica formas zoológicas.

Pero es una concomitancia temática nada más. Hernández lleva á su propósito un aliento propio y una factura peculiares. Verdaderamente escultor, se sitúa entre el natural y el bloque pétreo, de primera intención. No los baldos tanteos del modelar. No la entre-



Retrato de la señorita Sara Alfonso

ga de la emoción y la visión personales, hechas volumen armonioso á las manos mercenarias del sacador de puntos ó á las sospechas de la fundición.

Así, en la dura materia, que no consiente arrepenimientos, retardadora del tiempo y de los hombres, con algo de extraña reencarnación del Oriente hundido de siglos, en su alma y en mano, con una también extraña pasión por el granito negro, ha ido tallando esta perdurable serie de testas humanas y estos cuerpos de animales que ahora expone en el Salón de Amigos del Arte, luego de haber sido reproducida en todas las revistas del mundo.

Rostros femeninos ó viriles, animados de expresiva racialidad, donde se acusan los rasgos individuales; las aves de rapiña erguidas, inmóviles y enigmáticas, como ídolos totémicos de una religión sanguinaria; la pantera negra, ondulante con sus pisadas de terciopelo y su felino acecho—acaso lo mejor de toda su obra, destinada tal vez á ocupar una perdurable ejemplaridad cual la de la leona clásica herida por la flecha—; el hipopótamo monolítico, testarudo, con esa calidad de montaña gelatinosa que sugiere el natural; la grulla vanidosa con su frívolo llamamiento á la rápida sensualidad, que tan bien supo adivinarse para ser aplicado su nombre á las mujeres galantes; las otarias blandas y grotescas; la cierva graciosa y vivaz, con la línea valiente de los cervatillos lactantes entre sus piernas; el orangután tardío, fuerte de monstruosidad, de una energía obscura y misteriosa, con su apariencia transitoria en las formas evolutivas de la especie...

Y en medio, la bañista, la mujer desnuda bajo la modeladora tela que ciñe su torso y deja libres los miembros y la cabeza altiva. La mujer en granito rosa entre las bestias negras, avanzando con un ímpetu sano, una robustez voluntariosa y una gracia infinitas que nada debe al canon estúpido de las febles y andróginas mujeres ultracivilizadas de las urbes modernas.

¡Paso á ella! Porque es la inspiración y la maestría del admirable escultor, que entran en España para triunfar.

José FRANCES



LA ALEGRÍA DE LOS NIÑOS SOBRE LA NIEVE

En la explanada de Saint Moritz, sobre la nieve que forma pequeñas colinas en torno á la pista de hielo, juegan los niños entregados á las delicias de la «ludge» y de las «batallas» con blancos y blandos proyectiles. En estas fotografías aparecen Little Jackie y Peter Paz Azpels, y Arlette y Jaqueline Darracq, hijos, respectivamente, de los grandes industriales parisienses de ese nombre, en plena partida de nieve (Fots. Marín)



LA PINTURA CLÁSICA

«Retrato de la Infanta Isabel Clara» cuadro original de Sánchez Coello, que se conserva en el Museo del Prado



EL HOMBRE QUE SEMBRO BONDAD

(CUENTO)

HABÍA sido desde la cuna un raro ejemplar de mansedumbre, de bondad excesiva.

De niño, siempre tuvo una frase de disculpa para los discípulos que le inducían á robar la fruta ajena, y luego le inculcaban ante el dueño de ella. De hombre, nunca el fuego de la rebeldía vindicativa asomó á sus ojos ante los agravios ó rencillas que los demás pusieron en su vida. El no acusó ni castigó íntimamente las culpas ajenas que le dañaron el cuerpo ó el alma. «¡Es tan penoso—se decía—pensar mal de nadie!... Es mejor sentirse bueno y creer en la bondad de todos, aunque no haya en ellos bondad. Cerrar los ojos con la Fe y creer en el mundo sin penetrarlo, como creemos en un Dios que no hemos visto nunca.»

Y ahora, ante la infamia anónima que maculaba horrendamente su honra y su amor, sentíase claudicar. Era todo un sueño de bellos ideales rotos por el brusco y vulgar desgrane de un reloj. Como el tronchamiento lastimoso de un rosal en plena floración por abrazo vehemente del huracán. Igual toda su vida: una existencia inmaculada, arca de un alma eximida del más leve remordimien-

to. Lo mismo que el rosal deshojado y el despertar del sueño hermoso. Para siempre ya, ¡la duda en el alma!...

Y releendo por centésima vez las letras rojas del papel acusador que bailoteaban ante sus ojos con grotescas contorsiones maléficas de diablejos, lloraba el hombre bueno; lloraba unas lágrimas de fuego que al caer sobre las letras impúdicas del papelucho infecto de maldad, desteñíalas y se confundían en su color, y parecían gotas de sangre. ¡Oh! Bien claro lo decía: «Tu mujer te engaña ostensiblemente...» Es decir, que María Paz, tan cariñosa, tan buena, la perfección misma... ¡No, María Paz, no! Tan dulce, tan bella...

Mordía, furioso, por vez primera, la cuartilla anónima..., y pensaba también por primera vez en que hubiera mordido igual la mano y el corazón de quien escribió aquella infamia execrable...

Y sin valor para otra cosa que imaginar planes á cual más absurdos, concluyó por admitir (¡el infeliz!) que todas aquellas infamias no eran sino morbosos celos de algún codicioso admirador de su mujer (¡era tan

hermosa!) ó tal vez una broma de algún amigo (caramba, ¡qué terrible rato le hizo pasar) que se complacía en medir su paciente bondad. ¡María Paz!... Tan buena, tan candorosa, tan niña en el alma. Recordó la perfidia de Yago y la ingenuidad de Desdémona...

—¡Y he llegado yo á dudar un momento siquiera!...—se dijo—¡A qué va á resultar que el único malo soy yo!...

—¡Juan Luis!...

Sintió la voz de María Paz, que le llamaba, y se levantó del sillón en que había estado toda la tarde hundido, como en un mar terrible de dudas monstruosas. Conscientemente desmenuzó la carta estúpida... Sí, estúpida; no merecía otro calificativo; abrió el balcón y la arrojó en alas del viento, que la disolvió al punto. En seguida salió. En el comedor esperaba su mujer, vestida todavía con el traje de calle. Sobre la mesa había multitud de paquetes. Destacándose de los tonos claros del mobiliario de la habitación, brillantados por los rayos débiles del sol crepuscular, que irisaba los cristales del balcón, la figura de su mujer, envuelta en las

sedas de un vestido morado, le parecía más nacarada, más angelical que nunca... Y la besó con el alma puesta en los labios, la frente, los ojos, los cabellos; luego la suavidad exquisita de las manos livianas, las uñas impecables y hasta las perlas negras del collar magnífico que rodeaban la blancura sin par de su cuello.

Y pensó que nunca la resarciría lo suficiente de aquel pasado momento, que se atrevió á abrigar contra su virtud conceptos dudosos, y que nunca la había amado más que en este instante que creyó haber dejado de amarla...

No podía conciliar el sueño esta noche; era estúpido. Sentíase presa de un desasosiego tan hondo, ¡tan del alma!...

Inclinóse un poco levemente, procurando no incomodar el descanso plácido de María Paz. Sentóse al fin. Hacía calor esta noche de Abril en la alcoba. Alargó el brazo un poco y oprimió la roseta de plata que ocultaba la llave de la luz, y la habitación quedó iluminada débilmente por los destellos atenuados por el raso azulado de una pequeña lámpara portátil puesta sobre una mesilla de noche.

Le pareció que María Paz había musitado algo, y la miró extrañado. Dormía ella profundamente, muy feliz en su inconsciencia; diríase que sonreía. El pelo se le había enroscado al cuello. A Juan Luis se le antojaron aquellos cabellos una cinta de miel, que la estrangulara lentamente; hasta creyó ver en el rostro bellissimo de la durmiente vagos destellos lívidos...

Libertó la cabellera y la extendió sobre la almohada: ahora parecía rayos de un sol moribundo...

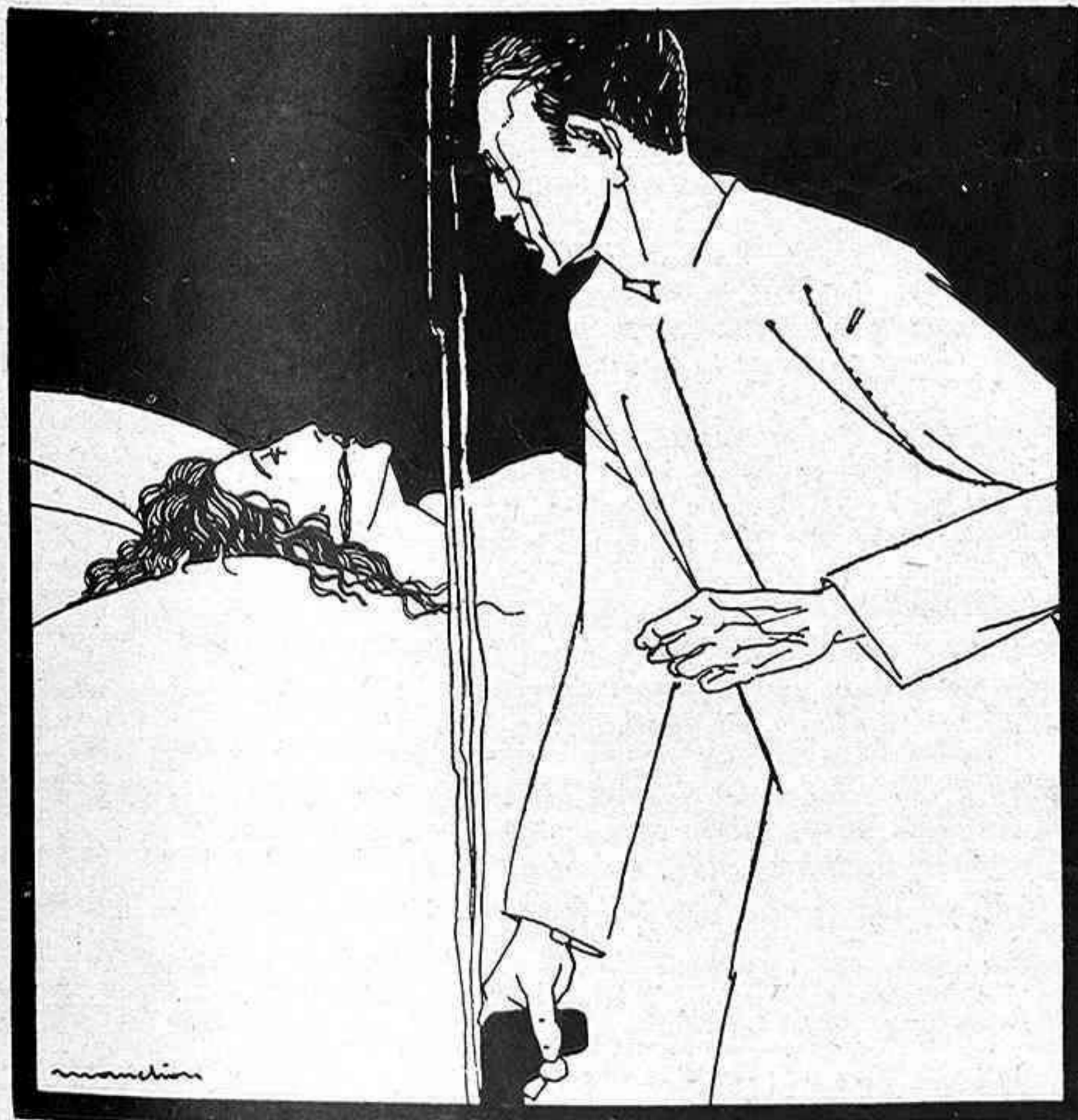
Otra vez le pareció que María Paz hablaba, y vió, sin ninguna duda ya, cómo sus labios se movían. Aplicó su cara á la de su mujer y apercibió en el hálito cálido de su aliento inconexas frases. «¿Miedo? No... ¡Es tan bueno!...» Quedó sobrecogido por súbitos é inexplicables temores, sin atreverse á despegar su rostro del de su mujer.

—Más bueno que tú..., ¡Ernesto!...

Le pareció ahora que todo desaparecía de ante sus ojos. Creyó que su cabeza había quedado vacía; no sentía nada. Sólo aquellas palabras de su mujer, martilleantes en las palpitaciones de sus sienas: «Ernesto... ¡Mie-



En el comedor esperaba su mujer...



Depositó hasta cinco balas en la boca de María Paz..

do? No .. Más bueno que tú...»

Y otra vez pensó. Y creyó ver; vió evidentemente, y entre los labios sonrientes de su mujer, sobre la doble hilera de dientes diminutos, la figura de su amigo Ernesto Gálvez. Era una figura microscópica, insignificante; pero tenía los ojos y el tipo y las facciones de Ernesto Galvez.

Y vió también cómo de la boca entreabierta de María Paz salían multitud de Ernestos que saltaban sobre la albura de las sábanas, y bailaban danzas é cual más extrañas y exóticas, encima de la colcha de seda oscura. Y también observó claramente que aquellos diminutos Ernestos le sacaban la lengua, se le burlaban satánicamente: «¿Qué hay, imbécil? ¡Hombre blanco!... ¡Hom-

bre incólume!... ¿Ves cómo te has quedado preso en las mismas redes de tu bondad? ¡Eh, amigo! ¡Despierta! Estamos en la tierra... ¡Siembra bondad!... Al mundo hay que domarle con látigo. ¡Siembra bondad!... ¡Ja, ja, ja...»

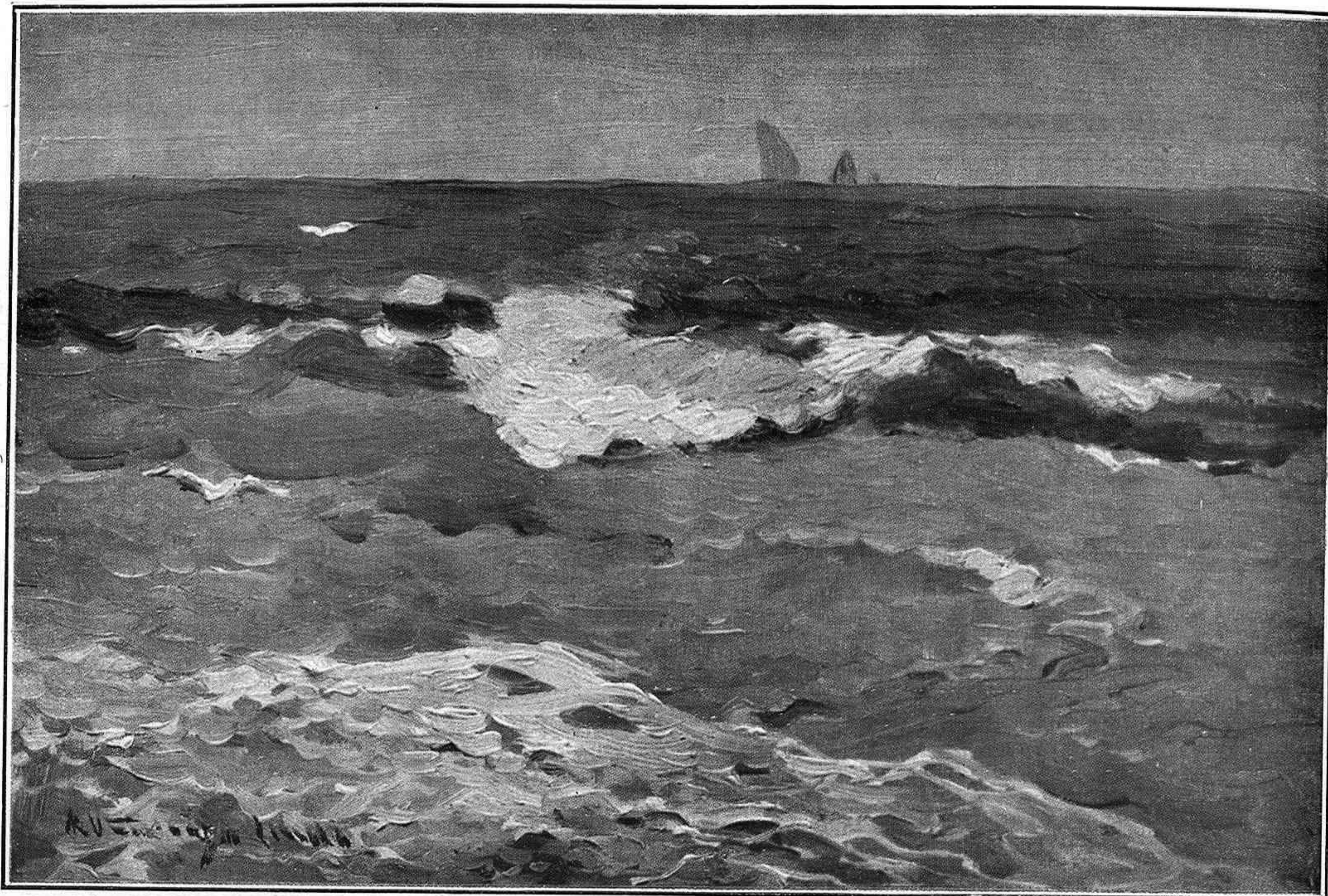
Y se reían cínicamente los Ernestos, cada vez más múltiples, sucediéndose constantemente en la boca de la dormida bellissima.

Extendió la mano hacia el cajón de la mesilla; oprimió el pequeño revólver que llevaba siempre consigo y que no había usado nunca; apuntó firme á la boca de su mujer, dispuesto á concluir con todos los Ernestos mortificadores que salían de ella...

Y por primera vez en su vida, este hombre, que había nacido para embellecerlo todo con su espíritu bondadoso; este hombre, que sembró durante sus cuarenta años de existencia en la tierra bondad, se olvidó de ella; y, conscientemente, sin experimentar la contracción de un solo músculo, depositó fríamente, una por una, hasta cinco balas en la boca de María Paz, culpable, que se enrojeció trágicamente.

LUISA CARNER CABALLERO

(Dibujos de Manchón)



M A R G A L L E G O

*Vaya mi voz nostálgica hasta ti, mar gallego.
Nunca pude gozarte y, no obstante, eres mío.
Tierra adentro en Galicia, fui á nacer; pero luego
llegué hasta donde estabas, por la orilla del río.*

*Miño abaixo, entre el risco, la vid y la pradera,
en aquella mañana, que hoy triste se me antoja,
iba el tren. Yo, un chiquillo; el vagón, de tercera,
y en la red del vagón, mi maleta ¡tan floja!*

*Y toda mi ilusión y toda mi ignorancia
se afanaban á un tiempo: «El mar, ¿cómo será?»
—¡oh, delicioso enigma que acarició mi infancia—.
Por un camino andaba perdido un «a.alá»...*

*Y el tren iba hacia el mar. Subía el sol al cielo.
Mi corazón saltaba por verte, mar amigo.
Te anunció la gaviota con su pausado vuelo...
Redondela, la ría... Y, á poco, el mar en Vigo.*

*¡El mar! ¡Oh, mar! Entonces mis pupilas ansiosas
hijas de la montaña, bebieron tu llanura,
y soñé con tus conchas y tus playas brumosas...
Mas fuiste para mí, no la paz: la aventura.*

*Sobre tus verdes aguas, preñadas de tormenta,
bogaba rumbo á América aquel monstruo de hierro,
que en una tarde breve, de invierno, cenicienta,
me arrancó de Galicia, llevándome al destierro.*

*Y te perdí, mar mío, apenas te lograra,
y te amé en el recuerdo, y ya no volví á verte,
hasta que huyendo vine porque me vi la cara
en el espejo un día, y era la misma Muerte.*

*Hijo de la montaña, la montaña me quiso
mimar en su regazo cuando me supo enfermo:
el ángel condenado tornaba al Paraíso...
Y otra vez la aventura: Castilla austera, el yermo.*

*¡Oh, mar! ¡Oh, mar, que ciñes mi tierra verde y grata,
y en las noches de luna—cerca el pino oloroso—
hundes en las arenas tu pezuña de plata
y diluyes en nácares tu vaivén armonioso! ...*

*Nunca pude gozarte, mar gallego, mar mío,
más que de paso, un día, una hora, un momento,
y, sin embargo, vas dentro del pecho mío...
Yo escucho tus rumores y tus vaivenes siento.*

*Esta espuma que á veces las sienas me golpea,
y este ave que es mi alma, tímida, incierta y sola,
y la roca interior que afronta la pelea...
¿no son, ¡oh, mar!, tu ave, tu cantil y tu ola?*

*Si no me reclamase mi orensana montaña,
¡hírtame, mar, al páramo; llámame á tu ribera
cuando caiga segado por la fatal guadaña!
¡Llámame, mar gallego, el día que me muera!*

*Bríndame un silencioso y humilde camposanto,
donde el augusto sueño nadie venga á impedirlo.
Y que pasen lejanas las velas, mientras tanto
cantas, mar, en la orilla, y en el ciprés, el mirlo.*

Angel LAZARO

(Dibujo de Verdugo Landi)

MOTIVOS

Cómo nacen las coplas

I

SENDERO entre clavellinas
y chumberas africanas,
orilla de un olivar
ceniciento en la mañana.

Sobre un diente de la sierra
está el almenar moruno;
cigüeñas de ala velera
navegan el azul puro.

Atrás el pueblo; el resol
vuelve el jabelgo dorado;
entre puñales de pitas
gloglea y salta el regato.

El cortijo de la vega
tiene un banco con albahaca;
delante del espejillo
peinándose la serrana.

Ve el mozo desde el sendero
peinarse á la cortijera,
y como una bocanada
le sale la copla afuera:

*Antoñilla la del Puerto,
tienes la color tostada,
lo mismo que el pan moreno*

II

Café de cante; tablado;
cantaoras peripuestas;
choque de vasos; jaleo;
filigranas de falsetas.

Los señoritos flamencos
achulando las palabras.
Como las mujeres, tiene
una moña la guitarra.

La del fandango, pasea
moviendo el talle y la cola.
Biilla en las cañas doradas
la manzanilla olorosa.

En un rincón, la gitana
que canta por siguirillas
con un recuerdo clavado
y la mirada perdida.

El cuadro forma la rueda;
suena el ritmo de las palmas,
y la mujer, en su copla,
se saca el odio del alma:

*Diste tantos golpes
en mi corasón,
que has hecho un cuchillo, que
[tiemble tu carne,
que no doy perdón.*



(Fot A. P. G.)

Camino de amante

¡Camino de su cariño,
que yo le andaba cantando!
Era, bajo el cielo joven,
un camino iluminado.

Encontraba en el camino
yendo á sus besos, un álamo;
luego un verde limonero;
luego un ciprés meditando.

Junto al álamo decía
mi cantar de ilusionado:

*Eres álamo de plata;
campanillas son tus hojas;
campanillas que repican
los pájaros de la aurora.*

Le cantaba al limonero
de verde-niño pintado:

*El deseo me acompaña
y su fruto da el deseo;
es ácido como el fruto
que nace del limonero.*

Y este postrero cantar
al ciprés recto y delgado:

*Me dice el triste ciprés
que el amor no dura siempre.
Cuando vive en el recuerdo
el amor nunca se muere.*

De la ilusión, al deseo;
del deseo, al desengaño.
¡El camino del cariño
que yo le quería tanto!

ANDALUCES

La reja

Reja, cárcel hacia dentro,
es libertad hacia fuera;
pero no importa estar libre
para tener prisionera
el alma.

Yo he visto á un hombre
estar en la calle abierta
sin despartar sus manos
de las cruces de la reja;
siendo libre, estaba preso.
(Dentro sonreía ella).

Madrugada

Noche de juerga;
larga y triste noche de juerga.
En las caras lívidas
flores, las ojeras.
Lascivia en la mirada
—lascivia y borrachera—.
Encelados machos
riñen por las hembras.
(Las voces medrosas
y las voces fieras).
Como una serpiente
baila, retorcida,
la mujer morena,
y de pronto, un grito:
que muerde su carne
una boca hambrienta.
La guitarra sonando
desgarrada y lenta.
Las coplas canallas
y lastimeras
cantando el dolor
y la pena.
Soleares de cárcel,
de perdición y majeza:

*Yo me traigo de su vera
este pañuelo manchao,
y ahora que vaya quien quiera.*

Y la caña volcada
en la pelea
esparciendo su vino dorado
sobre la mesa.

El olvido

Todas las coplas del amor en pena
claman contra el olvido.
El amante se queja cantando:
«¡Y pensar que me has querido!...»

No te quejes; es divina
condición el olvidar
y es sólo una vez vivir
ser constante á lo perdido
y sufrir por recordar.
Quien olvida, á cada olvido
empieza una nueva vida;
marcha á ganar, sin mirar
la vida que está perdida.
Olvido: hazme renacer
de cada muerte, á un amor;
hazme, después de perder
con una mujer, saber
no acordarme del dolor
por lograr otra mujer.

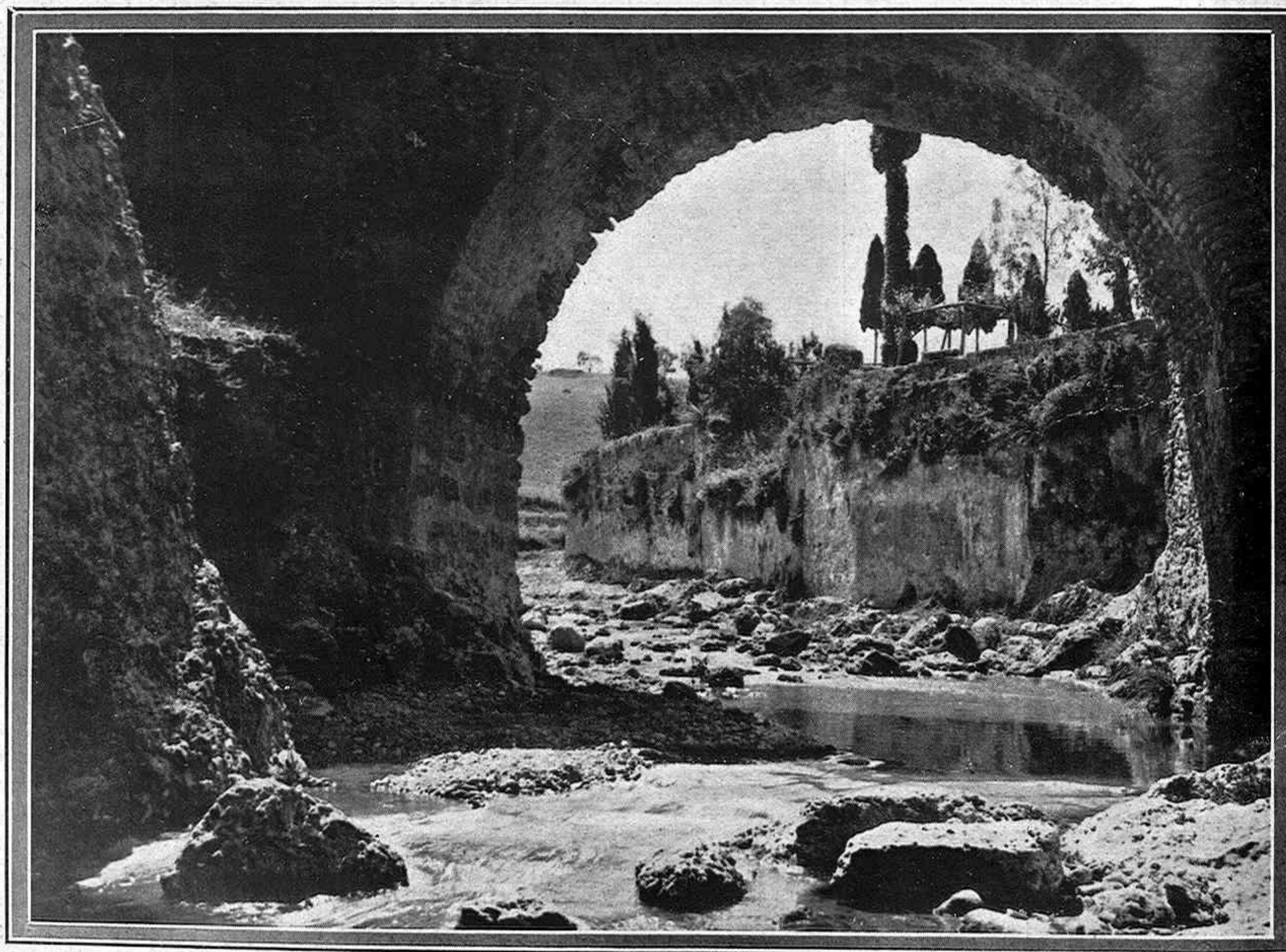
TOMÁS BORRAS



Tres pintorescos aspectos de Ronda, con sus casitas blancas y alegres, asomadas, con ademán estático de infantil temeridad, á la sima pavorosa del Tajo
(Fots. Lázaro)

LOS
BELLOS
LUGARES
DE
ESPAÑA

RONDA



La fuente de San Miguel, en las cercanías de Ronda

(Fot. Wunderlick)

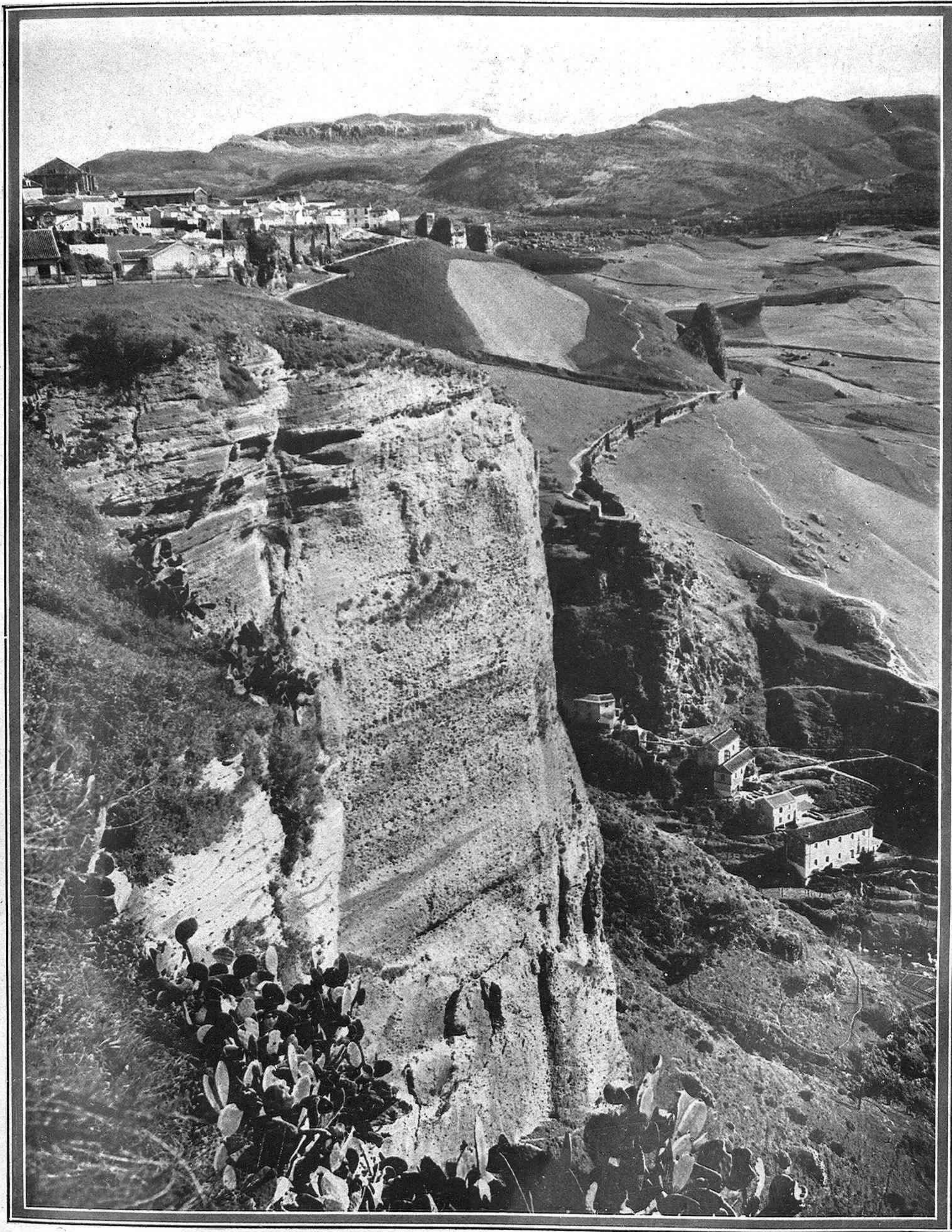
A sesenta kilómetros de Málaga, sobre una altura abrupta y aislada, como fortaleza natural, se halla Ronda, la ciudad antigua y moderna, pintoresca como pocas, y que, mejor que albergue de hombres, parece, en la lejanía, nido de águilas.

El Guadalevín, en su empuje obstinado y en su esfuerzo de milenios, ha partido en dos

mitades el macizo de riscos sobre los cuales fué á cobijarse Ronda, y ha labrado el abismo del Tajo: la sima pavorosa, llena de sombras, de leyendas y de misterios, y á cuyos bordes se asoman las casitas blancas y alegres con ademán estático, pero viviente de infantil temeridad.

Sobre ese Tajo homicida, abierto bajo el

claro cielo como inmenso y obscuro portón de la Muerte, han osado los pobladores de Ronda, al través de su Historia, las audacias sucesivas de tres puentes: el de las Cortadurías, de origen romano; el Viejo, de construcción morisca; y, por último, el Nuevo, de noventa metros de altura, construido en la segunda mitad del siglo XVIII.



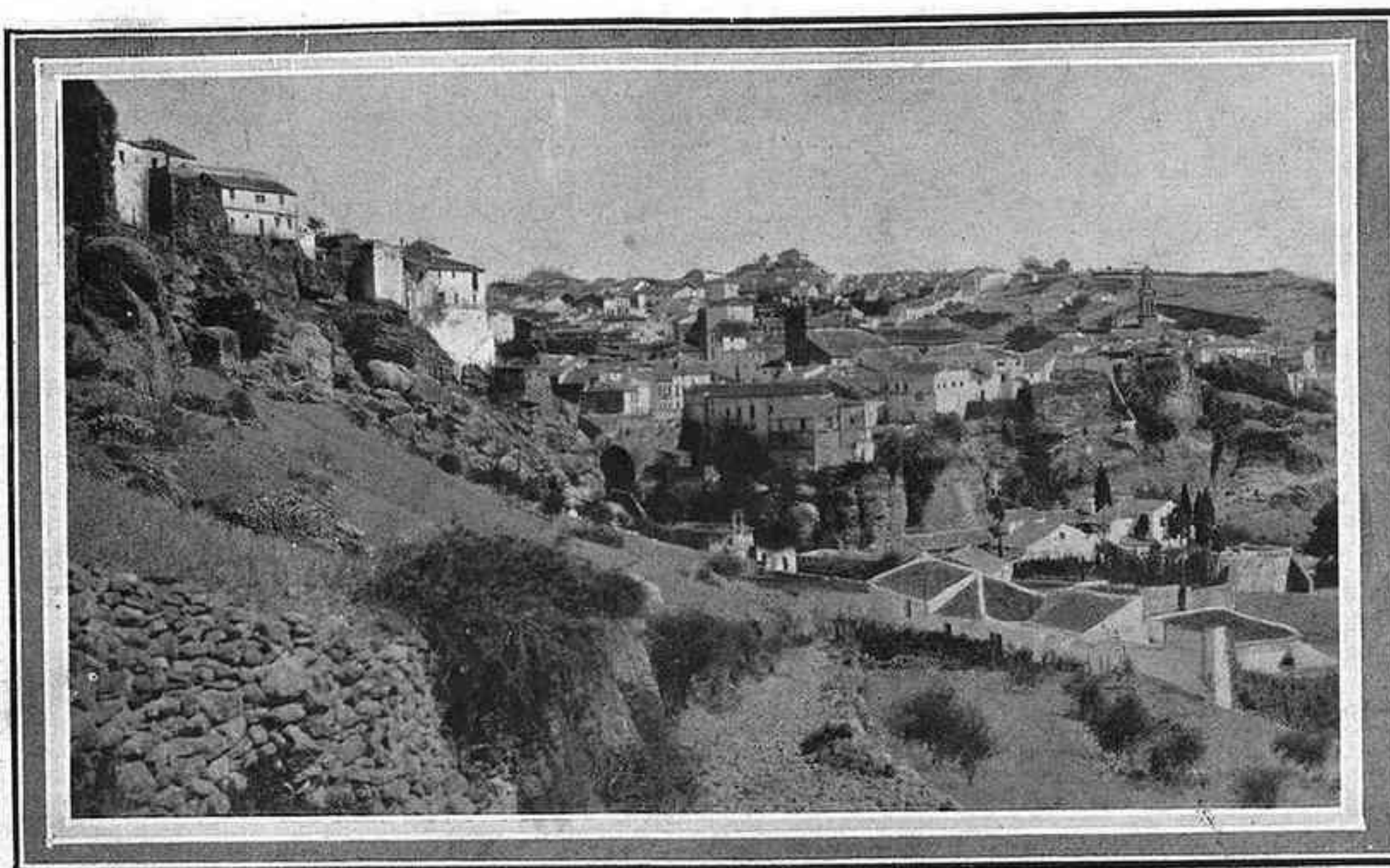
Vista parcial de Ronda y de sus cercanías desde uno de los extremos del Tajo

(Fot. A. P. G.)

Divide el Tajo á Ronda en dos partes: la ciudad propiamente tal, de un lado, y el barrio del Mercadillo, á la otra parte. En la ciudad antigua existen monumentos nota-

bles y curiosas reliquias del pasado, tales como la famosa «Casa del Rey Moro», con su cava subterránea de 365 escalones, tallada en la roca; el palacio de Mondragón; las puer-

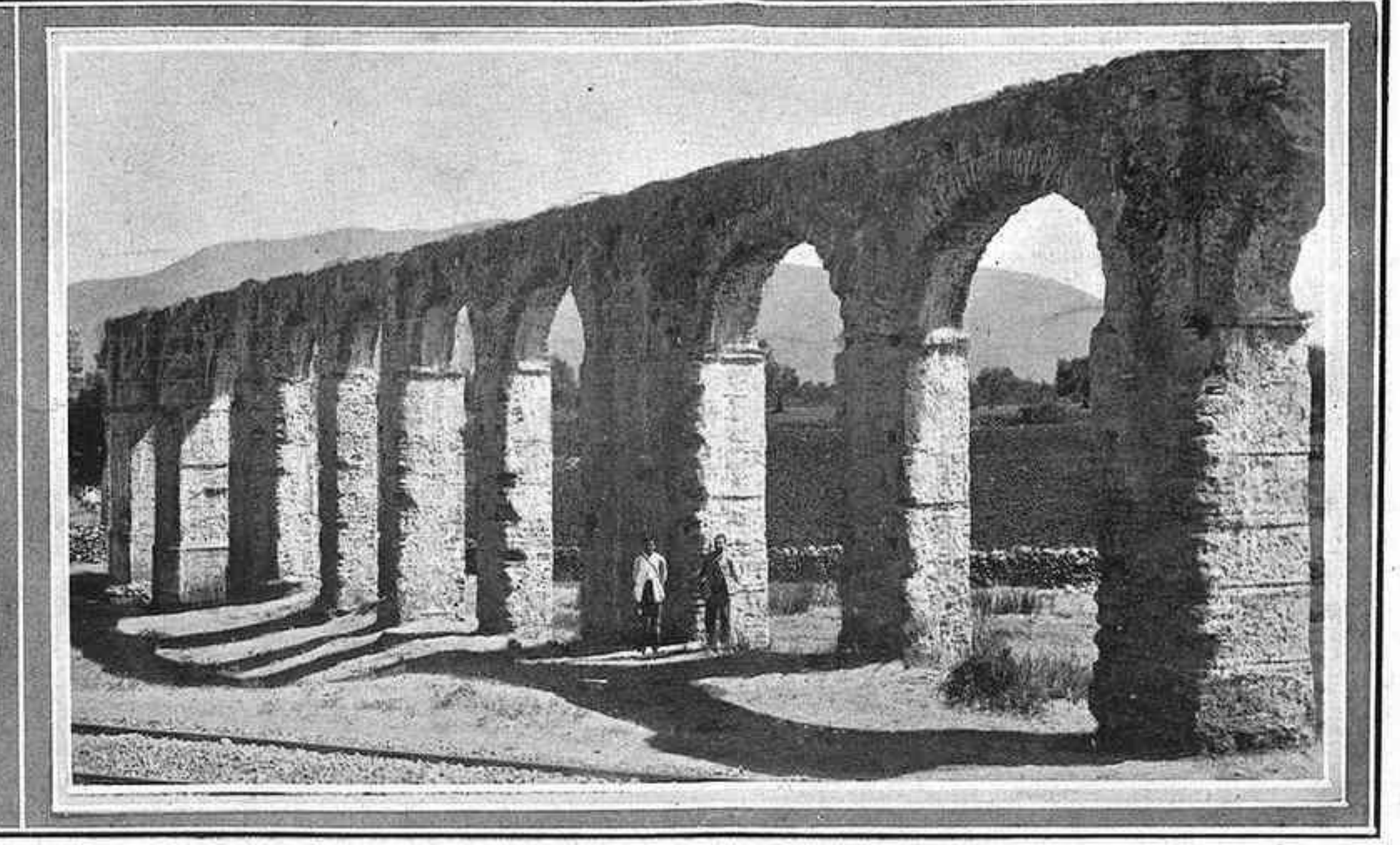
tas árabes de Almocabar, de San Francisco y del Cristo; las Cuadras de Cabildo; la Plaza de Toros, construída en 1784 por la Maestranza para sus justas y torneos, y de la que es



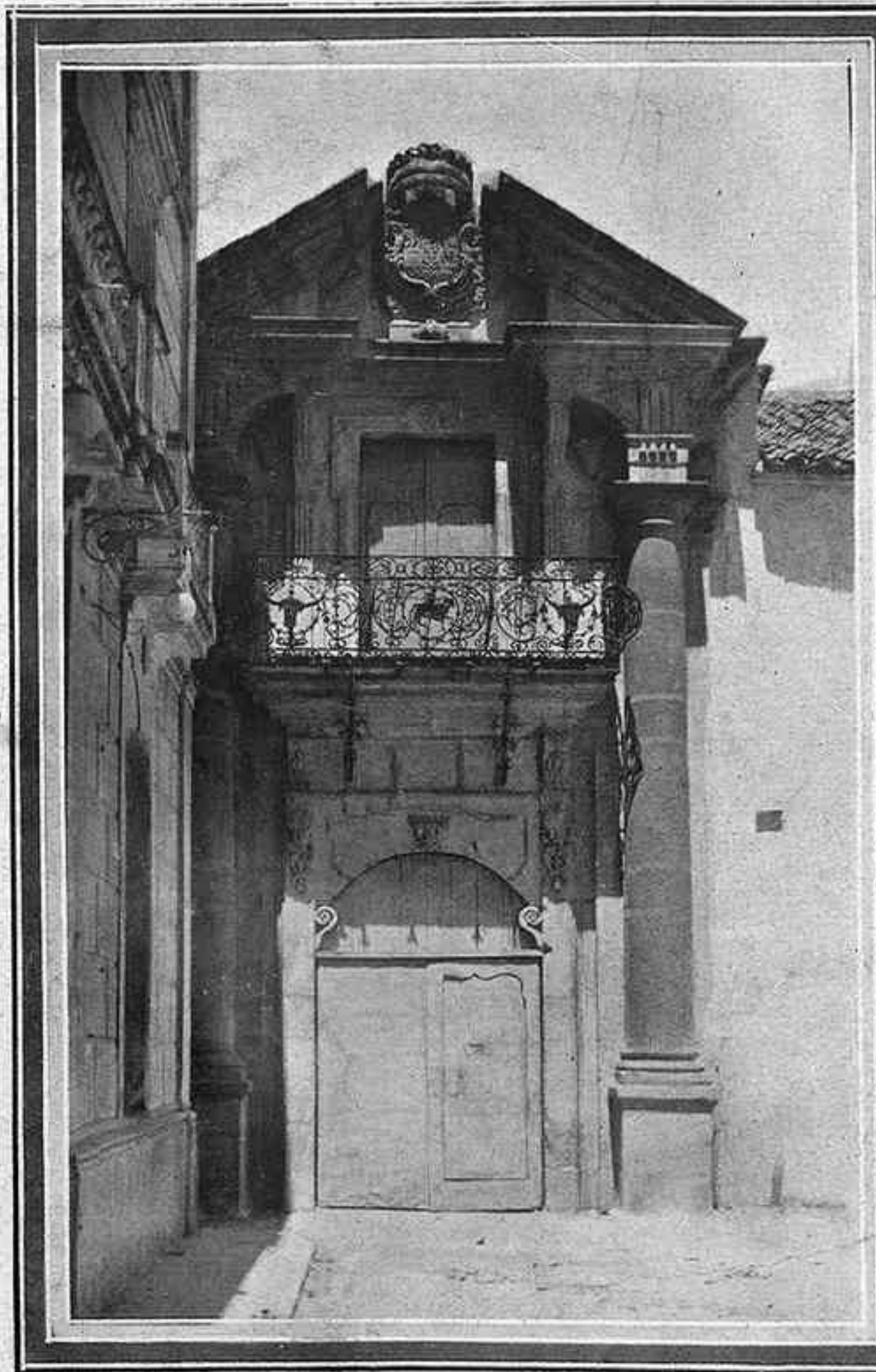
Ronda.—Vista parcial del barrio «Oyo del Bote», cercado por las antiguas murallas



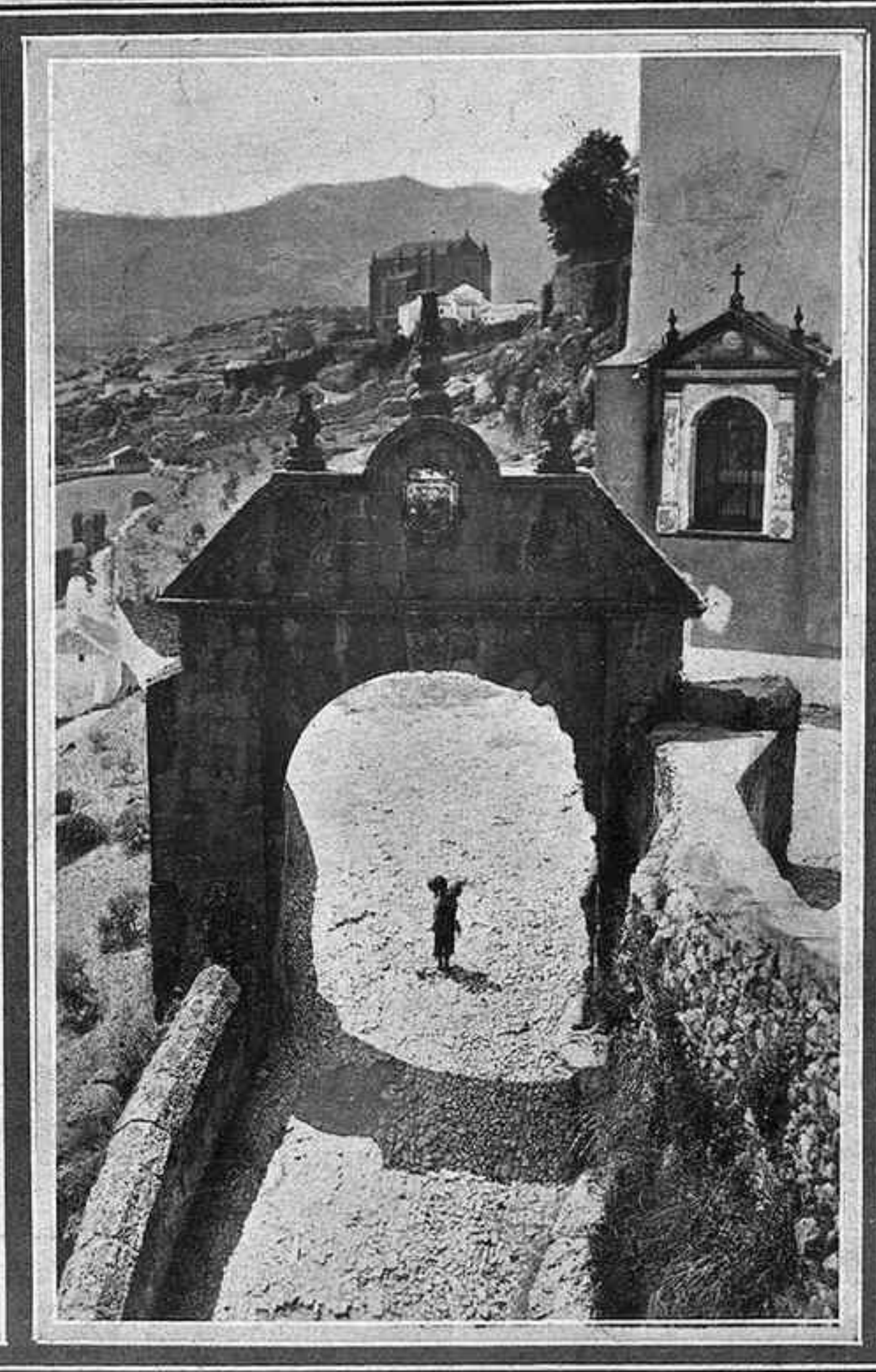
Ronda.—La Calle Real, en el típico barrio «Oyo del Bote»



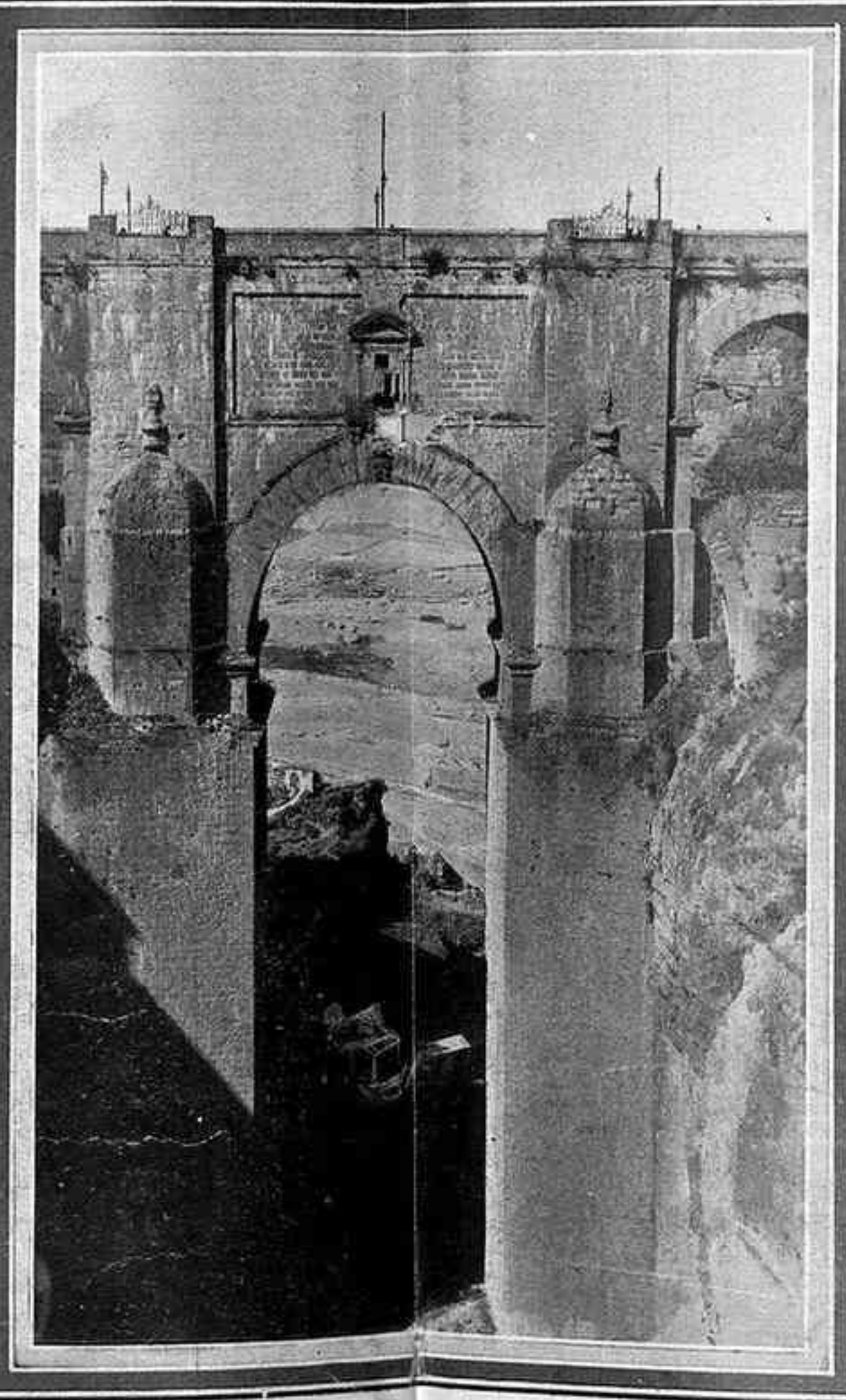
Ronda.—Ruinas del antiguo acueducto



Ronda.—Puerta de la Plaza de Toros, construida en 1784 por la Maestranza



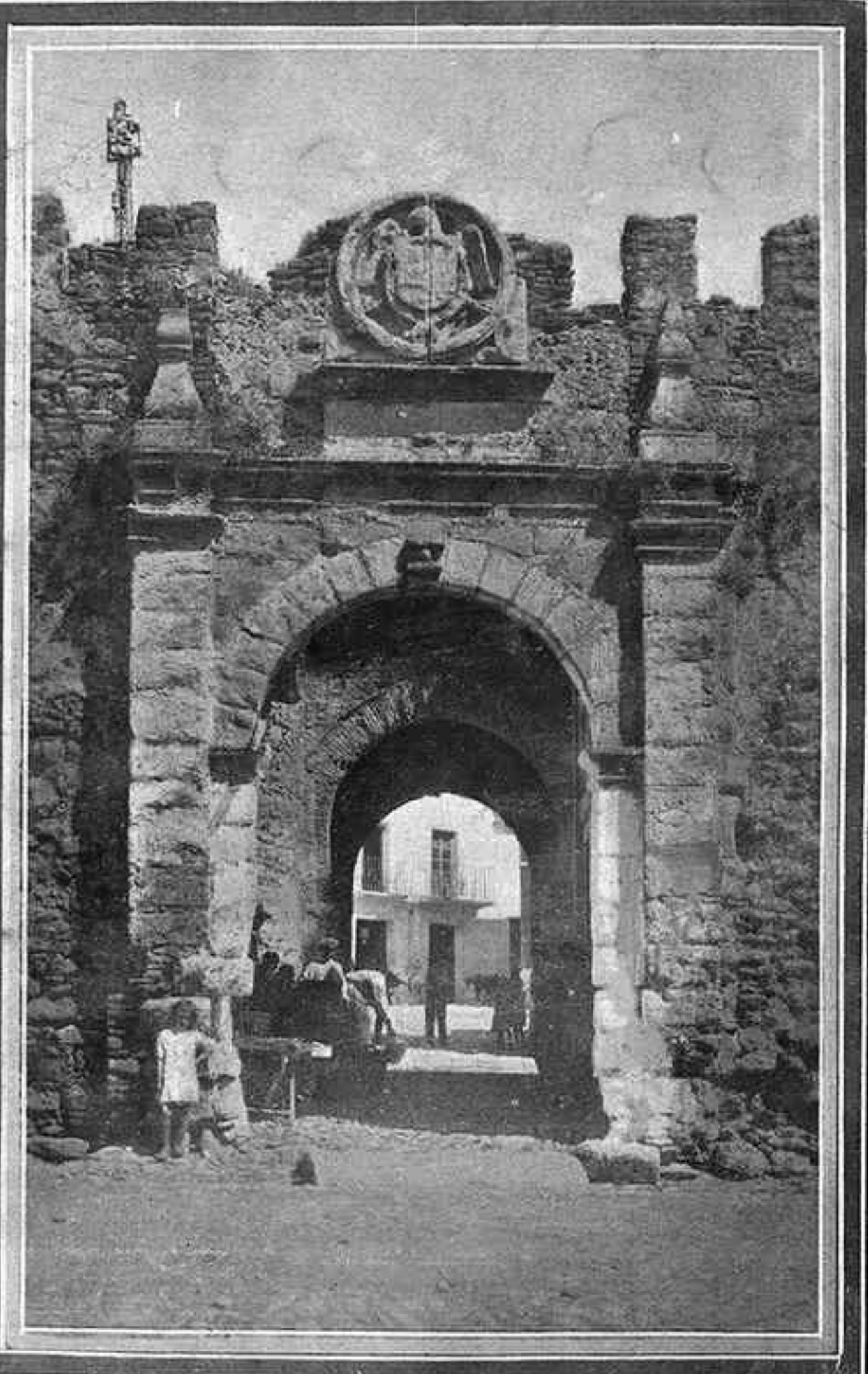
Ronda.—Puerta construida en el siglo XVIII



Ronda.—Puente Nuevo, 110 metros de altura, construido en la segunda mitad del siglo XVIII



Ronda.—Fachada del palacio del marqués de Salvatierra



Ronda.—Puerta de Almocabar, en la que campea el escudo de los Austrias

fama que el día de su inauguración se hundió en parte, porque un soldado movió una columna, siendo reconstruida y celebrándose en ella las primeras corridas al uso actual,

organizadas por los hermanos Romero; la parroquia de Santa María la Mayor, antigua mezquita construida por los árabes sobre las ruinas de un templo visigodo, y la Iglesia del

Espíritu Santo, edificada en conmemoración de la toma de la fortaleza por los Reyes Católicos, hecho que ocurrió el 12 de Mayo de 1485, alzándose el templo en el mismo lugar

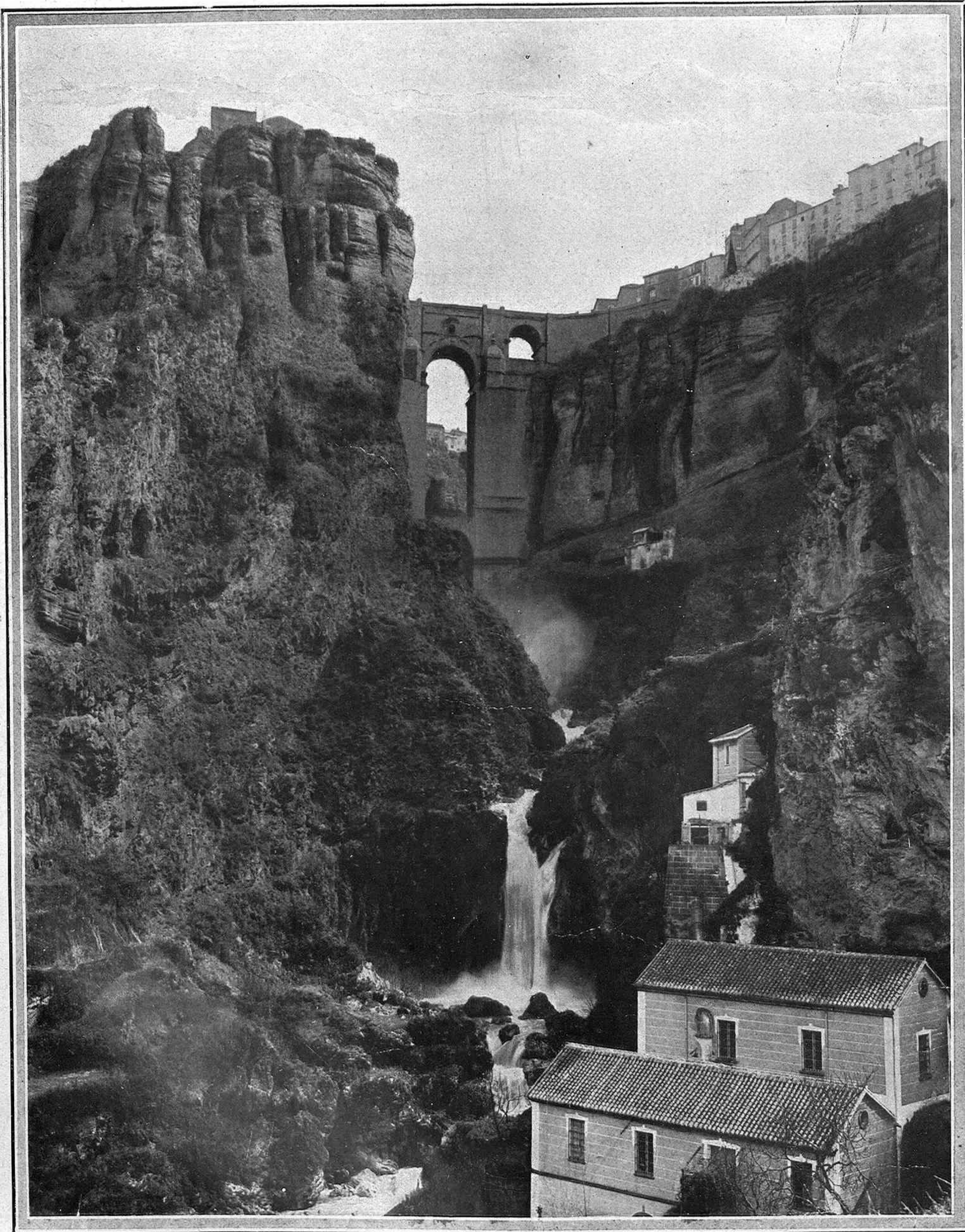
(Fot. Lázaro)

elegido por el Rey Fernando para establecer su campamento.

Créese que Ronda fué la antigua Arunda de los romanos; y en todo caso á juzgar por

las ruinas descubiertas, constituyó uno de los centros más importantes de aquella dominación en España. Durante la ocupación árabe fué refugio de perseguidos y foco de re-

beldías contra los califas de Córdoba, y ante sus muros se riñeron enconados combates entre las huestes de los reyes moros que se disputaban la posesión de la plaza.

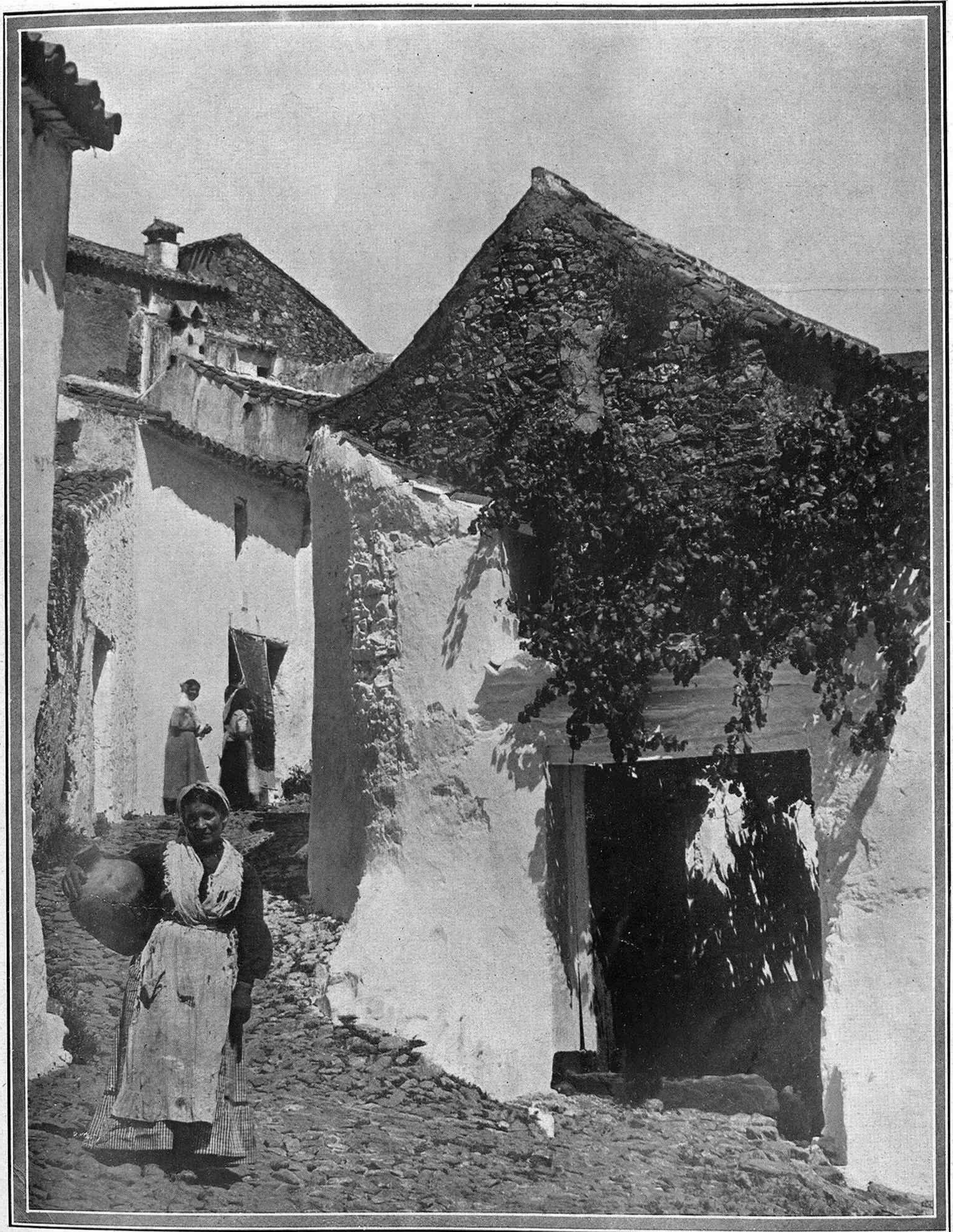


El Tajo de Ronda, por cuyo fondo, de más de doscientos metros, corre el río Guadalevín. En último término, el Puente Nuevo, de noventa metros de altura, construido entre 1784 y 1788 (Fot. A. P. G.)

En 1319, Ronda fué cedida por el rey de Granada al de Marruecos, cuyo hijo, Abumelek, se tituló rey de Ronda y Algeciras. Los

moros granadinos recuperaron la ciudad en 1349, y la conservaron hasta 1485, sin más interrupción que la breve conquista por el

maestre de Calatrava, al que al cabo lograron los árabes expulsar. La Serranía de Ronda fué centro de la rebelión de los moriscos



Una calle típica del pueblo de Benarrabá, en las cercanías de Ronda

(Fot. Hielscher)

en 1501, y fué igualmente baluarte irreductible de los patriotas españoles durante la Guerra de la Independencia.

La ciudad blanca y luminosa, asomada á

la obscura sima del Tajo, ha visto, pues, el paso de la Historia de España, desde los riscos altivos de su nido de águila. . Y en los paisajes sorprendentes que la rodean duer-

men las memorias de los siglos: los recuerdos perdurables, que sólo aguardan, para despertar á la vida de la evocación, el conjuro mágico del ensueño.



Una gran figura de la escena española

Matilde Revenga, la eminente diva de fama mundial, que actúa en el Teatro de la Zarzuela durante la actual temporada de ópera

(Fot Walken)

OLOR DE HORIZONTES

EL olor camello—camello puro—del que una sola bocanada es toda la Arabia, el de huevos podridos en Hitt sobre el Eufrates, donde Noé tomó el alquitrán para su Arca, ó el olor de pescado puesto á secar en Birmania... Y, sobre todo, el humo de la madera.

Respirarle un segundo es recordar súbitamente caminatas olvidadas por montañas sin nombre; altos de todo un día en las riberas infladas; maravillosas mañanas juveniles en países de luz donde todo era posible—y generalmente se cumplía—; sueños oprimidos por la baja luna del Desierto sobre un lecho de crueles guijarros; la hora de Dios mismo sobre toda la superficie del mundo entonces que las estrellas se han extinguido, cuando ya es demasiado tarde para ver dónde se yace, en la nariz la humareda de las brasas de la noche última, acostado en espera de un nuevo horizonte pronto á alzarse allá abajo ante una aurora nueva.

Melville, de la *Jeannette*, decía una vez: «Oler eso le bajaría á uno el corazón á las botas, sino fuera porque ya se habían movido éstas».

Pero ya hoy se puede ir en menos de una semana á través de esta serie graduada y significativa de olores que cubre, por ejemplo, como una irisación de nácar las últimas 2.500 millas del Africa de Sur y volver sin otra impresión especial que la del gran sol y la de las humaredas de carbón.

Como se dice siempre en las revoluciones, la cuestión es empezar.

¡Concebid por un momento una generación enteramente divorciada de todos los olores conocidos de los viajes terrestres y marítimos de seres que escalarán y descenderán á y del aire absolutamente inodoro de las alturas no preparados en ningún sentido al sabor, que es el alma, del país donde van á caer!

Todo cuanto utilizamos hasta hoy en materia de locomoción nos otorgaba tiempo para cierta adaptación mental á los horizontes; tiempo de tomar contacto con el suelo y el agua cambiante bajo nuestros pasos.

El porvenir no tendrá adaptación ni horizontes en el sentido actual de estas palabras. Se acabaron los largos días de prueba y aprendizaje; no habrá noches aterradoras

ó sosegables; ni la pánica aprensión del aislamiento sin socorro, ni, en cuanto pueden prevverse, más obstáculos que condicionen nuestros viajes. Hasta ahora nuestra vida nos enseñó á amar aquello que sufrió con nosotros, ó por lo cual sufrimos. Se quiere al perro perdido después de una noche ó dos que velamos su agonía. ¡Y cuánto más al rincón de la tierra donde sacrificamos nuestra piel, nuestra salud, nuestra reputación!

Hasta hoy nos vemos forzados á desplazarlos según dos dimensiones solamente y por medio de tres bestias de carga á nuestro servicio ó por algunas brasas dentro de un hornillo. Hoy sabemos que podemos movernos en tres dimensiones, y las posibilidades de nuestra nueva libertad nos enloquecen y turban toda relación antigua con las cosas.

Porque nuestros espíritus están anudados, trabados por los recuerdos atávicos de cuanto tuvimos por hechos inmutables ayer: distancia, altura y profundidad, separación, mal del país, temor de los accidentes y del tiempo adverso. El mar, á pesar de nuestros asaltos, permanece insondado, salado, aislador; una cadena de montañas representa

reducido en una proporción enorme—mañana será inconcebible—al viejo concepto de tiempo y espacio que forma el gran volante regulador del progreso.

Todo ó casi todo lo que pueden cumplir los métodos pretéritos produjo ya su beneficio general. El viejo mecanismo está gastado, y con él las sensaciones y emociones que fueron su cortejo.

Sólo el espíritu del hombre continúa inalterado é inagotable. Nacerán—ya se dibujan en este momento—riesgos tan crueles que aquellos á los cuales hicieron frente Hudson ó Scott; navíos más amplios que los de un Colón ó un Cecil Rhodes; menos para vivir ó faltas de qué morir. Habrá que tomar resoluciones tan espléndidamente terribles como las de Drake. No más roturas en la línea de marchar; los hombres del presente han comenzado el descubrimiento del nuevo mundo, con la misma pasión devotamente libre de cuidados con que sus antecesores realizaron perfectamente el descubrimiento del mundo antiguo.

RUDYARD KIPLING

(Ilustración de Soriano)

(Traducción de FORTUNIO)



tantos días de retraso ó de rodeo, tantos de ración suplementaria y de cambios del frío al calor. El desierto y las soledades infinitas quieren aún que se acerquen á ellas á golpes de zapa ó de mina prudentes. Donde el agua falta, inclinamos la cabeza humildemente resignados ayer

Ahora ya iremos y volveremos por los caminos del mundo habiéndoles convertido en doscientas millas ó sus equivalentes (á la manera de que se distribuían antes en cinco para la infantería por columnas, diez para los reconocimientos de la caballería, doce en carro ó cincuenta en automóviles) á una medida idéntica: dos horas de tiempo. Y que haya un desierto ó una cadena montañosa á través de esas doscientas millas, no importa. Nuestro reloj no perderá cinco minutos.

Cada mes, la tierra, mecida, disminuye incluso en nuestra imaginación. Nos damos cuenta por los deslizamientos y crujidos de la inestable mentalidad moderna en torno nuestro.

Basta un momento—uno solo—y nuevos resortes distancian la humanidad. Hemos



PEDRO MATA



ALBERTO INSUA



LUIS ARAQUISTAIN



RAFAEL LOPEZ DE HARO

LOS NOVELISTAS

HAY por ahí muchos caballeros que no han escrito nunca un artículo de periódico, una novela ó un drama y que, sin embargo, son personas inteligentes y cultas.

Parece imposible; pero yo he confirmado que es verdad.

Y uno de estos señores, D. Agapito Silva, á quien tuve el gusto de conocer el pasado otoño, y en el que el hecho de no haber escrito nunca para la escena es doblemente sorprendente, porque, además de ser español, tiene un nombre y un apellido muy apropiados para figurar en los carteles sobre el título de una obra *extraordinariamente* aplaudida, muéstrase, en las conversaciones que sostenemos con frecuencia, tan aficionado á la Literatura en todos sus aspectos, y muy especialmente en el teatral, y tan ecuánime en sus juicios, que en muchas ocasiones me serví de ellos para pergeñar una croniquita de estas que suelo dedicar á los asuntos escénicos, á falta de otros más trascendentes.

Un día que se nos ocurrió departir, ante las tazas de café, del escabroso tema de la situación decadente en que está el Teatro, don Agapito, con una visión certera del asunto, me dijo que aunque las causas son complejas, él opinaba que la fundamental no era otra que el agotamiento de los autores consagrados y la oposición sistemática y absurda de las Empresas á estrenar obras que no estuviesen garantizadas por las firmas de estos primates de la escena.

Yo asentí á este atinado razonamiento, y él continuó:

—Afortunadamente, el Teatro va á tener un refuerzo. He leído que varios novelistas, aunque lo consideran un arte inferior, han decidido, llevados, sin duda, de un impulso de filantropía y altruismo, escribir obras teatrales que, sin duda, obtendrán extraordinario éxito, como, según parece, lo han obtenido sus autores en la especialidad literaria que cultivan, de más difícil realización, á juicio de los interesados.

—Cierto—le repuse—. Y no solamente novelistas de tanto prestigio como Alberto Insua, Pedro Mata, López de Haro y alguno más que no recuerdo, sino pensadores tan conspicuos como Araquistain, ó tan dados á la amena divagación filosófica como *Azorin*, para quienes no guarda secreto ninguna modalidad literaria, después de aleccionarnos con persistente insistencia, nunca bastante agradecida, desde los púlpitos de que disponen, acerca de lo que debe ser la literatura dramática del porvenir, se aprestan á ofrecernos la fórmula definitiva, predicando con el ejemplo en la misma escena, desdeñada hasta ahora por sus privilegiados númenes con gesto olímpico que quizás la prudencia debió aconsejarles guardar para la hora de ostensible homenaje de admiración que el público y la crítica han de rendirles, sin duda alguna, después del estreno de sus obras, tan impacientemente esperadas.

—Parece que lo dice usted con un tonillo algo zumbón—advirtiéndome D. Agapito Silva.

—No suponga usted tal—le respondí—. Publicista humilde que ha hecho algunas escapadas al Teatro, y con no adversa fortuna,



JOSE MARTINEZ RUIZ, «AZORIN»

na, á Dios gracias, he de sentir una sincera admiración por esos espíritus superiores que todo lo tocan con igual suerte. No debo dudar de su triunfo por la razón sencilla de que el que puede lo más, puede lo menos, y he de regocijarme como buen español por el buen resultado que obtengan, puesto que van á suministrarnos á todos esa receta salvadora que marcando los nuevos rumbos que debe seguir el teatro, vigorice la escena, curándola radicalmente de su estado anémico, y que, merced á una simple copia, nos permitirá contribuir á la anhelada regeneración.

—Creo, en verdad, que han de proporcionarla—añadió, convencido, Silva—, porque si el arte teatral es de más fácil mecanismo, como aseguran, los que son maestros superiores no pueden fracasar como elementales.

—Tal creo yo también.

Seguro estoy de que D. Agapito siguió dudando de mi sinceridad; pero, sin duda, no juzgó oportuno insistir en aquel instante, y acabamos la plática, que se ha reanudado hace pocos días, al encontrarnos en uno de los estrenos de la temporada actual.

—¿Qué me dice usted ahora de aquel asuntillo de los novelistas, pensadores y pequeños filósofos en la escena?—le interrogué.

—¿Qué he de decirle!... Que he sufrido un verdadero desencanto. Me interesaba el tal asuntillo, y acudí á los estrenos de algunas de las obras en cuestión.

—¿Y qué?... Sinceramente.

—Pues que ninguno dió en el clavo. Lo mismo en las comedias *El coloso de arcilla*, de Araquistain, que en *La domadora*, de Insua, que en *El infierno de aquí* y *La vida es muy sencilla*, de Mata, que en la de López de Haro *En qué consiste el honor* y en la de *Azorin*, *Old-Spain*, no se ve otra cosa que intentos, y no muy felices, ciertamente. Lejos de marcar nuevas orientaciones, de suponer una evolución, un avance espiritual, ideas y procedimientos de una modalidad sugerente, todo lo encontré viejo y premioso, falto de brío, así como las obras inexpertas de unos principiantes que quizá lleguen á realizar algo que interese; pero que por el pronto apenas significan una vaga promesa.

EN EL TEATRO

—No es tan fácil, por lo visto, como ellos creían hacer teatro.

—Indudable. Si lo fuese, aunque los asuntos no hubieran ofrecido una verdadera novedad, el acierto en su desarrollo, en la forma de plantearlos y resolverlos, en la visión propia, en lo que se llama la técnica, hubiera determinado el éxito. Y en ninguna de esas obras ocurrió así. Temas gastados, y ninguna fórmula nueva de arte en el modo de presentar la obra. Nada que signifique renovación, personalidad, atrevimiento. Si otros autores siguiesen esas normas, el teatro retrocedería á sus edades más infelices. Esta es mi opinión. Sentiría mostrarme demasiado duro; pero usted me pregunta, y yo, en esto como en todo, me debo á la verdad.

—Entonces ¿desconfía usted de que sean esos literatos prestigiosos en la novela, la filosofía más ó menos honda y el humorismo, los que posean y den las nuevas orientaciones que marquen fértiles rumbos al teatro?

—Los hechos me hacen desconfiar y las reflexiones que de los hechos he deducido. En Literatura no se puede decir que un género sea más difícil que otro. Todos son sencillos para el que siguiendo su vocación y dándose exacta cuenta de sus aptitudes, se consagra á aquel para el que reuna mayores condiciones de capacidad creadora, y todos son inasequibles ó de mediocres resultados que no determinan el verdadero triunfo para aquellos que, cegados por una necia vanidad, se consideran capaces de abarcarlos todos, ó sencillamente equivocan su vocación, decidiéndose por el que menos cuadra á sus aptitudes.

—De donde resulta que es una insensatez atribuir mayor mérito á la modalidad artística á que uno se consagra, restándose desdeñosamente á las demás.

—Sí, porque se da el caso que se lamenta ahora. Que no quedan en muy airosa situación los que con notoria imprudencia acudieron á enmendar la plana á aquellos á quienes consideraron inferiores en el terreno artístico. Siempre es doloroso el fracaso; pero en estas circunstancias lo es mucho más, porque de él al ridículo media poca distancia, y algunos, por no haber sabido despojarse de la venda de la vanidad, la salvaron con evidente riesgo de su prestigio. ¿No le parece á usted?

—Sólo debo decirle, amigo Silva, que estamos de acuerdo, y que aquel tonillo zumbón que pudo advertir su sagacidad cuando respondía á sus optimismos en otra plática sobre este mismo asunto, no le parecerá ahora tan desprovisto de razón.

—Los adagios populares encierran enseñanzas muy provechosas. Parece mentira que los hombres de entendimiento privilegiado las desdeñen. ¡En cuántas ocasiones puede aplicarse aquella tan vulgar que dice: «Zapatero, á tus zapatos»!

—Con permiso de *Azorin* y otros pensadores que también se dignaron descender á la escena y á quienes esa filosofía les parecerá de seguro más barata que la que ellos suelen prodigar en sus enjundiosos escritos.

E. CONTRERAS Y CAMARGO

SENSACIONES DE ARTE

ROUSSEAU EL CONSUMERO

DURANTE la semana trabajaba Henri Rousseau en su caseta de consumos, y el domingo... trabajaba también; pero el domingo trabajaba en su arte, y este trabajo le servía de descanso, le confortaba mejor que ningún descanso. Hijo de obreros y obrero él mismo, horro de estéticos antecedentes, no se averigua cuándo ni por qué empezó a pintar, conforme no se averigua apenas nada de su vida, vida triste y humilde; en realidad, pintaba como cantan los pájaros y como ríen los niños, sin idea del ridículo, sin normas, siendo sus cuadros, á la postre, cantos de un ruiseñor afónico ó risas de un adulto pueril.

Respecto á su biografía sentimental, tampoco sobran datos: parece que contrajo dobles nupcias, y que dos veces quedó viudo de una Clemencia y de una Josefina; luego cruza de largo por su corazón el fantasma de cierta Yawdiga polaca, de quien no se tiene otros pormenores, y á última hora coquetea con el pintor anciano una Leoncia de cincuenta y cuatro abriles que no quiso sino mofarse de su *flirt*. Lo propio hicieron siempre todos, de manera que á nadie le preocupó tomar notas concretas sobre onte tan absurdo. Así se ignora hasta si estuvo ó no en Méjico, y mientras los de un bando nos afirman que sus paisajes exóticos constituyen recuerdos de una campaña allá hacia su primera juventud, nos afirman los del bando contrario que los compuso con sus impresiones del Jardín de Plantas ante helechos de invernadero y enjaulados tigres... Comienza á discernirse su borrosa catadura después de los cuarenta años, redimido ya de los consumos, para enseñar el violín á vástagos, de mneestras y pintar á su antojo. Entonces organiza dentro de su estudio de Plaisance, el sórdido barrio parisiense unas veladas, cuyas invitaciones ilustraría por su mano, y en las que celebrábase conciertos á cargo de sus discípulos y do él, además de consumero y de pintor, compositor y poeta. Allí acudían varios nombres ilustres, desopilándose de alborozo tras de tragar el vino, los pasteles y las frutas con que los obsequiara el infeliz. Pronto hubo de aureolarle una fama burlesca entre artistas y literatos guasones, quienes se



«El presente y el pasado»

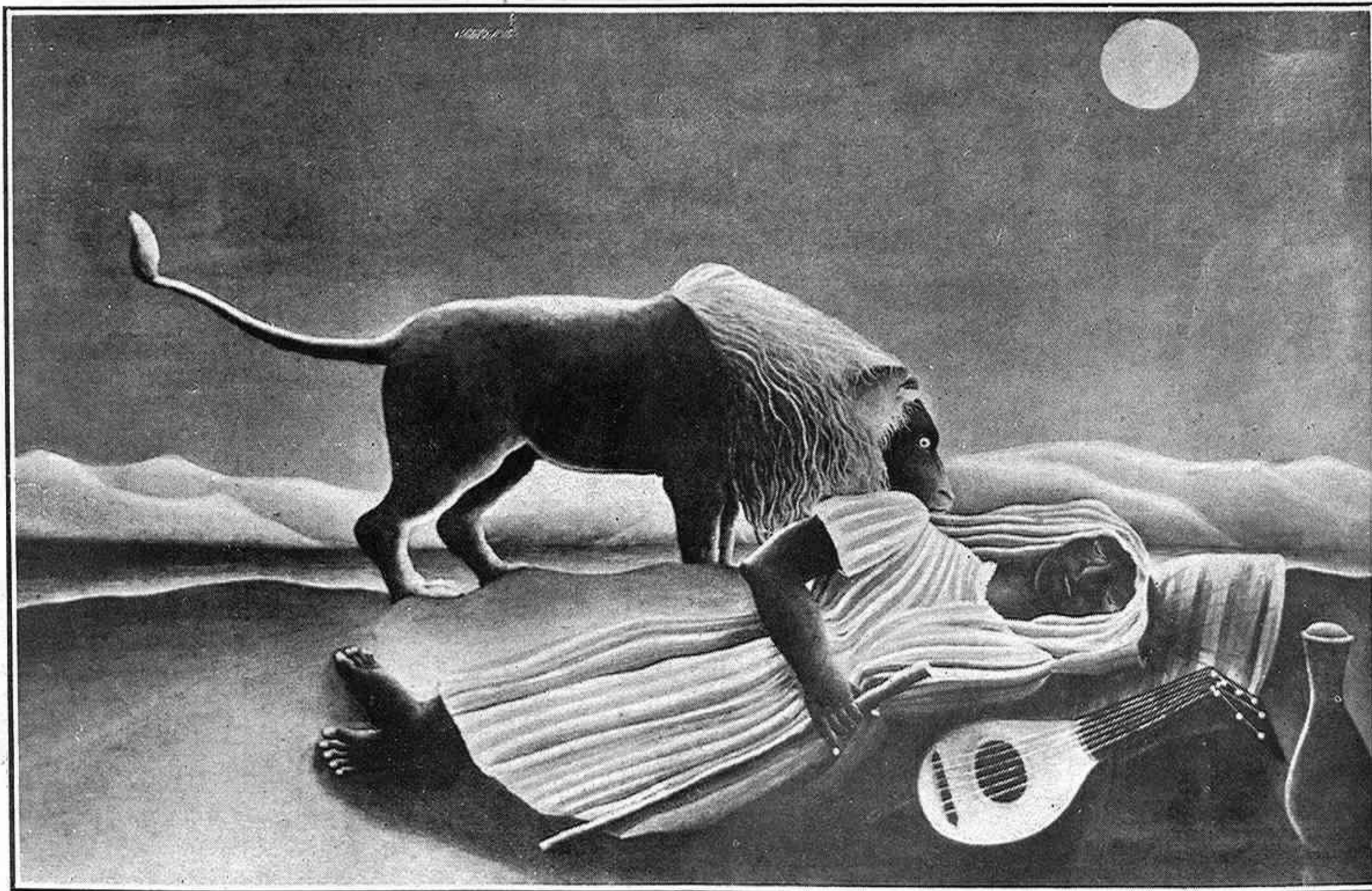
solazaron á costa de «papá Rousseau» cerca de cinco lustros. Al cabo, un día de 1910, aquel pelele de sus conocidos—no me atrevo á decir amigos—expiraba en un lecho de hospital, mísero y solo.

La farsa continúa allende su muerte. Se le proclama genio; á precios mínimos adquieren lienzos suyos los marchantes, por si acaso; le admira muy de veras el desequilibrio cerebral de algunos; los críticos, si no le elogian, callan... Y he aquí al inocente consumero medio loco convertido en gloria de nuestra época, más loca que él, sin duda.

Recientemente, una galería artística ha instalado en pleno centro de París la creo que única Exposición de obras de Henri Rousseau. El público, desprevenido, según la visitaba, no salía de su asombro á raíz de ver las telas expuestas. ¿Era una broma?... Es una broma, sí; una broma que dura por demás y que debe dejar al fin tranquilos unos huesos respetables. En el fondo, hoy resultan embromados los bromistas, porque el pintor descubierto para divertirse puede, al menos, dar lecciones de ingenuidad auténtica á esos pintores que enarbolan una falsa ingenuidad.

¿Cómo calificar la pintura de Rousseau el consumero? Muchos la calificaríamos de enternecedora: retratos de personas con atavíos de fiesta, rígidas y agrupadas igual que frente al objetivo de un fotógrafo módico, delatando las inexperiencias de un pincel torpe; selvas vírgenes de una América ó de un África de estampa; polvorientas perspectivas de extrarradio, donde asoma la torre Eiffel encima de una techumbre de almacén; caminitos serpenteantes, por los que transitan figulinas de nacimiento; se destaca del conjunto una composición—

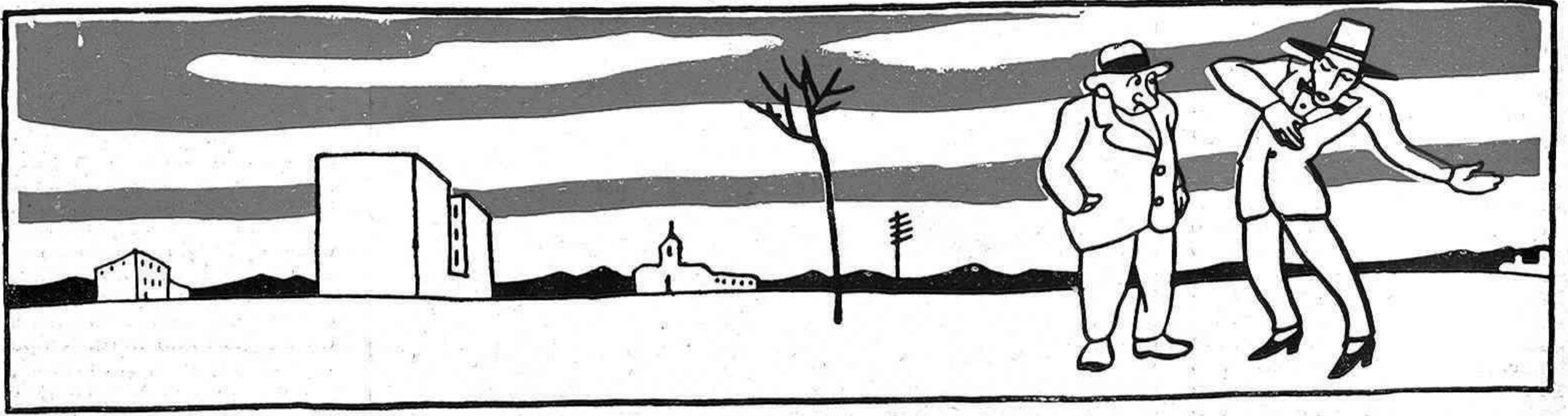
á fuerza de cándida, sublime—en que dos jóvenes esposos ofrécese unos ramos simbólicos al pie de antepasados cuyos rostros emergen de las nubes... Cada cuadro está pidiendo á voces la atmósfera apacible de un hogar campesino. ¿Puede ser esto una broma? A la verdad, los buscadores de una palpitación espiritual á través del arte, no osaremos burlarnos de unos balbuceos que representan los ensueños de un pobre hombre.



«La gitana dormida», cuadro de Rousseau, por el que acaba de pagarse la suma de medio millón de francos en una venta del hotel Druot, de París

GERMÁN
GOMEZ
DE LA MATA

ÉXITO COMPLETO



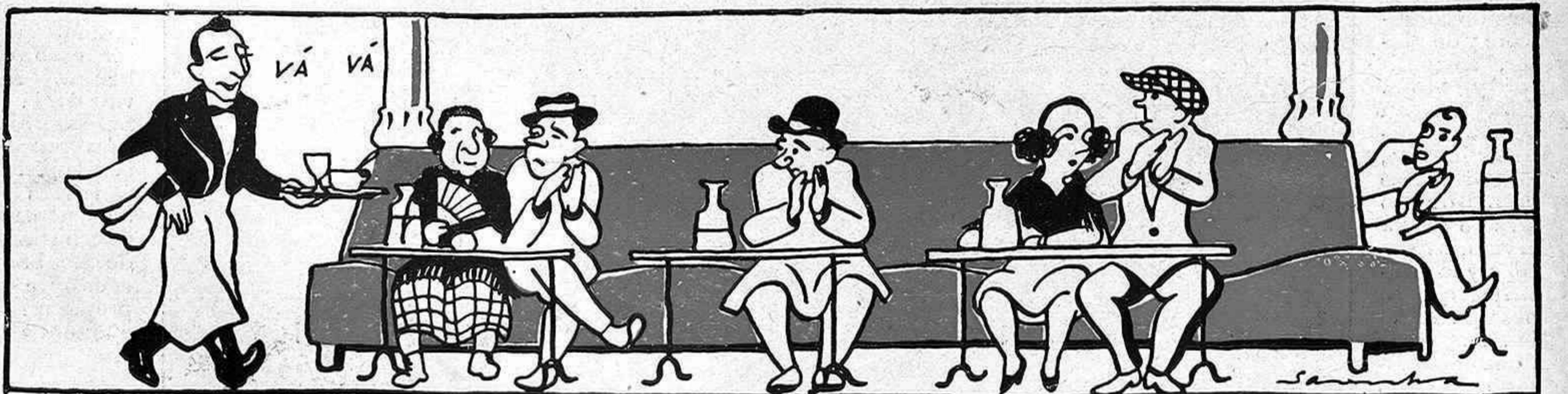
—Camará: yo no sé ya que «hasé», compare, «pa» que me toquen las palmas, porque el natural que di el último día... duró media hora,



y ligué el de pecho con los pies «clavaos»... y «na», el público sin tocarme las palmas.



—Hombre—dijo el «compare»—, ¿y por qué no te metes a camarero y así realizas tus ideales?



—Tenta razón mi compare: esto sí que es un éxito...
(Dibujos de Sancha)

La
restauración
del
Palacio
de la
Chancillería
de
Granada

EL magnífico edificio del Palacio de la Chancillería, hoy Audiencia territorial, encierra todos los esplendores del Renacimiento español; su proyecto se debe á Martín Díaz Navarro y Alonso Hernández, comenzando su construcción en el año 1584 bajo la dirección de éstos.

Felipe II, entonces Rey de las Españas, hizo que el proyecto fuera revisado por Juan de Herrera, que lo reformó añadiendo ideas personales á la obra y aportando varias modificaciones. Bajo la dirección de Martín Díaz y Alonso Hernández, diéronse por terminadas las obras en el año 1587, sin concluir las partes altas del edificio; entonces Felipe II lo mandó consolidar y restaurar con grandeza, tomando vivo interés por la conservación de tan bello monumento.

Numerosas leyendas datan de entonces, entre ellas las del Marqués de Salar, á quien se le debe la terminación de la hermosa escalera, multado por permanecer cubierto en la Sala de las Audiencias, no obstante llamársele la atención, cuya sanción fué confirmada por el Rey al decirle: «La prerrogativa de cubrirte ante mi persona, no te da derecho hacerlo ante los oidores que allí administran justicia.»

El gran interés que el Rey se tomó por la terminación de las obras de tan hermoso edificio, fué desapareciendo al calor del entusiasmo de la construcción de su sublime ensueño del El Escorial.

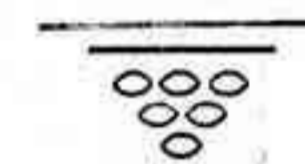


Fachada principal de la Audiencia de Granada

Por orden del presidente del Tribunal de Justicia, D. Fernando Niño de Guevara, se terminaron algunos detalles, como la colocación de las estatuas de la Fortaleza y la Templanza, sobre el balcón principal, y el ventanaje de hierro. Y en la puerta central, un león de relieve, con una tarjeta sostenida entre sus garras, en la que se lee la siguiente inscripción latina, que traducida dice así: «Para que la majestad del Tribunal correspondiese á los importantes asuntos que en él se tratan, la sabiduría de Felipe II determinó engrandecer y adornar con todo el decoro esta regia estancia. Año de 1587. Siendo presidente D. Fernando Niño de Guevara.»

* * *

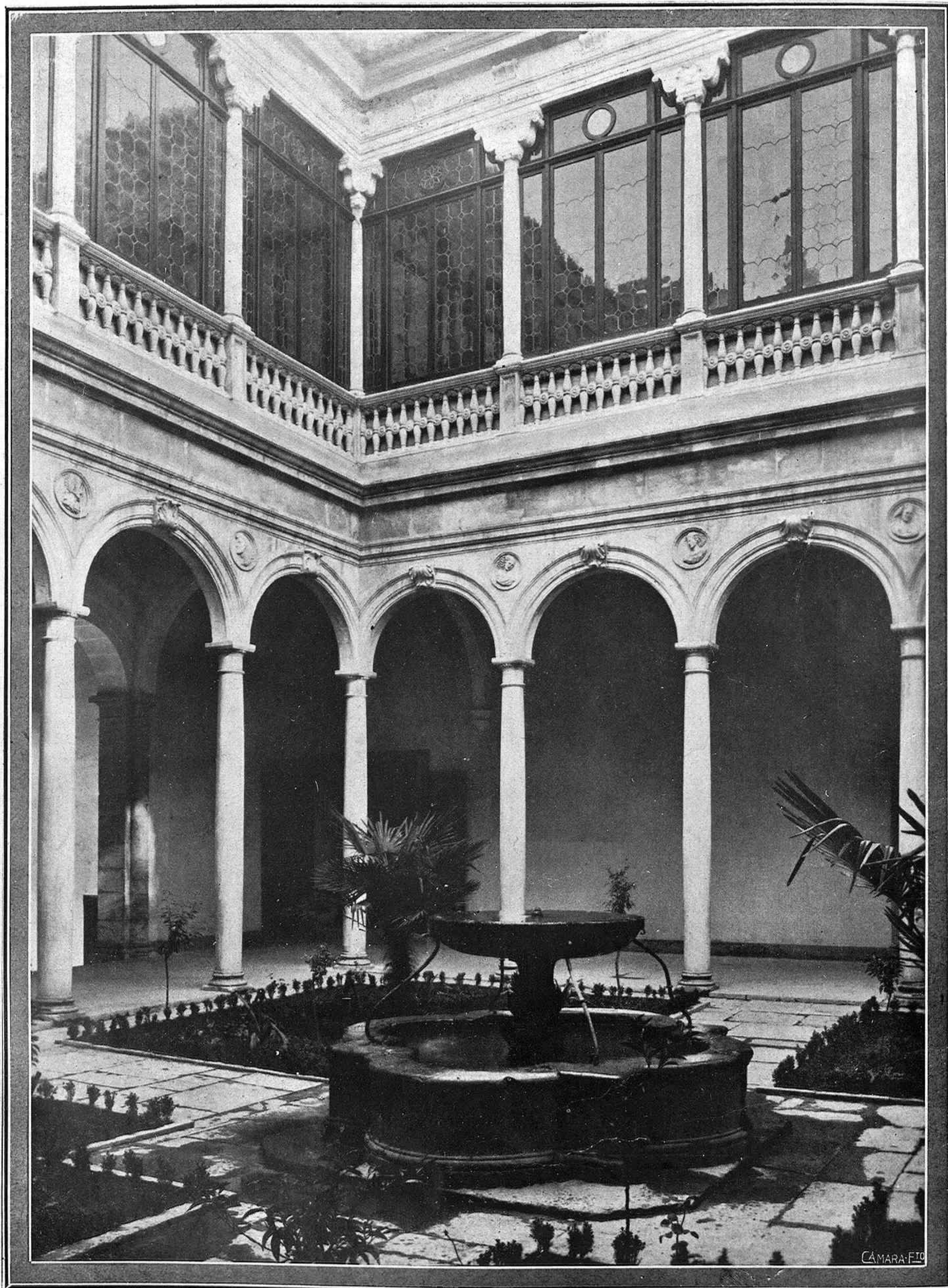
Una obra digna de todo elogio, y que se debe á la iniciativa de D. José Oppetl, presidente de la Audiencia granadina, y al patriotismo de D. Galo Ponte, ministro de Gracia y Justicia



Siglos pasaron sin que nada se efectuara para la mejora y esplendor de la Audiencia, tan recomendado por Felipe II en su lápida; solamente siendo presidente D. Ramón de las Cagigas se hicieron determinadas excavaciones y obras de limpieza, sobre todo de la serpentina, del maravilloso mármol de Sierra Nevada.

En el presente se encontraba en situación de completo abandono, y parte del mismo en estado de verdadera ruina. Merced á las gestiones de su digno actual presi-

dente, Ilmo. Sr. D. José Oppetl García, contando con el patriotismo y la amistad del actual ministro de Gracia y Justicia, excelentísimo Sr. D. Galo Ponte, acudió á remediación el Gobierno, librando para ello la cantidad de 50.000 pesetas, comenzando los trabajos de consolidación de lo ruinoso, y después del embellecimiento de tan hermoso edificio, componiéndose todos los tejados que estaban destrozados y efectuándose otras urgentísimas obras inaplazables; comenzando después la consolidación y restauración del magnífico patio, linda joya del siglo XVI; gastáronse en estas obras las 50.000 pesetas consignadas; el Gobierno remitió otras 50.000 que le fueron pedidas, y con ellas se prosiguió metódicamente la realización de las obras de restauración; comenzando por el escalón de la puerta principal; restauración de las tres puertas del edificio; pavimentación del patio con losas de piedra de Sierra Elvi-



Un ángulo del primer patio de la Audiencia después de terminar en él las obras de restauración

ra, embelleciéndolo con los cuadros de plantas que en lo antiguo tuvo; restauración de las hermosas rejas; en la monumental y admirable escalera se han puesto dos ventanas con preciosas tallas, restaurándose el mag-

nífico artesanado de la misma. En la galería alta se ha construido, para sus veinte huecos, hermosa vidriera emplomada, hecha en Granada, y se ha completado con veinte paños nuevos la destruida balaustrada; y, por

último, se han restaurado con toda conciencia artística los destrozados escudos y sobrepuertas que dan al Palacio de Justicia tan hermoso aspecto.

Una vez efectuadas estas obras, el exce-

CÁMARA-FIO



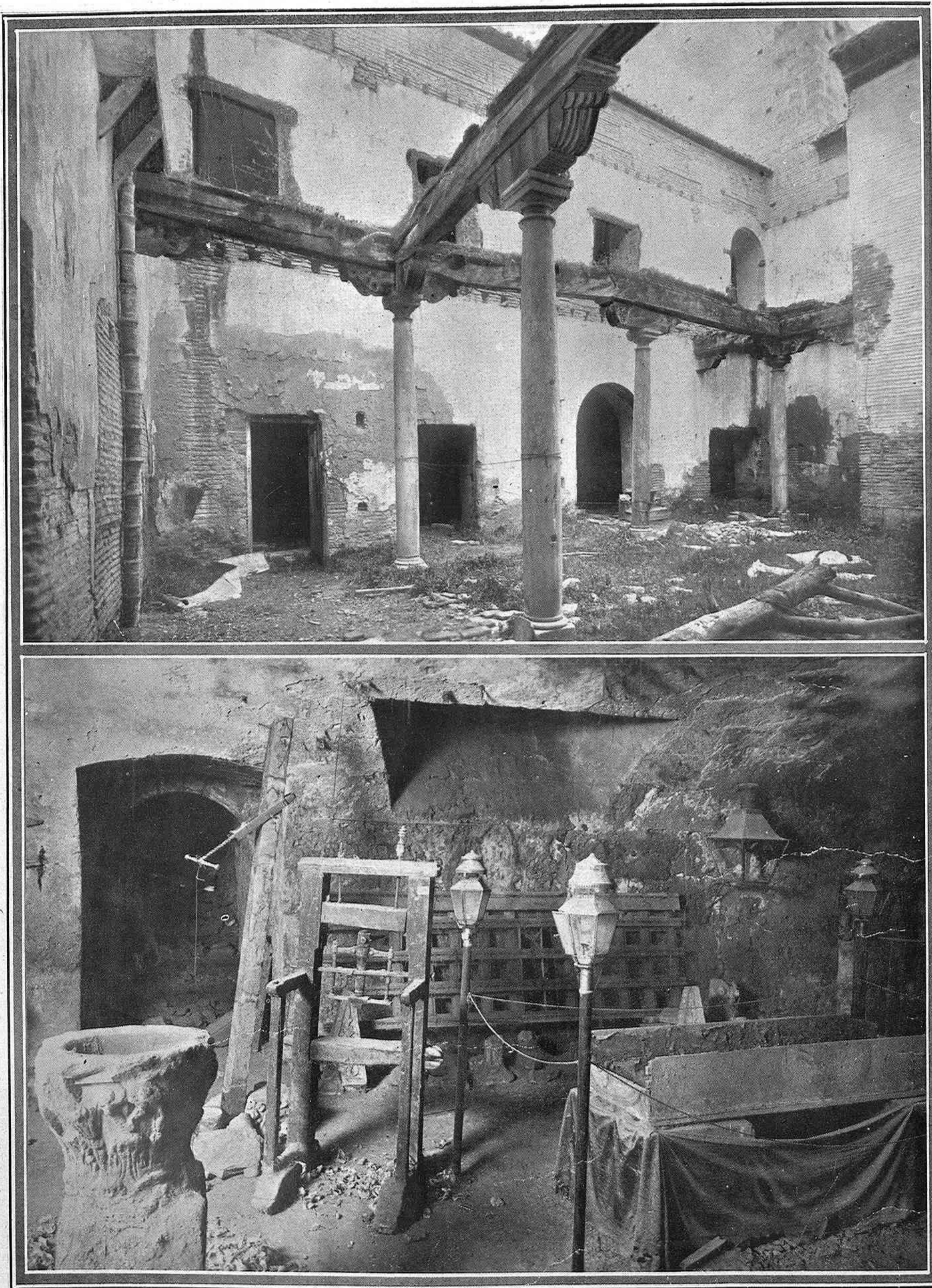
Galería alta del segundo patio de la Audiencia durante las obras de restauración

lentísimo señor ministro de Gracia y Justicia mandó, á petición del presidente, otras 50.000 pesetas para el decorado y arreglo de las Salas de la Justicia, quedando espléndidas en su pavimento, paredes, mesas, barras, alumbrado, zócalos y cuanto contribuye á su decoración, dando una acabada prueba

de la inteligencia de cuantos artistas han realizado esta hermosa restauración con religioso respeto á la tradición del hermoso edificio, orgullo de Granada. Faltan por restaurar los patios y salas de la parte posterior de la Audiencia, donde estuvo instalada la antigua cárcel de la Chancillería.

Granada debe estar eternamente agradecida al Excmo. Sr. D. Galo Ponte y Escartín, y al ilustrísimo señor presidente de su Audiencia, Sr. Opetl García, por haber hecho una realidad la restauración de tan magnífica Chancillería.

TORRES MOLINA



Arriba: El tercer patio de la Audiencia, en su estado ruinoso actual, que da idea de cómo se hallaba el resto del edificio antes de comenzar los trabajos de restauración.—Abajo: Los sótanos del Palacio de la Chancillería, donde se daba tormento á los procesados, y donde se conservan aún la horca, el sillón de tortura, la «Caja de Pandora», los faroles que iluminaban aquellas escenas espantosas, y otros siniestros vestigios de la Inquisición

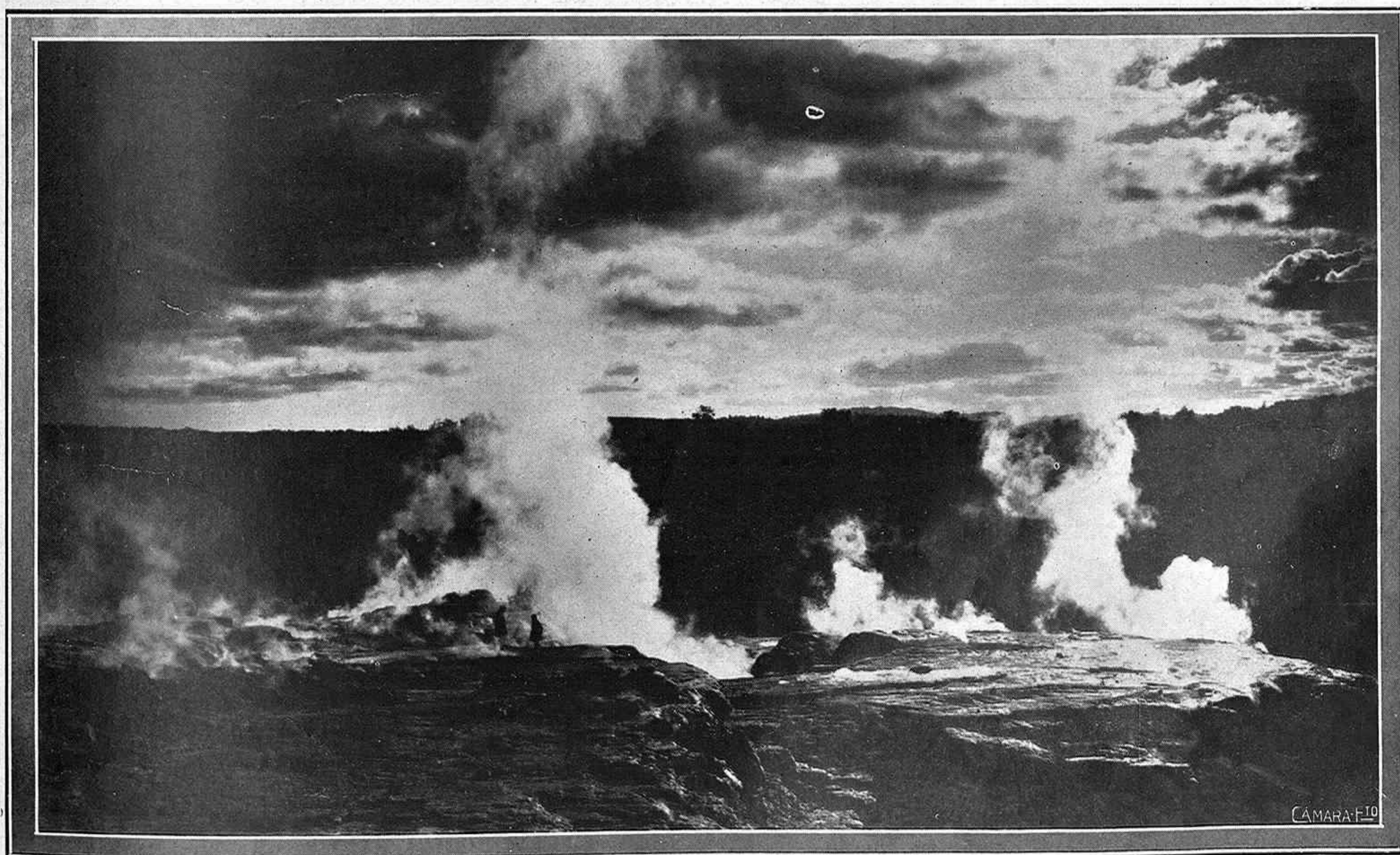
(Fots. Torres Molina)

P A I S A J E S E X Ó T I C O S



En las montañas del Canadá.—Una cumbre cubierta de nieve y envuelta en cendales de bruma

(Fot. Ortiz)



El géiser «Polutu» de Nueva Zelanda en plena acción, proyectando sus surtidores de agua hirviente y vapores sulfurosos sobre los peñascos que rodean los pequeños cráteres

(Fot. Ortiz)



Las «estrellas» chinas de la pantalla interpretan en los Estados Unidos una comedia oriental

LAS NOVELAS DE PALACIO VALDÉS EN EL «FILM». — ¿ARGUMENTOS ESPECIALES? ¿ADAPTACIONES CINEMATOGRAFICAS?—LO QUE SE PREPARA EN NUESTROS ESTUDIOS

EL año anterior se estrenó en España la adaptación cinematográfica de *José*, la bella novela de D. Armando Palacio Valdés. Desde entonces, reiteradamente se ha hablado de que se iban a filmar nuevos libros del escritor glorioso de *Marta y María*. Pero ninguna nueva cinta se ha impresionado sobre las admirables novelas... Ahora, existe el intento, no en España, de hacer una película de *La hermana San Sulpicio*. Una importante empresa cinematográfica de Los Angeles está en relaciones para ello con don Armando Palacio Valdés. Pero aún no han llegado a un acuerdo la entidad cinematográfica y el novelista ilustre de *El señorito Octavio*. Los pelicularos norteamericanos quieren hacer la adaptación en Los Angeles, con indumentarias y decoraciones hechas allí. Y D. Armando se opone a esto. Quiere —ha dicho en una entrevista con José Montero Alonso— que la película se haga en Sevilla, en la Sevilla real, no en una Sevilla artificial, de españolada y de pandereta, que es la ciudad que veríamos en la pantalla, de ser hecha la cinta en Los Angeles. Don Armando quiere que los artistas vengan a España a filmar la novela, para que el ambiente y el decorado de la película sean lo que deben de ser. Indudablemente, *La hermana San*

CINEMATOGRAFÍA

Sulpicio puede ser, en la pantalla, una magnífica cinta. Su naturalidad, su gracia, su simpatía—que tantas victorias conquistaron al libro—adquirirán en el *film* nuevos fervores para el admirado novelista español.

También Raquel Meller, la eminente artista, quiere interpretar, adaptada al cinematógrafo, alguna novela de Palacio Valdés. La actriz tiene en este escritor su novelista preferido. Aun no se han puesto de acuerdo el escritor y la actriz acerca de cuál deba ser esa novela adaptada al cinematógrafo é interpretada por la creadora de *Violetas imperiales*...

•••••

¿Qué argumentos deben servir de base a la cinematografía? ¿Argumentos creados expresamente para el nuevo arte? ¿O argumentos sacados de novelas y obras teatrales? Este tema viene siendo frecuente en los comentaristas cinematográficos. Se inclinan, casi todos, a favor de lo primero; es decir, de que el cinematógrafo debe tener argumentos propios, especialmente creados para él. Se cita, en apoyo de esto, el caso de los Estados Unidos, el país del esplendor cinematográfico, que ha creado magníficas películas con argumento propio.

En la cinematografía española se ha re-

Anna May Wong, Renée Adonée y otras bellas actrices asiáticas impresionando la película «Mister Wu» de la Metro-Goldwin

prochado, por el contrario, la falta de asuntos originales, expresamente trazados para el *film*. Se ha dicho que eran demasiadas adaptaciones de dramas, de comedias, de novelas y hasta de zarzuelas. (Las adaptaciones de zarzuelas parecen ya, afortunadamente, olvidadas.) Se abogaba por temas propios, exclusivos de la pantalla. Y se recordaba aquel caso de Norteamérica, el país del *film* por excelencia; el país también que no apoyaba esta excelencia de su *film* en argumentos recogidos de obras ajenas...

Y, sin embargo, he aquí que esa misma Norteamérica, que no recurría para su arte cinematográfico a la aportación ajena, crea ahora magníficas películas con argumentos de comedias, de novelas, de fábulas... Ahí están, recientes, *Mare Nostrum*, *Entre naranjos*, *El Gran Galeoto*, *El hijo pródigo*, *La vida alegre*... Ahí está esa adaptación que allí quieren hacer de *La hermana San Sulpicio*, de nuestro muy admirado Palacio Valdés...

¿Será entonces, acaso, que si los Estados Unidos tuvieron que crear argumentos propios es porque en su tradición literaria no tenían comedias y novelas de que poder servirse? El hecho es hoy indudable... El país del dólar y del *film* sabe hacer bellísimas películas con argumentos no creados expresamente...

¿Dónde está entonces la razón en este tema? ¿Temas especiales? ¿Temas ya creados?... Temas, sencillamente, buenos, cine-



Greta Nissen en un bonito momento de su deliciosa interpretación de «The Lucky Lady», nueva producción de la Paramount

matográficos... Una buena película depende de eso: de que sea una buena película (valga la ingenua afirmación). Y una buena película puede serlo lo mismo con un argumento propio que ya conocido. Es el arte del director, del adaptador, el que hace la película.

Una gran comedia, una gran novela, puede ser luego, en la pantalla, una cinta pobre, si el trabajo artístico del director es deficiente. Hay innumerables casos de *films* que, escasos y nimios de asunto, han quedado convertidos en excelentísimas películas mer-

ced á esa labor de dirección artística... Argumento bueno, argumento cinematográfico debe exigirse al comenzar cada nueva cinta. Lo otro—temas especiales, temas ya creados—queda en un término más secundario..



Hay actualmente una gran actividad en las direcciones y en los estudios cinematográficos de España.

La noticia—dada hace poco en nuestra sección—de que Wenceslao Fernández-Flórez había escrito un argumento de película puede ser ya asegurada y ampliada. La parte fotográfica será dirigida por el operador Alberto Arroyo.

En la fotografía del fondo, Charlie Chaplin, el celeberrimo actor cinematográfico, es entrevistado por los periodistas al llegar á Nueva York, y hace declaraciones acerca de su divorcio y de su nueva catástrofe sentimental. En el medallón, Lita Grey, con los dos hijos del matrimonio Chaplin (Fots. Marín)



Una escena interesante durante un partido de «rugby» en Inglaterra. Cerca de la línea, los jugadores del Richmond y el Athletic, en match de campeonato, se disputan la «touche» con decisión, pero sin las violencias que los neo-zelandeses y los norteamericanos emplean en este juego, cuya técnica permite brillantes momentos

(Fot. Ortiz)

LOS DEPORTES

CRÓNICA DEL «SPORT» UNIVERSAL

EL «RUGBY» Y EL ASOCIACIÓN EN PRIMER LUGAR

EN cierta clasificación que acaba de hacer una de las revistas deportivas británicas más leídas, se ha llegado a la conclusión de que el juego más popularizado es el fútbol, tanto el rugby como el asociación.

Esta popularidad depende, sobre todo, del ambiente espectacular que rodea a las exhibiciones respectivas. Los campeonatos de rugby y los de asociación atraen contingentes de aficionados que apenas si caben en los enormes terrenos que los clubs han construido en todas las ciudades de alguna importancia.

Los profesionales del balón redondo han con-

seguido, sin embargo, llegar a un límite insospechado en Inglaterra. El público, en los grandes partidos, en ciertos encuentros decisivos, en las finales de la Copa, etc., se apasiona con una tal vehemencia, que el carácter flemático, que hemos aceptado como tono general del pueblo, no sale bien parado.

El rugby, sin perder posiciones, ha sufrido reiterados golpes por lo que toca a la invencibilidad. Las excursiones de los maorís, vencedores una y otra vez de los equipos mejores y de las más fuertes selecciones, han llegado a impresionar a la afición, que se ha convencido, al cabo, de que no es en Inglaterra donde mejor rugby se hace.

El reconocimiento de esta indudable verdad

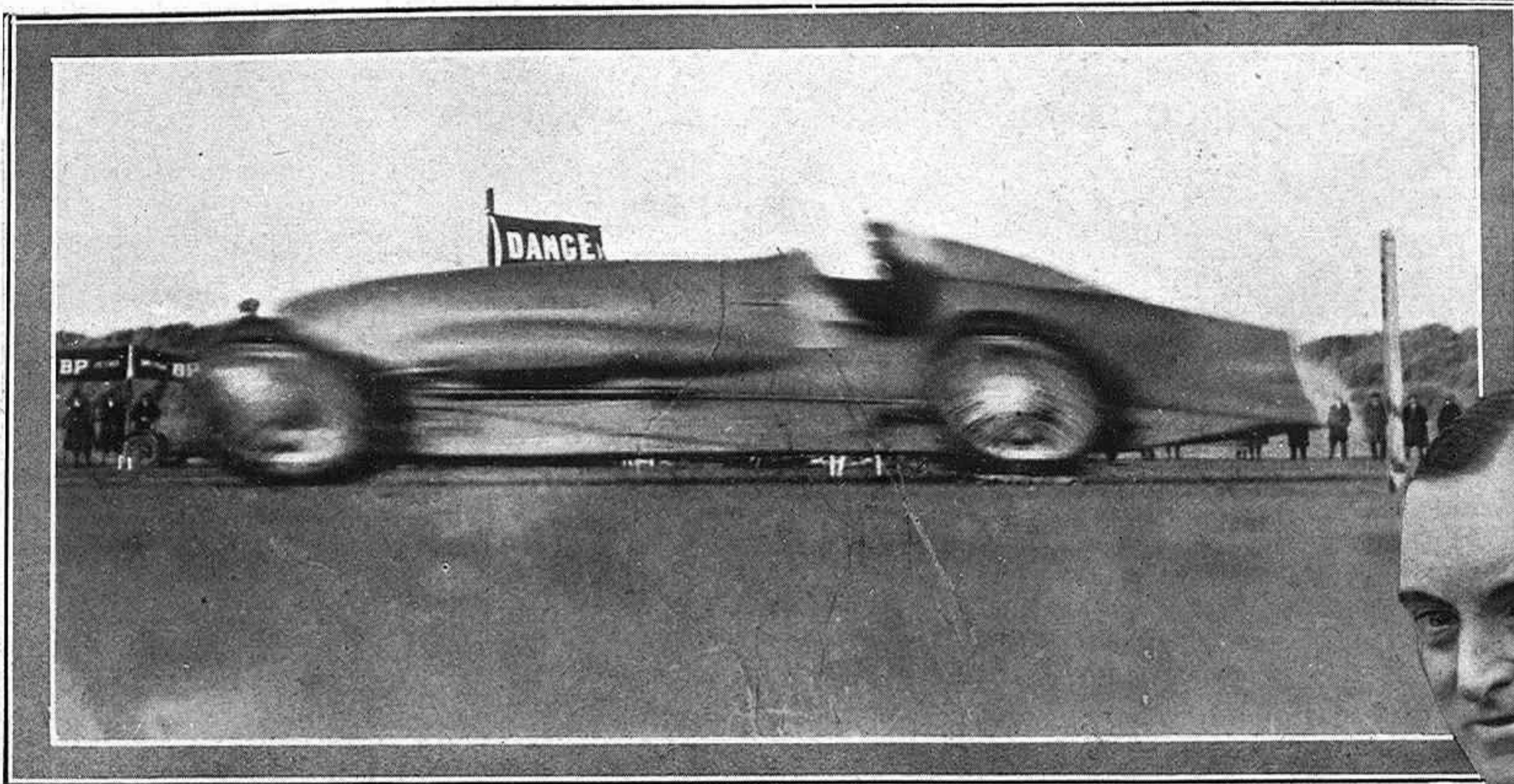
ha sido, para el orgullo deportivo británico, una confesión dolorosa. El público, esa afición a presenciar los espectáculos deportivos, pero al mismo tiempo a ver los triunfos de los nacionales sobre los mejores valores extranjeros, ha sufrido una de sus mayores decepciones.

No corre peligro el deporte del balón oval, porque tiene un profundo arraigo; pero los amigos de las grandes emociones acuden ahora con preferencia al fútbol asociación, donde los ingleses siguen representando el primer valor mundial. Y rugby y asociación forman la vanguardia deportiva inglesa, por lo que se refiere al número de jugadores y por lo que hace a la importancia de los espectáculos.

EL CAMPEÓN MUNDIAL DEL AIRE

En un maravilloso rincón del Bosque de Boletonia tiene el Club des Vieilles Tiges un palacete coquetón y agradable. Allí se ha reunido hace pocos días el Comité designado por la Liga Internacional de Aviadores para otorgar el premio Clifford Hammond, espléndido trofeo con el que se atribuye el título de campeón del mundo del aire.

Todas las grandes hazañas se repasan meticulosamente. Las asociaciones nacionales del aire aportan los datos de las empresas arriesgadas que concluyeron felizmente sus hombres durante el año anterior.



El bólido de Malcolm Campbell pasando ante el poste que indica «peligro», a una velocidad de 234 kilómetros por hora durante la última prueba en pista. En silueta, el arriesgado piloto

Como en un debate de la Liga de Naciones, la discusión es difícil y prolija. Hay que traducir á veces los párrafos de ciertos delegados que hablan con elogio, orgulloso de la proeza de determinado pájaro.

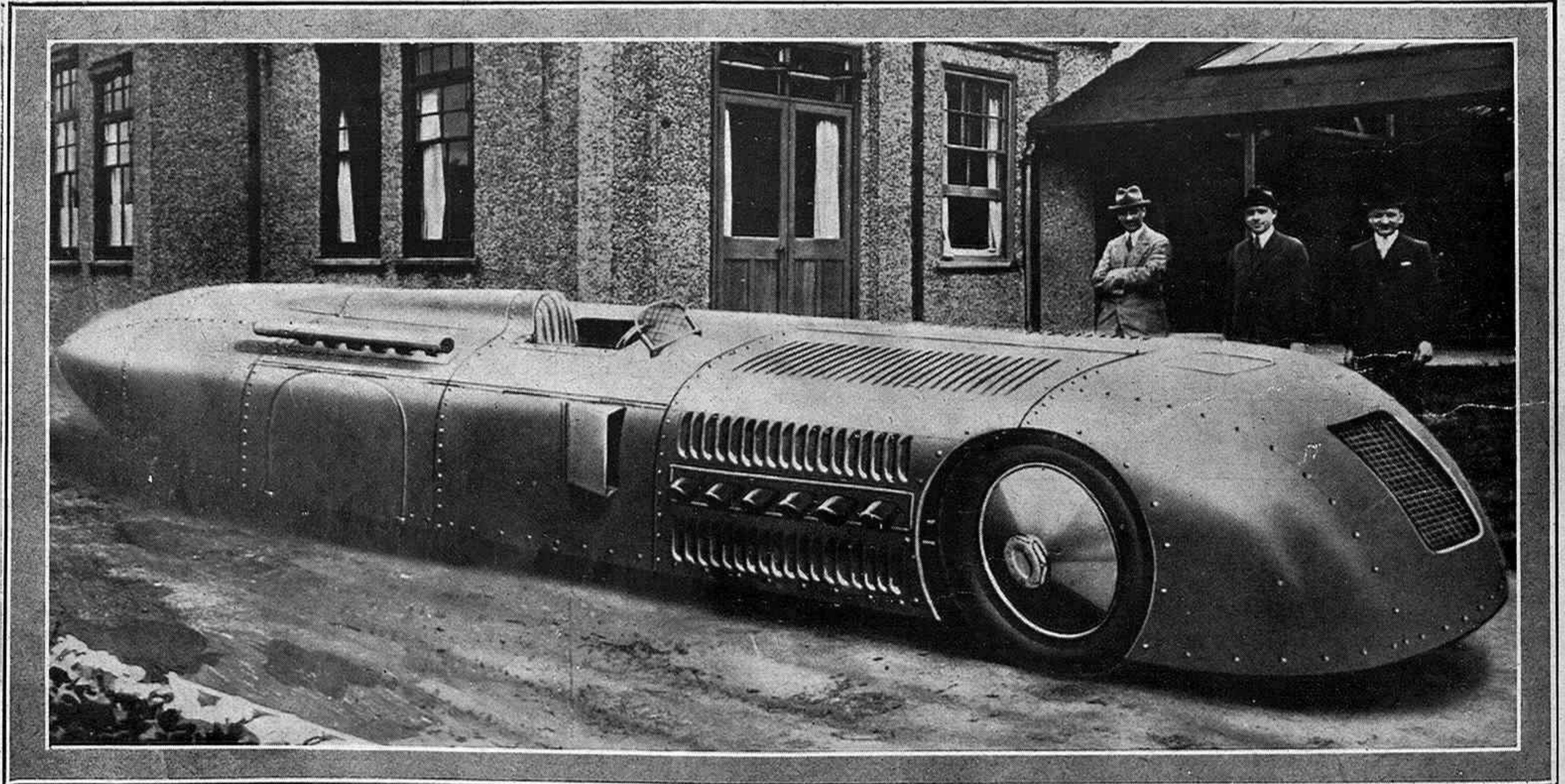
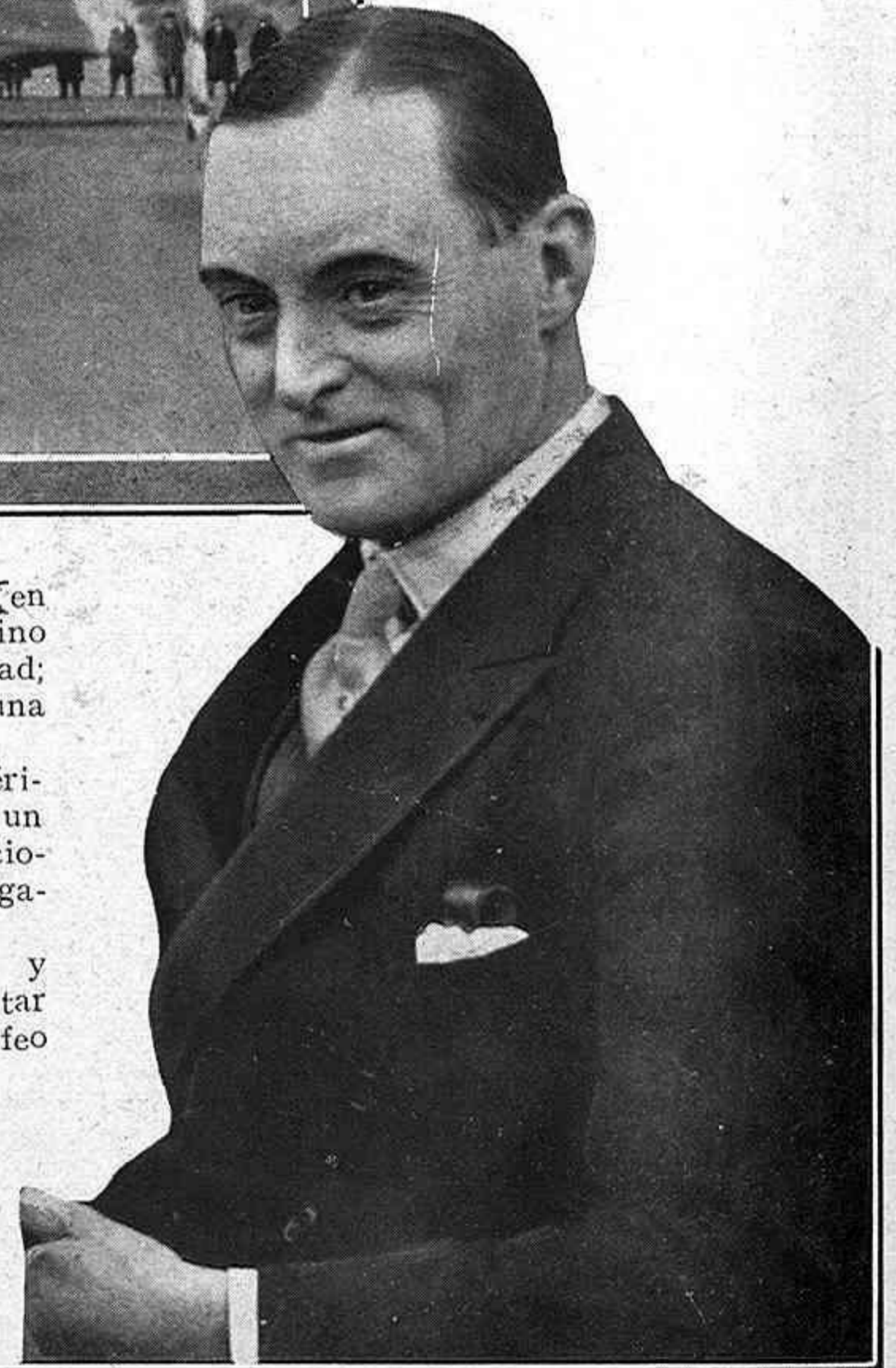
Durante el año de 1926, los intentos aéreos

fueron frecuentes, y á menudo heroicos. Pero en el Bosque de Bolonia no se podía discutir sino á propósito de los terminados con toda felicidad; de aquellos que significan un paso en firme, una conquista definitiva.

En el Comité encargado de estudiar los méritos de cada una de las proezas aéreas había un miembro de cada una de las Asociaciones nacionales afiliadas á la Internacional, y seis delegados de esta Federación.

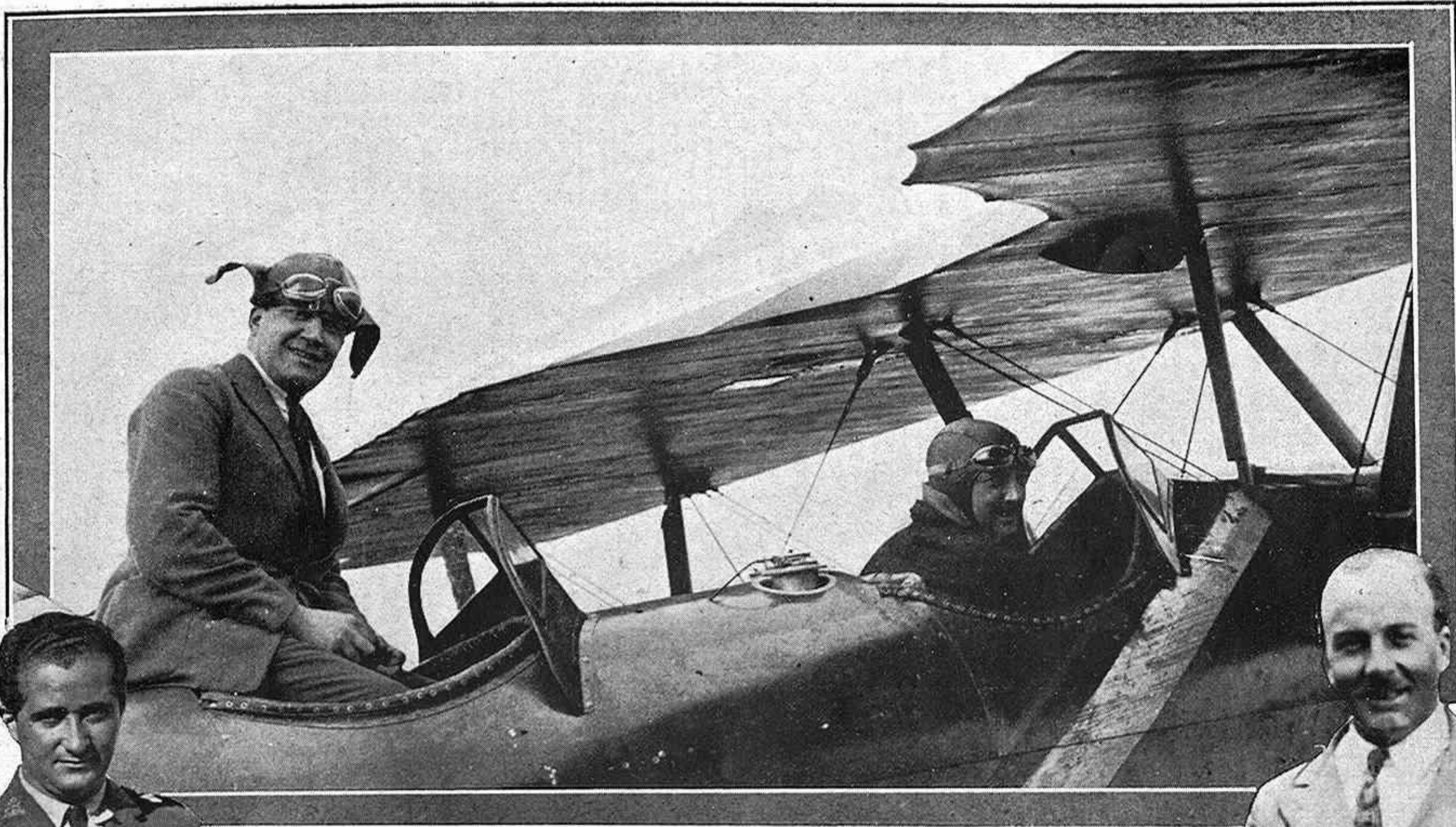
Ceremoniosamente fueron leídos autores y hazañas que proponía cada país para optar al título mundial con su correspondiente trofeo y los miles de francos que le acompañan.

La lista trae á la memoria los hechos extraordinarios que acometieron las alas de todas las aves mecánicas del



El nuevo monstruo automobilista construído secretamente en Wolverhampton (Inglaterra) siguiendo las indicaciones del famoso piloto Seagrave, provisto de motores que desarrollan mil caballos de fuerza, y con el cual piensa alcanzar una velocidad de 330 kilómetros por hora.—Arriba, á la izquierda, el conductor extraordinario al volante de otro bólido más modesto

(Fots. Agencia Gráfica)



Pelletier d'Oisy, el audaz piloto francés, al que sus compatriotas llaman familiarmente «Pivolo», y al que la Asociación de Antiguos Aviadores ha concedido el título anual de campeón mundial de aviación y un premio en metálico
(Fots. Agencia Gráfica)



Franco, el comandante español, que surcó el Atlántico en glorioso vuelo desde Palos de Moguer á Buenos Aires, á bordo de un hidroavión



Allan Cobham, el «taxi-aéreo» británico, que hizo con su avión los recorridos de Londres - El Cabo y Londres - Melbourne

capitán Abbe, que hizo el *raid* Tokio á París; Suiza, piloto Mittelholzer, detentor de varios *records*.

Tras la lista á la que otros pueblos no se atrevieron á llevar hechos singulares, por la magnitud de los sucintamente enunciados, la Comisión se entregó á una minuciosa labor de análisis de méritos. Para la Federación Aeronáutica Internacional, el criterio que debería prevalecer era el de premiar los esfuerzos concluidos con regularidad, no fijándose mucho en los impulsos heroicos de los pilotos para salvar los difíciles obstáculos. La aviación del porvenir tendrá que trazar en sus largos caminos del horizonte las garantías de la mayor seguridad, y sólo así se conquistará á los hombres de todos los pueblos civilizados y de todas las clases sociales.

Según esa idea general, *records* extraordinarios, alturas y velocidades fueron escasamente atendidos por la Comisión internacional, que pronto entresacó las hazañas á cargo de los pilotos de Inglaterra, Francia, España y Bélgica.

El *raid* de Franco; los viajes regulares de Cobham, que le valieron el sobrenombre de «taxi-aéreo»; la proeza de *Pivolo* y el esfuerzo del belga Medaets, parecían hechos tan extraordinarios, que sobre ellos los hombres encargados de juzgar no se pondrían fácilmente de acuerdo.

El español y el francés fueron un momento rivales en la porfiada discusión. Era lógico que el ambiente parisino favoreciera á Pelletier d'Oisy, que al cabo triunfó en la votación. Lo que resulta más raro es que Allan Cobham se adelantara también al hombre que cruzó el Atlántico por la senda firme de la ruta desconocida.

Y quedó proclamado campeón mundial del aire de 1926 el piloto galo Pelletier d'Oisy, al que se adjudicó el trofeo Clifford Hammond y 10.000 francos, clasificando en segundo y tercer lugar al inglés Allan Cobham y al español Ramón Franco.

LA FANTASÍA AUTOMOVILISTA Y LOS BÓLIDOS

A los pilotos que en las grandes pruebas del motor tripulan los coches *especiales* construídos por las grandes marcas que se disputan honores y premios, no les bastan las fantásticas velocidades donde están situados los *records* de velocidad en pista y en carretera.

Fué Malcolm Campbell el inglés que construyó un bólido extraordinario, con el que en playa

alcanzó los 234 kilómetros de media en prueba de kilómetro lanzado.

Mas ahora, Seagrave, el *driver* famoso que ganó en San Sebastián un Gran Premio, ha construído secretamente este monstruoso coche de 1.000 HP., que en breve llevará á Norteamérica, en cuya playa de Palm Beach intentará batir todos los *records* de distancia, llegando ¡á los 330 por hora! en la distancia de un kilómetro.

Aunque lo lograra, ¿resolverá semejante esfuerzo, tras el que el coche quedará probablemente inutilizado, alguna ventaja en el orden práctico del automovilismo?

JUAN DEPORTISTA

Universo. Es un desfile impresionante, porque todos los *raids* recuerdan grandes peligros, riesgos extraordinarios. He aquí la relación: España, comandante Franco, vuelo en hidroavión de Palos de Moguer á Buenos Aires; Inglaterra, sir Allan Cobham, vuelos de Londres á El Cabo y Londres á Melbourne y regreso á Londres, con un aparato de serie; Bélgica, piloto Medaets, vuelo de Bruselas á Leopoldville y regreso; Italia, comandante Debernardi, vencedor de la Copa Schneider para hidroaviones; Francia, piloto Pelletier d'Oisy, vuelo París-Pekín, y el circuito realizado en menos de dos días París-Roma-Túnez-Casablanca-Burdeos-París; Portugal, comandante Sarmiento Beires, por su *raid* al Extremo Oriente; Estados Unidos, Shirley; Holanda, Gevsendorfer; Suecia, capitán Tornberg; Japón,



Vista general de Las Palmas



La ciudad luminosa y el magnífico puerto

UN GESTO PATRIÓTICO EL RESURGIMIENTO INSULAR Y COLONIAL DE ESPAÑA

TODA la Prensa española ha venido ocupando se estos días de un hecho sintomático, revelador del resurgimiento económico del país y de que la palabra «patriotismo» empieza a dejar de ser eso sólo—una palabra—para traducirse en realidades concretas, en cristalizaciones del sentimiento y de la voluntad.

Nos referimos á la constitución de la «Compañía Insular Colonial de Electricidad y Riegos», hecho que ha sido saludado con los honores de un verdadero acontecimiento en los fastos de la vida nacional.

¿Por qué? Si se tratara simplemente de la aparición de una nueva Empresa ó Sociedad explotadora de determinado negocio, á buen seguro que no habría sido acogido el suceso con tan honda expectación, ni hubiérasele dado tan gran atuendo. Se le registraría en las gacetas como cosa corriente, y nada más.

Pero es que nos hallamos ante un caso de importancia excepcional, de trascendencia indudable para España, y esto ha sido unánimemente comprendido así en todos los sectores, en todas las esferas de nuestra actividad, donde la noticia ha producido la más vivísima y halagüeña impresión.

En efecto. La «Compañía Insular Colonial de Electricidad y Riegos»—CICER—nace á la vida con una elevada misión, con un patriótico objeto, cuya realización ha formado parte de tantos programas políticos y figurado como capítulo del ideario de la reconstitución nacional. Nace para llevar á cabo una magna obra, por la que se clamara en vano tanto tiempo: la incrementación y aprovechamiento de nuestras riquezas insulares y coloniales.

Obra de civilización, de progreso, de cultura, lo es también de redención, porque tal supone el liberar el suelo hispano de la codicia extranjera, que por nuestra incuria tradicional podía llegar á ser un serio peligro para la independencia económica del país.

Ejemplo doloroso de esta incuria á que aludimos venía siendo desde siempre el Archipiélago Canario, ese espléndido florón de nuestra Corona nacional, privilegiadamente situado por la Naturaleza, en punto estratégico de las grandes rutas trasatlánticas. Tierra feracísima, cuyas riquezas apenas si han podido fomentarse ni utilizarse siquiera en la medida que fuera de esperar. Ciudades y pueblos que tienen derecho á una vida próspera y floreciente, y han permanecido años y años en un abandono desalentador, aislados y olvidados de la Metrópoli.

En estas mismas páginas de LA ESPERA nos hemos ocupado reiteradas veces de estas hermosas islas, de su actividad, de sus aspiraciones, de sus problemas. Aún no hace un año, dos enviados especiales de esta revista realizaron un



El ministro de Gracia y Justicia, D. Galo Ponte, que en representación del Gobierno ha ido á Canarias presidiendo la Comisión de delegados ministeriales, con objeto de estudiar las necesidades del Archipiélago

detenido viaje á Canarias, y ello les dió ocasión de trasladar á estas páginas una elocuente síntesis de las principales necesidades de las islas.

Ahora mismo, en feliz coincidencia con la constitución de la «Cicer», el Gobierno ha enviado al Archipiélago una numerosa Comisión de técnicos de los distintos departamentos ministeriales, presidida por el ministro de Gracia y Justicia, para estudiar sobre el terreno los problemas fundamentales de la vida insular, con objeto de proponer las soluciones más rápidas y adecuadas.

¿Qué quiere decir esto? Sencillamente que, por fin, se ha despertado en la Metrópoli el interés que siempre debió de existir por esos bellos y ricos pedazos de tierra española, avanzada de Europa en el camino del Nuevo Mundo.

Hace pocos días, y comentando, por cierto, el viaje ministerial á Canarias, decía un escritor de aquel país en el diario madrileño *La Voz*:

«Cuando oímos hablar de Compañías peninsulares que van á actuar en el Archipiélago preferentemente, casi con exclusión de otros campos á sus actividades, admiramos su patriotismo más que heroico.»

No parece sino que estas sinceras palabras fueron dictadas por la conciencia del cronista ante el caso de la «Cicer», y vienen á reforzar nuestras mismas apreciaciones.

Muchos y muy variados son los problemas que á la hora presente exigen en Canarias atención decidida y remedio pronto. Pero, aparte los de otra índole, están en primer término los que se refieren á su vitalidad económica, y dentro de éstos los del agua y los de la comunicación interior.

Pues bien; puede decirse que ellos forman el primordial programa de la «Cicer», el objetivo preferente á que ha de consagrarse ahora su actuación.

Al proponerse, como se propone, la electrificación total del Archipiélago, no cabe duda que



El vicepresidente del Consejo de Administración de la «Cicer»



El Excmo. Sr. Conde de Limpías, ex-alcaldede Madrid y consejero de la «Cicer»

resuelve esas dos cuestiones fundamentales. Disponiendo de la energía eléctrica en la amplia proporción que ha de producirse, las comunicaciones y transportes interiores se desarrollarán cuanto exija la dinámica económica del país, y el fomento de los riegos podrá adquirir tal intensificación que las hoy sedientas tierras del interior de las islas podrán ser fertilizadas y explotadas en la medida de su enorme capacidad productora. Esto traerá también como consecuencia lógica una fuerte propulsión industrial hasta límites insospechados.

La materia y la energía son los dos elementos vitales. Juntos, unidos, son la vida. Separados, aislados, no son nada. Si donde existe, pues, la materia—una preciosa materia en este caso, aunque, como sola, muerta—, llevamos la energía, ¿no equivale á llevar la vida, á crearla? ¿No habremos sido generadores de actividad, de riqueza, de potencialidad?

Pues esto, nada menos que esto, será la obra de la «Cicer».

¡Agua, Fuerza, Luz!... Todo el poema de la vida moderna, el «cósmico portento» de que hablara el divino Rubén en su *Canto á la Argentina*.

Pero la «Cicer» no limitará su acción al Archipiélago Canario. En él es donde primeramente y con todo entusiasmo emprenderá su labor bienhechora; pero, según haya ido desenvolviéndose, la extenderá á nuestras posesiones coloniales, á esa casi inexplorada Guinea cuya flora ubérrima representa un incalculable caudal de posibilidades industriales como apenas hay ejemplo ya.

Es otra magna tarea cuyo exponente más alto es el hondo sentimiento patriótico que la inspira. Porque hasta el día—y pese á las nobles campañas periodísticas que se han hecho en ese sentido—era considerada como bella quimera, como empeño de locos, la idea de lanzarse á una seria

empresa de trabajo en aquellas lejanas tierras, restos de nuestro gran imperio colonial.

Por eso aquí la obra de la «Cicer» ha de ser aún más meritoria y fructuosa, si cabe, ya que todavía podría decirse que está todo por hacer. Y si España ha de consolidar su prestigio de gran potencia; si ha de permanecer en el rango principal, á que tiene derecho por su historia, en el concierto de las naciones, no puede continuar ausente de sus dominios, ausente con la peor de las ausencias: la indiferencia.

De ahí que ahora, cuando recientes acontecimientos nos han hecho volver los ojos paternalmente hacia nuestros territorios de Guinea, abramos la esperanza de un porvenir fecundo para ellos ante el anuncio de los propósitos de esta entidad.

No incurriremos en la puerilidad de presentar á las personalidades que integran el Consejo de Administración de la «Cicer», pues aunque algunas de ellas se han visto generalmente alejadas de las especulaciones económicas, en otras actividades diversas descollaron singularmente. Y el hecho mismo de consagrar hoy su atención á aquéllas, demuestra cuán elevado es el móvil que á ello les ha impulsado.

El ex ministro D. Antonio Goicoechea—que tan acusada especialidad ha destacado en las cuestiones americanistas con sus estudios y trabajos diversos, y desde importantes cargos de las entidades iberoamericanas, así como en los problemas económicos, de los que se ha ocupado constantemente en conferencias dadas en España y Cuba—; el señor marqués de la Frontera; el señor conde de Limpías y D. Ignacio Bañer, entre otros, son esas personalidades. Sus nombres no precisan adjetivaciones.

Pero, en cambio, sí debe señalarse, porque constituye la mejor prueba de su comprensión y de los rectos móviles que les impulsan, que el Consejo de la «Cicer» ha ofrecido, para absoluta garantía de su actuación, una directa intervención en sus negocios al Estado, poniendo á su disposición varios puestos en dicho Consejo, para que sean ocupados por representantes de aquél, que puedan ejercer en todo momento el control en sus funciones directoras y administrativas, con arreglo á las modernas doctrinas intervencionistas.

Es un digno complemento de su laudable orientación, que, como decimos al principio, se destaca tanto de las segundas habitualmente, que bien puede calificarse de excepcional.

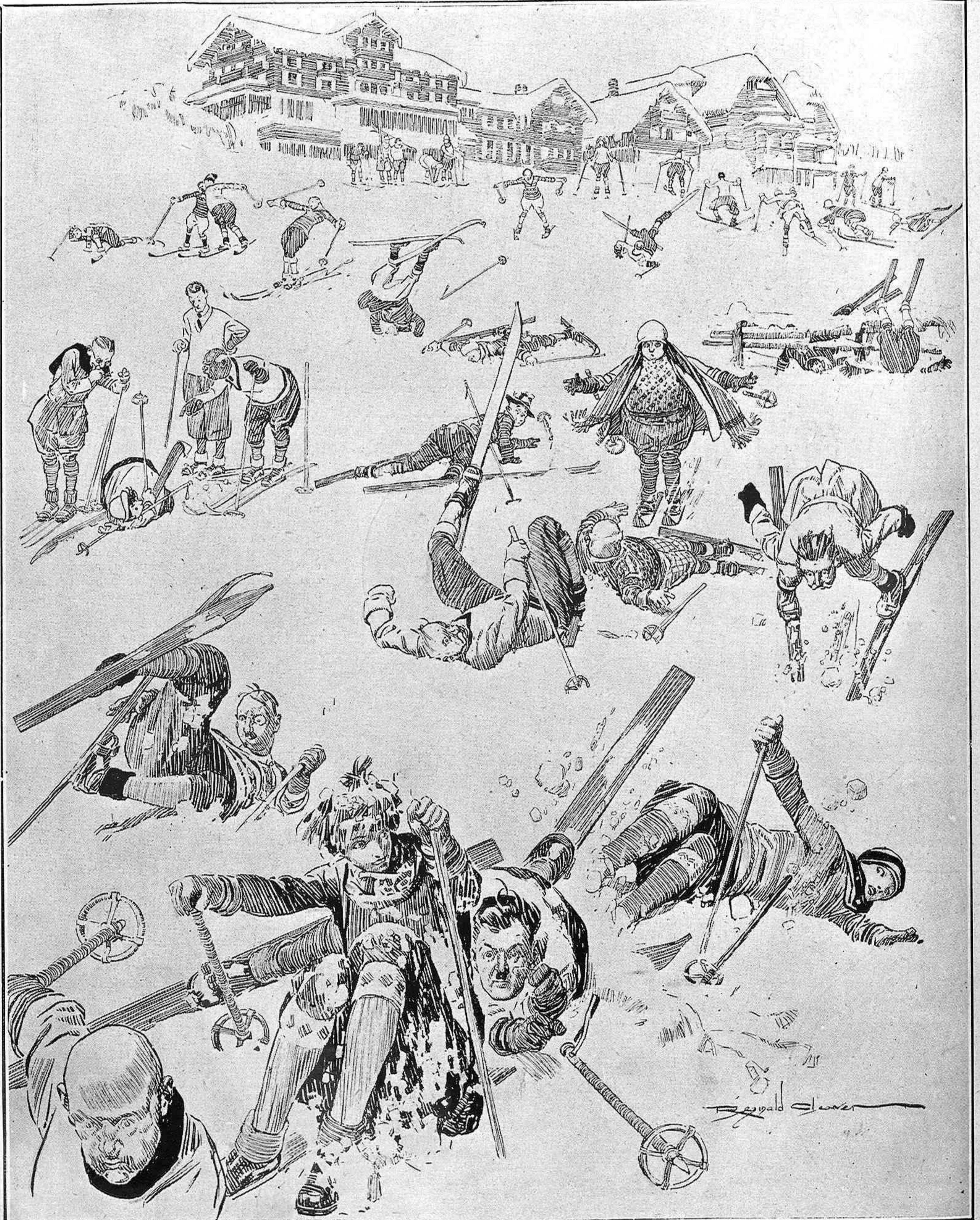
La constitución de la «Cicer» es algo más que la iniciación de un gran negocio industrial, siempre encomiable.

Es un gesto patriótico.

FERNANDO BLANCO



EXCMO. SR. D. ANTONIO GOICOECHA, Presidente del Consejo de Administración de la «Cicer»



El humorismo y el deporte

Actitudes y gestos de los deportistas incipientes que dan los primeros pasos calzando «skis», y que convierten una pista de nieve en escenario de la más divertida de las comedias (De «The Illustrated London News»)